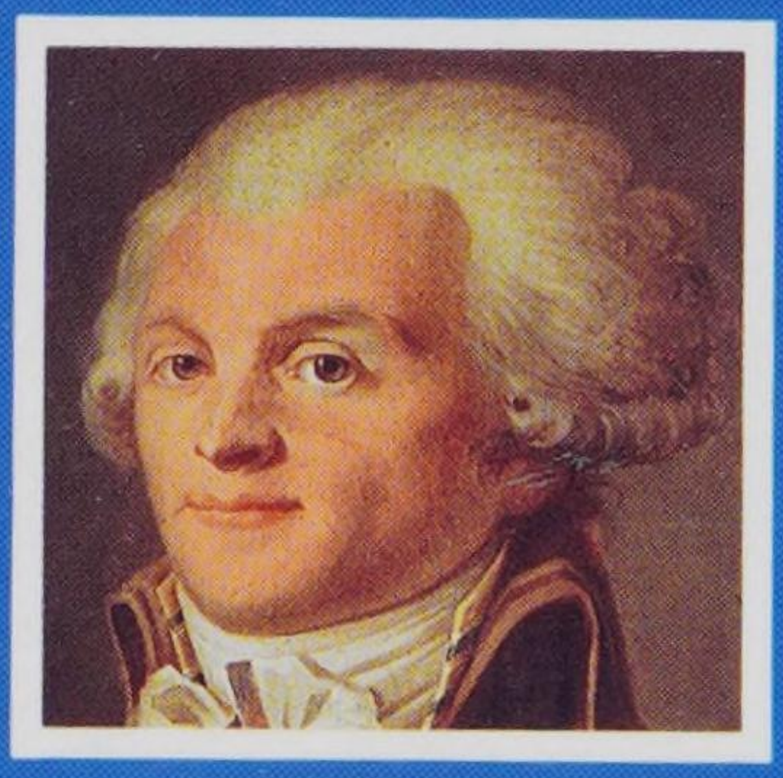
MEMORIA de la HISTORIA

A la sombra de la guillotina



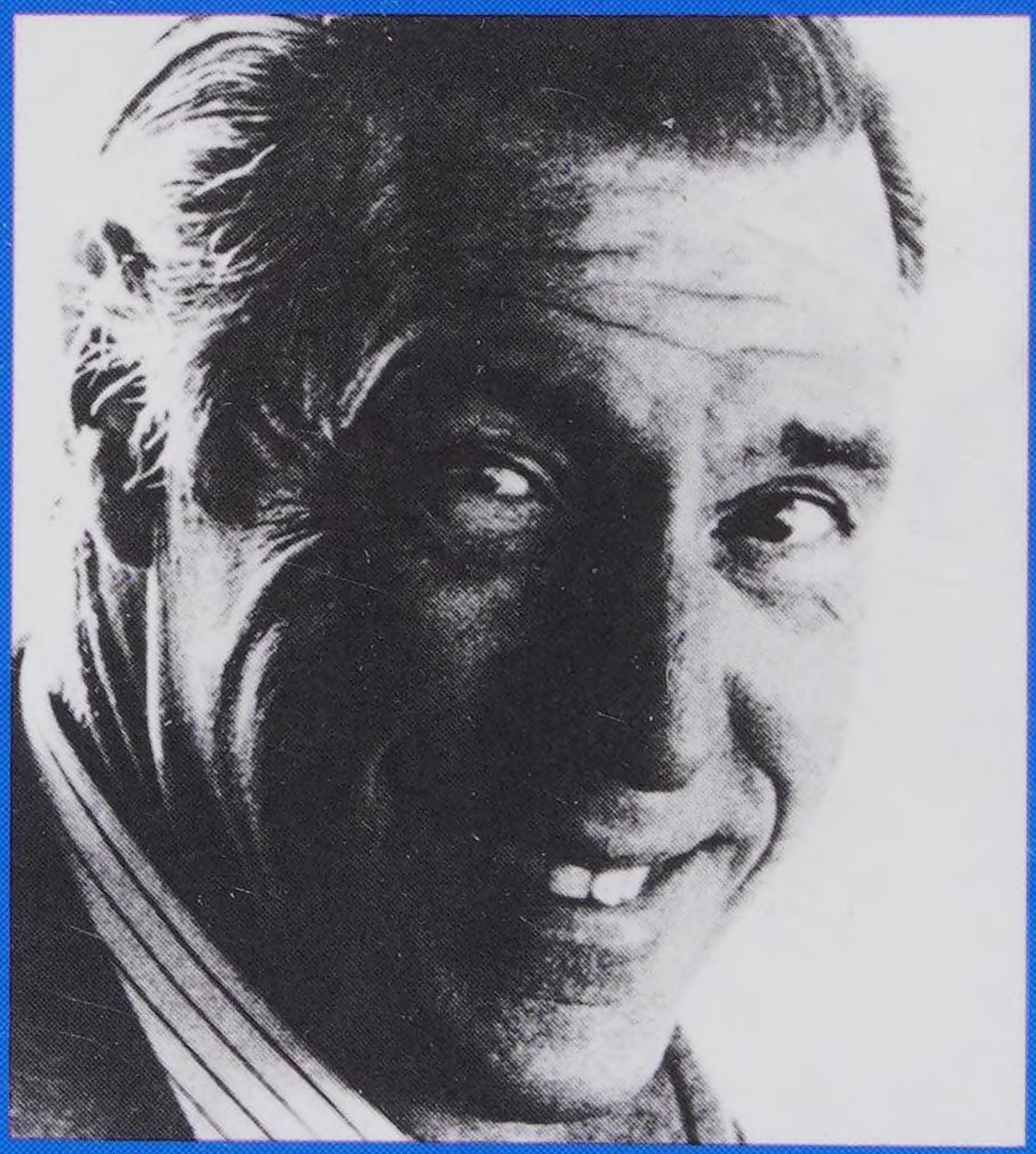
3ª edición
20.000
ejemplares

Fernando Díaz-Plaja

La cara sangrienta
de la Revolución Francesa cuando el trágico
invento era dueño de Francia.

Planeta

FERNANDO DÍAZ-PLAJA, nacido en Barcelona en 1918, ha dedicado su vida a enseñar y a escribir. Doctor en Historia por la Universidad de Madrid, ha sido profesor en diversas universidades extranjeras (Estados Unidos, Alemania, Italia, Brasil, Austria) y tiene publicados en España y fuera de ella ochenta y cuatro libros, aparte de centenares de artículos. Sus temas favoritos son los referentes a las costumbres de los españoles de ayer y de hoy, colecciones de documentos de



nuestro pasado y ensayos literarios. Su afición viajera (tres vueltas al mundo en barco) se refleja en las obras, en que describe los paisajes de los cien países visitados.

Atraído desde muy joven por la efemérides de la Revolución Francesa, le dedicó su tesis doctoral, aparecida más tarde en forma de libro con el título *Griegos y romanos en la Revolución Francesa*. Siguieron las biografías *Teresa Cabarrús, una española en la Revolución Francesa, Guzmán «el malo»* y *Marchena, vida, tiempo y obra.*

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/lasombradelaguil0000diaz

MEMORIA de la HISTORIA

Episodios

Memoria de la Historia pretende ofrecer a los lectores la Historia contada por quienes la hicieron, por los mismos *personajes* que en vez de figurar en las páginas de los libros como objeto pasivo, adquieren voz y nos cuentan su vida y su peripecia en primera persona. La Historia como una novela personal, autobiográfica, en la que todo lo que aparece en estas páginas es verdad, con hechos ciertos y comprobados, pero que se presentan con la inmediatez y el dramatismo que da al relato la voz del protagonista, supuesto historiador de sí mismo gracias a la pluma de unos escritores que consiguen el difícil y apasionante equilibrio entre los materiales de la crónica, tratados con el máximo respeto, y el enfoque que corresponde a la más amena de las narraciones novelescas. Otra vertiente de estas semblanzas es la evocación de *episodios* del pasado en tercera persona con todo el rigor que exige el trabajo del historiador y la amenidad de la novela.

Éste es el objetivo de una colección que aspira a fundir lo más atractivo que pueden ofrecer la historia y la literatura.

A la sombra de la guillotina

Fernando Díaz-Plaja

A la sombra de la guillotina

Planeta

COLECCIÓN MEMORIA DE LA HISTORIA
Dirección: Rafael Borràs Betriu
Consejo de Redacción: María Teresa Arbó, Antonio Padilla, Marcel Plans y Carlos Pujol

© Fernando Díaz-Plaja, 1988
Editorial Planeta, S. A., Córcega, 273-277,
08008 Barcelona (España)
Ilustración al cuidado de Antonio Padilla
Diseño colección y cubierta de Hans Romberg
(realización de Jordi Royo)
Ilustraciones cubierta: fragmentos del retrato de Robespierre atribuido a J. Boze y de «Decapitación de Luis XVI», de P. A. de Machy, Museo Carnavalet, París (fotos AISA)

Procedencia de las ilustraciones: Archivo Editorial Planeta y Giraudon

Primera edición: octubre de 1988
Segunda edición: noviembre de 1988
Tercera edición: diciembre de 1988
Depósito legal: B. 45.811-1988
ISBN 84-320-4491-1
Printed in Spain - Impreso en España
Talleres Gráficos «Duplex, S. A.», Ciudad de Asunción, 26-D, 08030 Barcelona

Índice

9 Intento
11 La primera guillotina fue un farol
15 El camino de Versalles (ida y vuelta)
19 El instrumento
25 La guillotina vieja
29 El verdugo
35 El gobierno revolucionario
39 Marat en el baño
43 El tribunal revolucionario
47 La Iglesia se divide
49 Presos de sangre real
50 La revolución en armas
54 Las matanzas de setiembre
59 El proceso del rey
66 Votando la muerte
76 Interrogando a una reina
83 El rey que no existió
93 La caza del cura
108 Los que huyeron de la quema
127 La vida de las cárceles
133 Tres españoles esperan la muerte
139 El fin de los girondinos
143 Tras los girondinos, los hebertistas. Tras los idealistas, los materialistas
148 Los cansados de matar
159 La calle
167 Las fiestas
174 Los guillotinadores guillotinados
181 Obras del mismo autor
185 Índice onomástico

INTENTO

La tendencia natural del historiador que ha dedicado mucho tiempo y mucha paciencia a estudiar un período del pasado es a sobrevalorarlo, porque, al costarle trabajo, aumenta inconscientemente su importancia. No creo, sin embargo, que esa situación me engañe al recordar la Revolución francesa. Somos demasiados los que opinamos que es difícil, por no decir imposible, encontrar en el pasado universal unos años en que surgiera con más fuerza todo lo que los hombres llevamos dentro. La valentía y el miedo, la generosidad y la vileza, la avaricia y el derroche, lo auténtico y lo falso... la crueldad y la dulzura.

Fue una época que no sólo cambió a Francia sino también al mundo y de la que aquí se estudia principalmente los años que van de 1792 a 1795, cuando la vida apenas valía y por ello más se deseaba.

* * *

En la historia, como en la vida de cualquier ser humano, no surgen de golpe los acontecimientos dramáticos. Los franceses no se decidieron de pronto a enviar al patíbulo y acabar con decenas de compatriotas sea por el fusilamiento, ahogándolos, colgándolos o guillotinándolos, sólo porque tenían ideas distintas sobre el régimen político que preferían o la iglesia a la que entraban. Esa súbita actitud de violencia hubiera sido asombrosa en cualquier pueblo de Europa, pero mu-

cho más en aquel que, precisamente, había sustituido la pasión por la razón, el que había enseñado a todos a través de los enciclopedistas que el hombre era un ser humano que no debía dejarse llevar por los sentimientos violentos ni las actitudes extremas sino por el conocimiento exacto de las causas y los efectos.

¿Cómo se explica entonces la orgía de sangre que se desarrolla en Francia desde 1789 a 1795, y especialmente desde 1793 a 1794? Hay que ir remontando la escalera cronológica para que aparezca la cadena de acontecimientos que van arrastrando el uno al otro. El 14 de julio de 1789, en París, el 5 y 6 de octubre del mismo año en Versalles, la huida a Varennes del rey el 20 de junio de 1791, el 1 de agosto de 1792, las matanzas de setiembre del mismo año...

Cada una de estas fechas significativas nos acercan al Terror desde el punto de vista cronológico y sobre todo desde el político. Veremos cómo el pueblo francés en general y el parisiense en particular, va familiarizándose con la idea de que el enemigo político no es simplemente una persona que tiene ideas distintas pero que son tan dignas como las suyas. Resulta sarcástico que los llamados hijos de Voltaire hayan olvidado la frase atribuida al filósofo de Verney a un contrincante. «Odio las convicciones de usted, pero daría mi vida para conservar su derecho a expresarlas.»

A partir del 14 de julio de 1789, los franceses irán convenciéndose a sí mismos que quien piensa de forma distinta es un «*scélérat*», expresión muy típica del tiempo, un malvado cuya desaparición de la faz de la tierra es absolutamente necesaria y urgente si se quiere conseguir el estado político perfecto. Oficialmente se mantiene el culto a los pensadores que habían sido perseguidos por sus ideas moderadas y democráticas y a la razón le elevarán incluso un templo, pero eso es externo. Lo que triunfará en los años siguientes es la pasión; de gobernar, de legislar, de guerrear y, sobre todo, de matar.

Pero por unos meses coinciden el grito «aristócratas al farol» de los barrios bajos y la simpatía por el

cambio en los altos. No olvidemos que algunos de esos factores son un marqués, Lafayette; un conde, Mirabeau, y un obispo, Talleyrand. En los salones elegantes de las señoras de moda, Staël, Sillery, Necker, se comenta con simpatía el gesto de miembros de la nobleza adhiriéndose a las peticiones de los miembros burgueses del Tercer Estado. De pronto «no se lleva» tratar mal a las criadas y la Bastilla puede ser un símbolo revolucionario político y dar nombre a un gorro que puede llamarse también «*à la citoyenne*» o ciudadana. Más tarde aparecerá «*la grande Toilette a la Constitution*» y la «*negligé a la patriote*».

La primera guillotina fue un farol

Los grandes movimientos populares obedecen a menudo al amor, a la admiración, al odio, pero los más peligrosos son los que surgen debidos al miedo.

En los días primeros de julio de 1789 el pueblo de París tiene miedo, un miedo cerval debido a muchas causas. Asombrosamente, la primera se debe a haber conseguido una victoria; la de la constitución de una Asamblea Nacional que, caso insólito en la historia francesa, ha desafiado la orden del rey de disolverse y ha jurado permanecer unida hasta dar una constitución a Francia.

Eso es efectivamente un triunfo, pero ¿lo aceptará el rey? ¿No lanzará las tropas que le son fieles contra el pueblo de París? Éste es el miedo al de arriba. Pero existe también un miedo al de abajo, al *brigand* o bandido que ha surgido en los últimos tiempos en los campos franceses movido por el hambre que las últimas malas cosechas han causado en el país y la poca eficacia de una policía que, como todos los organismos del Estado en esos tiempos, se siente débil, apoyada con timidez desde el gobierno y atacada duramente por el pueblo.

La burguesía parisiense se encuentra inerme y para defenderse de sus dos enemigos —la monarquía y la

anarquía— necesita armas con las que poder constituir una milicia nacional que defienda su nueva libertad de hablar y sus intereses materiales.

Sí, porque la burguesía fue el motor que puso en marcha la Revolución francesa, no el proletariado que no tenía en aquel tiempo cabezas pensantes. La burguesía y la aristocracia liberal. Veamos el oficio de los primeros revolucionarios: marqueses de Mirabeau, Lafayette. Abogados como Desmoulins, Robespierre, Danton y Vergniaud; médicos como Marat.

Todos se agitan, hablan, discuten en los calurosos días de julio y, de pronto, el símbolo de la mecha aplicada a esa pólvora surge ante la noticia que llega de palacio. Necker, el amigo del pueblo, el tecnócrata que diríamos hoy, y en quien confía el francés medio para reajustar la difícil economía del país, reduciendo entre otras cosas los gastos fastuosos de la corte, ha sido destituido de su cargo por orden de Luis XVI; es una orden típica de quien desde el principio de la Revolución no hará otra cosa que dudar entre la energía y el temor, entre las medidas severas y las concesiones, con lo que estas últimas no serán jamás tomadas como gracias reales espontáneas sino como medidas arrancadas a la fuerza, perdiendo así toda oportunidad de ser agradecidas por el pueblo.

Si la noticia fue la mecha, quien la aplicó al barril fue el joven y fogoso revolucionario Camilo Desmoulins. En el Palacio Royal, encaramado a una mesa, lanzó la nueva a la gente allí reunida. «Necker ha sido destituido. ¡Éste es el toque de alarma de un San Bartolomé de patriotas...!»

Surgía el viejo recuerdo de cuando la intolerancia de un rey católico acabó con la vida de miles de protestantes franceses hacía doscientos años. Y quienes iban a proceder así, los capaces de cometer ese crimen, eran las tropas mercenarias de extranjeros que servían al rey de Francia desde tiempos inmemoriales. De ellas, como extrañas, podía esperarse todo. Desmoulins lo precisa como si hubiera leído personalmente la orden de ataque:

«Esta noche los batallones suizos y alemanes sal-

drán del campo de Marte [sede de sus cuarteles] para degollarnos. ¡Corramos a las armas!»

¿Y dónde estaban esas armas? En la Bastilla, la fortaleza que en el centro de la ciudad era el símbolo de un poder real, que al no fiarse de sus súbditos los tiene constantemente bajo la amenaza de sus cañones.

Irritaba esta posición, pero no hubiera bastado para lanzar a la gente al ataque; se trataba de algo más que de acabar con un castillo real, de apoderarse de las armas que allí se guardaban; más que desarmar al rey se quería armar al pueblo, más que liberar a los prisioneros que se sabía eran pocos, se trataba de liberarse del propio miedo con los pocos fusiles que se encontraban allí.

Y así la masa se lanzó contra la Bastilla. Naturalmente en ella iba gente varia: comerciantes, empleados, funcionarios, estudiantes, profesores liberales y la plebe, obreros con trabajo mal pagado o sin él, agitadores y *brigands*, al olor de la violencia y del botín.

Primero se envió una delegación; mejor dicho, en la confusión reinante, algunos se autodelegaron como representantes de la multitud. El gobernador de la Bastilla, De Launey, sostiene que no puede entregar las armas sin órdenes superiores y una vez retirados los enviados alzan el puente levadizo que generalmente permanecía bajado y da órdenes a sus noventa y cinco veteranos y a sus treinta suizos de no disparar si no los atacan. Esa actitud pasiva anima a los sitiadores que ya cuentan más de un millar, armados de viejos fusiles y armas blancas. Dos de ellos se encaraman al tejado de una casa vecina y a hachazos logran romper las cadenas del puente levadizo, que cae con estrépito. Alegría de la masa, que penetra en el patio disparando. Sólo entonces De Launey da orden de hacer fuego y los invasores se retiran. Unos soldados de la guardia francesa —organización mixta de poca importancia militar— llegan con dos cañones para ayudar al sitio, entre los aplausos de la masa reunida. De Launey decidió rendirse, firmando así su sentencia de muerte, que no fue clemente.

Un cocinero de oficio llamado Desnot, le separó la

cabeza del cuerpo con un cuchillo. Siguieron su suerte otros soldados y oficiales de la guarnición. La cabeza de De Launey y la de un comandante llamado Losme-Salbray fueron paseadas por las calles de París al extremo de una pica. Fueron las primeras de una larga serie de testas que en los próximos años iban a ser exhibidas al pueblo que había enseñado a razonar al mundo.

Ésa fue la toma de la Bastilla. En su recuerdo cada 14 de julio el buen parisiense y su visitante de provincias o del extranjero bebe, baila y se divierte en la plaza que lleva el mismo nombre y que surgió cuando el odiado símbolo de la monarquía opresora de los derechos humanos fue derribada y desmontada piedra a piedra, que por cierto fueron adquiridas por un avispado comerciante y vendidas luego como recuerdo de la efemérides.

¡Ah! También liberaron a los prisioneros que gemían en las cárceles. Eran exactamente siete: cuatro falsificadores de documentos bancarios; un aristócrata, el conde de Solages, detenido por conducta inmoral, y dos locos que lógicamente no estuvieron demasiado tiempo en libertad, pasando a Charenton, donde estaba también el famoso marqués de Sade.

Otros prisioneros fueron arrastrados por las calles y tras ser insultados y golpeados, se los colgó de un farol. Es la famosa *Lanterne*, que durante varios años será el castigo con el que se amenazará a los nobles que se oponen al cambio y luego al rey.

Los aristócratas al farol.
Los aristócratas serán colgados.

EL CAMINO DE VERSALLES (IDA Y VUELTA)

Sables, picas, hachas, algún fusil con bayoneta, hoces, guadañas, cuchillos atados en la punta de un bastón para convertirlos en lanzas. Es el armamento variado para una muchedumbre variopinta que camina hacia Versalles. Son sobre todo mujeres, algunas totalmente del pueblo bajo, cocineras, lavanderas, pero también hay alguna modistilla de mejor presencia; luego van, en menor número, los hombres; son los novios, maridos, amigos, curiosos e, inevitablemente, los que aspiran a sacar algo del río revuelto, que también actuaron en la toma de la Bastilla; son los que cuando huelen sangre se incorporan a cualquier cortejo.

Lo que mueve a la mayoría es otra vez el miedo; esta vez de tener el rey tan lejos; porque en un momento en que falta el pan y se agitan los espíritus, Luis XVI está refugiado en Versalles, alejado, ajeno a lo que pasa en París. ¿Es verdad que la reina, esa austríaca (los pueblos acostumbran a recordar orígenes foráneos cuando no sienten unidos a alguien con sus ansias y sentimientos), esa extranjera, le anima a deshacer la Asamblea y a matar a los parisienses? Por si acaso vamos a traer a los dos a París; que sean nuestros vecinos para percatarse mejor de lo que ocurre.

Y hacia Versalles se dirigen en ese 5 de octubre de 1789. Está lloviendo a mares, pero no les importa: vociferan, beben, insultan, cantan...

Llegan al palacio al anochecer; se arremolinan frente a las verjas, invaden la Asamblea Nacional y Mail-

lard, un agitador que ha tomado el mando por su cuenta, pide que se castigue a los guardias de corps que, dice, han insultado a la escarapela nacional, y que se distribuya pan al pueblo.

«Iremos a ver al rey», asienten los diputados. Se forma entre ellos una comisión a la que se unen algunas mujeres de las llegadas de París.

Y ocurre algo típico; cuando llegan a presencia del rey la representante femenina, hasta entonces audaz y gritona, una tal Luison Chabry, se desmaya de la emoción y cuando se recobra está a punto de desvanecerse de nuevo ante el afecto paternal con que Luis XVI la abraza, la besa y promete pan para todos.

Lógicamente también a la salida las mujeres que no habían tenido aquella experiencia real sólo se enteran de que los han despachado con buenas palabras y las llenan de insultos: «¡Traidoras! ¡Miserables!», amenazando con colgarlas.

La muchedumbre vuelve a la Asamblea, donde las mujeres toman posesión de los escaños y discuten en un desorden absoluto. Mirabeau quiere aprovechar su gran popularidad para recordar que el rey es inviolable, sin mencionar adrede el objeto mayor de las iras del pueblo: la reina.

En la madrugada del 6 de octubre, la masa está asaltando las rejas de palacio; los guardias de corps, que eran las únicas tropas leales, han sido enviadas a Rambouillet para no provocar al pueblo con su presencia. Algunos de ellos, que no recibieron la orden a tiempo, encontrados por los manifestantes, son atacados. Dos son rematados en el suelo y su cabeza, como va siendo atroz costumbre, puesta en lo alto de una pica.

Los patios del palacio desbordan de gente. Se oyen gritos: «¿Dónde está la austríaca? ¿Dónde está el rey?»

El rey y la «austríaca» están juntos. Al oír los primeros gritos se buscaron instintivamente, cruzándose por los pasadizos secretos y el camino normal. Ahora permanecen en la sala oyendo las amenazas y las llamadas de la gente congregada en el patio.

—¡Queremos al rey!

Luis XVI sale al balcón. Aplausos, vivas. Luego:

—¡Queremos a la reina!

María Antonieta aparece con los hijos de la mano. Por unos segundos el pueblo y la reina se miran. Surge luego una exigencia: «¡Los niños no!»

¿Qué pretendía esa petición? ¿Evitar que un tiro dirigido a la reina diera a sus hijos? Nunca se sabrá. María Antonieta empuja dentro al delfín y a su hermana, y queda sola, erguida, desafiando a la multitud. Hay un tenso silencio que el general La Fayette, recién llegado con sus tropas para evitar la posible matanza, aprovecha para realizar un gesto teatral. Coge la mano de la reina y se la besa. El pueblo, a veces brutal, siempre infantil, reacciona como el militar esperaba.

—¡Viva la reina!

Ahora se pide a gritos que la familia real vuelva a París. «Lo haré, amigos míos —promete Luis XVI—. Iré con mi mujer y mis hijos. Confío al amor de mis más fieles súbditos lo más precioso que tengo.»

Y vuelve a París la masa, orgullosa de su triunfo. Delante, precediendo la comitiva, van las cabezas cortadas de los guardias asesinados; al final la carroza que lleva a la familia real. Las burlas, las bromas sangrientas se oyen por todas partes. Orgullosas, corean las mujeres: «Traemos al panadero, a la panadera y al pequeño aprendiz.»

Fueron seis horas las que tardaron desde Versalles a París. Seis horas de «vía crucis».

* * *

El abismo entre la monarquía y los súbditos parece colmarse en un solo día. El de la fiesta de la Federación, 14 de julio de 1790, celebrada en el Campo de Marte cuando el rey de Francia juró fidelidad a la nación y tanto él como la reina y el delfín fueron ovacionados largamente por la multitud que creía que el país reunificado iba a marchar por sendas constitucionales.

La luna de miel duró poco. Bastó que el rey usara el derecho del veto que le daba la Constitución para

que la gente empezara a dudar de su buena fe. Si se oponía a las decisiones de la Asamblea Constituyente que representaba al pueblo francés, evidentemente estaba lejos de sus ideas.

Lo malo es que esas ideas eran contrarias a su conciencia, como en el caso de los sacerdotes que tenían que jurar la constitución civil del clero. Su confesor y su educación le obligaban a oponerse a quitarle al clero francés la obediencia al Papa para que hiciesen el juramento cívico de fidelidad a la nación. Y Luis XVI veta la ley tras la protesta del Papa.

¿Quién es, pues, ese señor Veto,
que más ruidoso que Fígaro
quiere al pueblo hacerle un cero
sin darse cuenta de su número?
¡Llevadle pronto a la Linterna!

Por vez primera la amenaza salta las barreras del respeto real. Ya no se trata de un monarca engañado por ministros infieles, seducido por la esposa austríaca para que siga siendo rey absoluto, un rey débil, pero bueno en fin. No. Ya se está cantando en las calles el deseo de ver colgado al descendiente de san Luis.

(En 1776 —no hace tanto— hubo un estudiante elegido por los profesores para pronunciar ante ese rey el discurso de bienvenida en el Colegio de Luis el Grande. Ese estudiante se llamaba Maximiliano Robespierre.)

El 2 de abril de 1791 muere Mirabeau, el hombre que se esforzaba en hacer caminar la Revolución mientras defendía a la monarquía. Luis XVI se siente oprimido, vejado, olvidado y decide hacer caso a su esposa y los amigos que le animan a refugiarse junto a las tropas fieles para intentar la reconquista del trono.

Los conjurados logran desorientar a los numerosos informadores que hay entre la servidumbre de la Tullerías y salir de París en un coche rumbo a la frontera. Al pararse en un pueblo, un jacobino, Drouet, ve destacarse sobre el cristal el conocido perfil de las monedas que lleva en el bolsillo: ¡el rey! Drouet salta a

caballo, va por un atajo y al llegar a Varennes arenga a la población, que detendrá el coche cuando llegue avisando a París. De nuevo, como en el caso de Versalles, el monarca es devuelto a la capital por la fuerza, pero ahora, 21 de julio de 1791, el caso es mucho más grave. El rey huía de su pueblo y el divorcio entre ambos es ya completo, aunque el rey jure aceptar la Constitución y el partido girondino, entonces muy fuerte, logre que se mantenga el principio monárquico contra las primeras voces republicanas.

Pero el foso sigue agrandándose. La Asamblea vota un decreto contra los emigrados y el rey lo veta. ¿Cómo puede actuar contra sus parientes, sus amigos, contra quienes desean que siga mandando como antes? Luego dan otro contra los sacerdotes refractarios, es decir, los que se niegan a preferir la nación al Papa, y el rey vuelve a vetarlo, ¿cómo va a castigar a los únicos curas *de verdad*?

Y ya empezaban a leerse textos como éste:

«Empezad por aprovecharos del rey, del delfín y de la familia real; colocadlos bajo una fuerte guardia y que sus cabezas os respondan de todos los acontecimientos. Abatid en seguida sin vacilar la cabeza del general [La Fayette], las de los ministros y de los ex ministros contrarrevolucionarios; pasad al filo de la espada todo el estado mayor parisiense... todos los apoyos conocidos del despotismo. Os lo repito; no os queda más que este medio para salvar la patria» (Marat, *L'ami du peuple*, 18-XII-1790).

El instrumento

A la luz de la historia posterior resulta curioso pensar que la guillotina fue inventada con ánimo de *aliviar* el sufrimiento de los condenados a muerte. Efectivamente, hasta entonces, tanto en Francia como en otros países europeos se ponía fin a la vida de los condenados por medio de la decapitación, un método difícil de realizar con precisión, ya que el hacha tenía que caer con toda la fuerza posible sobre un punto preciso del

cuello para separar limpiamente la cabeza del tronco. Cualquier desviación, por mínima que fuera, debido a un error del verdugo o a un movimiento convulsivo del sentenciado, significaba el desgarro de la carne sin la muerte, teniéndose que repetir el golpe varias veces, con sufrimientos indecibles de la víctima y la repulsa de los espectadores por muy acostumbrados que estuvieran a espectáculos de esta naturaleza. Así había ocurrido con la reina María Estuardo de Escocia.

La existencia de estos fallos llevó a un médico llamado Guillotin a buscar un método donde la mecánica asegurase la precisión, de una forma que el ser humano no podía garantizar por mucha experiencia que tuviera. El sistema inventado por ese benefactor consistía en una cuchilla triangular de gran tamaño que, subida a lo largo de dos postes, se dejaba caer de golpe hasta el cuello del condenado inmovilizado por un cepo, cuello que partía con su filo. Se resolvía así al mismo tiempo la violencia del golpe, con la fuerza de la gravedad sustituyendo ventajosamente el brazo humano y la imposibilidad de rehuirlo al estar la cabeza firmemente sujeta.

El nuevo invento fue presentado a la Convención por su creador, diputado entonces, y fue aceptado por el gobierno revolucionario como un método rápido, limpio y humano. La reacción popular fue más cáustica y unos versos de humor negro dieron paso a un cuplé que empezó a cantarse por las calles:

Monsieur Guillotin
ce grand medecin
que l'amour du prochain
ocupe sans fin.

Efectivamente se trataba de un amigo de los hombres, de un humanista dispuesto a hacer el bien

un papier en main
s'avance soudain
prend le parole en fin
et d'un air benin

el aire benigno, su informe en la mano, el doctor procede a contar su descubrimiento. Contar y cantar porque se trata, decíamos, de un informe lírico.

En revant a la sourdine
j'ai fait une machine
traralalala lala lala
qui met les têtes a bas.

Ha sido en un sueño activo, pero callado, cuando ha descubierto la máquina que echa abajo las cabezas.

C'est un coup qu'on reçoit
avant qu'on s'en doute,
a peine ou s'aperçoit
car on n'y voit goute.

El desdichado está mirando hacia abajo y por tanto no se da cuenta del golpe que va a recibir y cómo funciona el mecanismo. El buen doctor lo explicará, siempre con sonsonete:

Un certain ressort caché
tout a coup étant laché
fait tomber, ber, ber
fait sauter ter, ter
fait tomber,
fait sauter,
fait voler la tête...

El resorte libera la cuchilla, ésta cae acelerando a lo largo de su camino la velocidad y su peso incide en lo afilado de su hoja para tronchar el cuello, haciendo caer, saltar, y aun volar la cabeza. Y termina sarcásticamente y rimadamente el médico benéfico. ¡Es mucho más digno! «*C'est bien plus honnête.*»

(«Era —explica Víctor Hugo en *El noventa y tres*— una especie de tablado sostenido por cuatro pies derechos. A uno de sus extremos se levantaban dos maderos altos y rectos unidos en sus vértices por un travesaño, del cual pendía un triángulo que parecía negro, desta-

cándose sobre el azul de la mañana. Al otro extremo había una escalera, y en la parte inferior, entre los dos maderos, se distinguía una especie de cepo compuesto por dos secciones movibles, que ajustándose la una a la otra, ofrecían a la vista un agujero redondo de las dimensiones del cuello de un hombre. La sección superior corría por una ranura de modo que podía alzarse o bajarse. En aquel momento las dos medias lunas que uniéndose formaban el collar estaban separadas. Al pie de los dos maderos que sostenían el triángulo había una tabla que podía girar sobre charnelas y tenía el aspecto de una báscula; a su lado se veía un cesto oblongo y delante, entre los dos postes, otro cesto cuadrado. Todo estaba pintado de rojo y hecho de madera, menos el triángulo que era de hierro.»)

La canción citada está en clave de broma, lógicamente, y aun de broma sarcástica, pero el mismo doctor Guillotin había dicho algo muy parecido al defender su proyecto ante la Asamblea Constituyente el 1.º de diciembre de 1789: «Con mi máquina os puedo cortar la cabeza en un parpadeo y no sentiríais ningún dolor.» Los miembros de la Asamblea se echaron a reír, pero tomaron tan en serio la propuesta que consultaron a varios técnicos sobre la viabilidad del proyecto. El primero fue naturalmente el verdugo Sanson, que recordó que en cada ejecución hecha al antiguo estilo con espada de doble filo, éste se estropeaba y había que afilarla para la víctima siguiente o tener varias espadas, lo que representaba un gran gasto. Por otra parte, el prisionero, ante la inminencia del golpe se agitaba y se hacía muy difícil acertar en un blanco movible. También Louis, entonces secretario vitalicio de la Academia de Cirujanos, estuvo de acuerdo y por ello a la guillotina se la llamó una temporada «Louissette», hasta que recobró el nombre de su inventor.

Con esos informes, la Asamblea decretó el 3 de mayo de 1791 que toda persona condenada a muerte sería decapitada, y tras pruebas realizadas con corderos se colocó por vez primera en público para ejecutar a un tal Nicolás-Jacques Pelletier que había ase-

sinado a una persona en la calle para robarle. La efemérides tuvo lugar en la place du Grève el 23 de abril de 1792. (En esa plaza acostumbraban a reunirse los obreros sin trabajo y de ahí nació el nombre de *grève* como sinónimo de huelga cuando empezaron a manifestarse las reivindicaciones sociales.)

El 22 de agosto (unos días antes había ocurrido el asalto a las Tullerías que inició prácticamente el Terror) la guillotina fue emplazada en un lugar donde fuera más vistosa y por ello más ejemplarizante. El sitio designado fue la place du Carrousel, ante la entrada principal de las Tullerías, y el primer condenado que perdió su cabeza en ese lugar se llamaba Colleniot. La acusación era tan vaga como típica para casos ulteriores: «Conspirador y jefe de bandidos pagados por la corte.»

El 21 de enero de 1793 y tras una excursión de nuevo a la place du Grève, el instrumento fatal se coloca en la place de la Révolution, hoy de la Concorde. La razón de este cambio fue debido a la seguridad. Se trataba de la muerte del rey, el cual estaba recluido en el Temple. Ahora bien, para alcanzar desde allí la place du Grève o du Carrousel el camino seguía las calles tortuosas y estrechas del París más antiguo, lo que hubiera posibilitado un intento de salvarle. Así se eligió el itinerario rue du Temple, Boulevards y rue Royale, todas anchas y directas, y por tanto fáciles de guardar. Naturalmente, aparte de ello, el coche del rey fue escoltado por doce o quince mil hombres armados mientras otros tantos cubrían la carrera cortando los cruces.

En la place de la Révolution se quedó trece meses ante el pedestal de Luis XV, que tras perder la estatua en una algarada el 12 de agosto de 1792 había recibido una «Libertad» sentada, lo que motivó que madame Roland profiriera su famosa frase al dirigirse al patíbulo: «¡Libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

El mejor lugar para contemplar el espectáculo era el de las terrazas de las Tullerías que dan a la plaza y que lógicamente estaban siempre atestadas de pú-

blico. Esa afluencia inspiró la apertura de un restaurante cercano con el nombre lógico de «La Taberna de la Guillotina», en el que, según afirman algunos, al otro lado de la factura figuraba la lista de los condenados en aquel día, una trágica versión del menú.

Tras el festival en honor del Ser Supremo, en el que Robespierre alcanzó su mayor gloria, la guillotina fue trasladada al otro lado de París a la «Barrière du Trône-Renversé». En ese lugar se hizo un agujero de seis pies cúbicos para recibir la sangre y el agua con la que se lavaba la guillotina, pero pronto se llenó y las miasmas envenenaron el aire, con las consiguientes quejas del vecindario, lo que obligó a cavar otro agujero más hondo hasta alcanzar un estrato capaz de absorber la sangre totalmente. En las seis semanas en las que estuvo la guillotina en la «plaza del Trono Derribado» acabó con la vida de mil trescientas personas. A ésas hay que añadir los delincuentes comunes que siguieron siendo ejecutados en place du Grève.

La reacción después de la caída de Robespierre el 10 Thermidor obligaba a hacer más visible el castigo de los culpables; por ello el 10 de este mes la guillotina volvió a la place de la Révolution, donde fueron ejecutados a las cuatro de la tarde Robespierre con veintiuno de los suyos. Entre éste y los dos días siguientes, Sanson ejecutó a otros trescientos terroristas mientras Fouquier-Tinville y Carrière, que habían sustituido en Nantes el agua del Loira para acabar con sus víctimas con mayor rapidez, murieron en place du Grève.

Entonces sacaron a la guillotina de la place de la Révolution.

Por fin, París respiraba.

LA GUILLOTINA VIAJA

¿Si viajan sus posibles víctimas por qué no podría hacerlo ella? La Convención descubrió un día esa verdad incontestable y desde entonces la silueta de la mortífera máquina fue tan natural en las expediciones militares como el convoy de municiones o de intendencia. Con ella viajaba la justicia revolucionaria; el enemigo de las nuevas ideas sabía que si le capturaban su encuentro con la cuchilla sería inexorable.

Victor Hugo nos contó una de sus dramáticas expediciones y aunque se trata de la novela citada, *El noventa y tres*, el ambiente está perfectamente recogido. La escena es la Vendée sublevada en nombre del rey y de la Iglesia y en contra de los republicanos ateos de París. Unos chuanes se han refugiado en un castillo que es tomado al asalto por los republicanos.

Ahora se trata de castigar el delito de un general republicano, Gauvain, que movido a compasión ha permitido huir al rebelde marqués de Lantenac. El consejo de guerra lo ha declarado culpable y la guillotina, desmontada y transportada en carros desde París, espera ya la hora de cumplir con su misión. Victor Hugo imaginó esa noche en que están mirándose el pasado y el presente, la Torre y la guillotina. Así los vio el novelista:

«En la Tourgue estaban condensados quinientos años: la Edad Media, el vasallaje, la gleba, el feudalismo; en la guillotina un año: 1793, y aquellos doce meses formaban contrapeso a aquellos quince siglos.

»La Tourgue era la monarquía: la guillotina era la revolución.

»Confrontación trágica.

»De un lado la deuda, de otro el plazo cumplido.

»De un lado la inextricable complicación gótica, el siervo, el señor, el esclavo, el amo, la plebe, la nobleza, el código múltiple ramificado en usos y costumbres, el juez y el clérigo coaligados, las trabas innumerables, las gabelas, la amortización, la capitación, las excepciones, las prerrogativas, las preocupaciones, el fanatismo, el real privilegio de la bancarrota, el cetro, el trono, la arbitrariedad, el derecho divino; de otro lado, una cosa sencilla: una cuchilla afilada.

»De un lado el nudo, del otro el hacha.

»La Tourgue había estado largo tiempo sola en aquel desierto. Allí estaba con sus almenas de donde habían caído sobre los sitiadores el aceite hirviendo, la pez inflamada y el plomo derretido; allí estaba con sus calabozos de olvido empedrados de huesos humanos, tragedia enorme de que había sido teatro. Su figura funesta había dominado en aquella selva, a cuya sombra había gozado quince siglos de tranquilidad feroz. Había sido en aquel país el único poder, el único objeto de respeto y de espanto; había reinado; había sido la sola y absoluta representante de la barbarie. Pero a la sazón veía alzarse de improviso a su frente y contra ella una cosa —más que una cosa—, un ser tan horrible como ella: la guillotina.

»En ocasiones parece que la piedra tiene una especie de vista extraña. Una estatua observa; una torre vigila; una fachada contempla. La Tourgue parecía examinar la guillotina, reflexionar y preguntarse:

»—¿Qué es eso?

»Aquello parecía haber salido de la tierra.

»Y en efecto, de la tierra había salido.

»En la tierra había germinado y crecido el árbol, con tantas lágrimas, con tanta sangre; de aquella tierra donde se había cavado tantas huesas, abierto tantas tumbas y tantas cavernas y preparado tantas celadas; de aquella tierra donde había podrido todas las especies de cadáveres hechos por todos los géneros de

tiranía; de aquella tierra superpuesta a tantos abismos y donde habían sido enterrados tanto crímenes como espantosa semilla; de aquella tierra profunda había salido en el día determinado esa desconocida, esa vengadora, esa feroz máquina portaespada, y el 93 había dicho al viejo mundo:

»—Aquí estoy.

»Y la guillotina tenía derecho para decir a la torre:

»—Soy tu hija.»

Una hija con muchos partidarios, muchos amigos que la jalean, que la piropean, que presumen de ella:

Huid, huid, ha llegado el momento,
la guillotina os espera
os haremos más cortitos
cuando caiga vuestra cabeza.

La novela y el cine han sacado mucho partido de las famosas *tricoteuses* o furias de la guillotina. Con todas las exageraciones literarias y cinematográficas posibles, su existencia es un hecho auténticamente histórico. Se sentaban muy cerca del cadalso en bancos pequeños y, debido a su prontitud en llegar al lugar de la ejecución para tener buen sitio, efectivamente dedicaban esos ratos libres a tejer mientras comentaban los acontecimientos. Algunas ávidas del espectáculo y un poco más retrasadas, seguían la ejecución ayudándose con un impertinente. Precisamente porque adoraban el espectáculo se quejaban en alta voz cuando éste no era completo. Una fue oída lamentándose de que aquel día no hubiera más que sesenta víctimas para subir al cadalso. «La semana pasada —aseguró— había al menos doscientas cada día.» Otros testigos aseguran haberlas oído comentar en el mercado el poco número anunciado para un día cualquiera y este comentario: «¿Sólo diez? No vale la pena ir.»

Quizá de ellas procede esta canción elogiando al verdugo:

Ah, ahí está
el guillotinador infatigable,

ah, ahí está
a su vez el guillotinador pasará.

Para muchos era claro que la guillotina, o «navaja nacional» o «recorte patriótico», era un elemento de primera importancia para salvar al país de los enemigos de dentro y fuera:

Oh tú, encantadora guillotina
que rebajas a reinas y reyes,
por tu influencia divina
hemos recuperado nuestros derechos.
Ven en socorro de la patria
y que tu soberbio instrumento
se mantenga permanentemente
para destruir la inicua secta.

Para esas *tricoteuses* no había momento alguno de la ejecución en que hubiera un respeto para el condenado. A meter la cabeza en el cepo le llamaban burlonamente, «colocarla en la ventanilla» y su caída en el cesto «estornudar (o escupir) en el saco» y parodiando sacrílegamente la religión de la mayoría de los condenados esto lo hacían «tras celebrar la misa roja».

Había ciudadanos cuyas expresiones corrían admirativamente por las calles de París. Así una mujer llamada Chalendon sostenía: «No funcionará nada hasta que haya guillotinas permanentes en todas las encrucijadas de París.» Un tal Jayet definía así la felicidad: «Cuando los arroyos de sangre me lleguen al tobillo.» Un tal Lesour vociferaba: «La guillotina no va lo bastante rápido; todavía hace falta sangrar las cárceles; si el verdugo está cansado iré yo mismo al cadalso con un pan de cuatro sueldos en el bolsillo aunque tenga que empaparlo sólo con sangre» (Sección de Luxemburgo. 6 Praerial, año 2).

La tropa revolucionaria
la guillotina la seguirá,
los almacenes registrará;

a aquel que se amotine
se le hará la fiesta
cortándole la testa.

El verdugo

El cargo de verdugo estaba unido a la familia Sanson desde 1688. Al parecer el primero de ese nombre en la dinastía llegó a ese puesto por su amor a la hija del verdugo de entonces. Su descendiente Charles Henri Sanson fue nombrado en 1778. El rey que lo designó como «ejecutor de las sentencias criminales», título oficial del puesto, era Luis XVI. Naturalmente le hubiera sido muy difícil creer que un día iba a morir en las manos del hombre que había nombrado para el puesto.

Charles Henri Sanson llevaba, pues, veintiún años de verdugo en 1789 cuando empezó la Revolución francesa y tenía en tan alta estima su profesión que en 1787 ya se había quejado a las autoridades de que todavía se usase al referirse a él la expresión de «verdugo» de carácter derogatorio en lugar del altisonante nombre antes mencionado.

Aparte de ese concepto de dignidad tenía también la clásica preocupación de cualquier asalariado sobre la diferencia entre lo que cobraba y los gastos que tenía que realizar en el ejercicio de su profesión. El 6 de agosto de 1791 se queja al señor Roederer, procurador de los Tribunales, sobre los gastos extraordinarios con que se enfrenta dadas las circunstancias:

«El método de ejecuciones practicado hoy es al menos tres veces más caro que el anterior... el servicio de los numerosos tribunales criminales me obliga a emplear un número de personas que sean capaces de cumplir las órdenes que recibo...»

Y hace una curiosa observación sociológica sobre los cambios producidos en el mercado laboral por las nuevas ideas...

«La desaparición de viejos prejuicios parecía al principio haber reducido alguna de las dificultades

para encontrar ayudantes; por el contrario, he notado que el único efecto conseguido ha sido la desaparición de todos los hombres de la clase social que me servían porque ahora tienen otras posibilidades de trabajo. Para conseguirlos, pues, tengo que animarlos con la esperanza de una buena ganancia. Tengo catorce personas a las que alimentar al día, ocho de las cuales con salario fijo, tres caballos, tres carros y los accesorios.»

Sigue contando sus problemas financieros y acaba pidiendo a Roederer que se entere por alguien de su confianza de la veracidad de lo dicho y le aumente la paga. Porque si no...

«... los sacrificios que he hecho hasta ahora para que los deberes de mi oficio puedan realizarse correctamente, me llevarán a una inevitable ruina forzándome a abandonar mi puesto tras veinticuatro años de empleo.»

Evidentemente, las autoridades accedieron a sus demandas porque Sanson llegó a 1795 siendo sucedido por su hijo, llamado sólo Henri, pero que mantuvo naturalmente el mismo apellido.

Una de las misiones de Sanson era acudir a la cárcel el día señalado para la ejecución, a fin de cortarles el cabello a los condenados y abrirles lo más posible la embocadura del traje a fin de facilitar luego la ejecución. En la antesala de la Conciergerie, que es donde efectuaba esta operación previa, se encontraba a menudo con dos sacerdotes, lógicamente «juramentados», es decir, que habían aceptado la Constitución, y cuya misión era ayudar a los condenados que requerían sus servicios, ofrecimiento que en muchos casos era rechazado por quienes no creían en la eficacia de unos sacerdotes que habían aceptado el hecho de la Revolución francesa. Tras cada sesión del tribunal revolucionario, el fiscal Fouquier-Tinville recibía la lista de los condenados y la trasladaba al obispo constitucional Gobel, quien, a su vez, designaba a los dos sacerdotes para que acudieran a cumplir con su cometido.

En general, Sanson usaba dos carretas y si nece-

sitaba más las alquilaba a quince francos cada una más cinco de propina al carretero. Todos los testigos están de acuerdo en que trataba amablemente a las víctimas. Alguien notó que cuando llevaban al cadalso a Charlotte Corday, la asesina de Marat, viendo su curiosidad, ya que era de provincias y no había estado nunca en París, le iba explicando las tiendas de la rue Saint-Honoré por donde pasaba en ese momento el cortejo.

En el momento de la ejecución, Sanson se colocaba normalmente a la derecha de la víctima y sus dos ayudantes lo hacían a la izquierda. Al subir el condenado, el jefe le tomaba por su brazo izquierdo, el ayudante agarraba el derecho y el otro ayudante le cogía por las piernas para tumbarle sobre la báscula.

Por tradición, los vestidos de los condenados se los quedaban los verdugos. Se cuenta a ese propósito que una víctima, al ver el montón de ropa que sus predecesores habían dejado sobre el cadalso, se volvió irónicamente al verdugo y dijo: «Le felicito, señor; no hay en Francia un hombre que posea un guardarropa tan completo.»

Por esta y probablemente por otras observaciones de gente más elevada en la sociedad revolucionaria, se decidió poco después que esas ropas pasaran a los hospitales y a los prisioneros pobres. Pero quedaban todavía en poder de los verdugos diversas prendas como camisas, medias, sombreros, bandas. Cuando también se prohibieron esas requisas, los funcionarios se quejaron a Fouquier-Tinville alegando las razones pertinentes.

«Ciudadano: Esos insignificantes artículos pueden en cierto modo ayudar a completar nuestros salarios. Nuestros vestidos se estropean en muy poco tiempo a pesar de las precauciones que tomamos para evitar el terrible efecto que las ejecuciones ejercen sobre ellos...» Para poder hacer frente a esos gastos pedían al fiscal que les devolviese el derecho a esos objetos.

No era lo único que se aprovechaba de los ajusticiados. Se decía en París por entonces que los cabellos cortados en la Conciergerie, en lugar de tirarse,

se utilizaban luego para hacer pelucas que más tarde serían el último grito de elegancia entre los señoritos que sobrevivieron a la Revolución.

El nombre de Sanson unido al oficio que desempeñó durante ese período, provocó lógicamente una curiosidad morbosa por la familia. Muchos años después cuenta Lenôtre que un escritor fue a ver al hijo Henri, quien le explicó en una conversación normal y corriente que su hija se casaba con un médico. Al notar la estupefacción con que el visitante acogía esa noticia contradictoria del aislamiento con que tradicionalmente se rodeaba a los verdugos, dijo Sanson tranquilamente:

—Es como cuando para salvar un cuerpo humano el cirujano se ve obligado a sacrificar un miembro enfermo. Igualmente si un miembro del cuerpo social tiene gangrena ¿no hay que hacer el mismo sacrificio?

—Pero —balbuceó el otro—, ¡hay diferencia entre los dos sacrificios!

—Sí —replicó el verdugo—, en el tamaño del cuchillo...

* * *

La muerte de Luis XVI provocó lógicamente una mayor expectación y problemas derivados de la categoría de la víctima. Aparte del traslado de la guillotina antes señalado hubo diversas comunicaciones oficiales para garantizar el resultado final de un proceso. Sanson era uno de los preocupados y prueba de ello es la carta enviada en la víspera de la ejecución al «Ciudadano procurador general síndico provisional del Distrito»:

Ciudadano, he recibido las órdenes que me mandó y adoptado las medidas necesarias para evitar cualquier retraso en su cumplimiento. El carpintero ha sido informado de la situación en que se quiere la máquina, que será erigida en el lugar indicado. Es absolutamente necesario que yo sepa cómo saldrá Luis del Temple. ¿Tendrá un coche o usará el vehículo que

se utiliza normalmente para ese tipo de ejecuciones? Después de la ejecución, ¿qué hay que hacer con el cadáver?

¿Tengo que estar yo o serán mis ayudantes los que estén a la prisión a las ocho como indica la orden? Si no soy yo, ¿quién le traerá desde el Temple y cuál es el sitio y el punto exacto donde tengo que estar?

Y rogándole le comunique los detalles oportunos se despide en París, 20 de enero, año segundo de la República, el ciudadano Sanson, ejecutor de las sentencias criminales.

Entre la numerosa guarnición que puso orden en la ceremonia había un soldado que contó así su experiencia al día siguiente en un periódico parisiense.

«Nuestro batallón dejó el cuartel a las siete de la mañana de hoy para rodear la plaza de Luis XV [no sabía que se llamaba de la Revolución]; cuando la ejecución terminó se formó una danza con al menos cien personas en círculo y danzando alegremente mientras cantaban la *Marsellesa* y gritaban: "Ahora ha caído la cabeza del tirano." Algunas personas se metieron debajo del patíbulo y empaparon sus manos con la sangre en alusión a que su mujer [la reina] había dicho que le gustaría lavarse las manos con sangre de los franceses. Pues fueron los franceses los que se las lavaron con la sangre de su marido.»

Vendieron botones, trozos de la casaca y cabello de Luis XVI, lo que provocó una indignada protesta de Sanson a un periódico: «En este momento me entero de que hay un rumor según el cual estoy vendiendo o permitiendo se venda el cabello de Luis Capeto [nombre irrisorio con que se designaba al rey usando sólo el apellido familiar]. Si se ha vendido algo ese negocio infame ha sido realizado por canallas y la verdad es que no he autorizado a nadie en relación conmigo que se llevara o se quedara con el menor vestigio de ello» (*Thermomètre du Jour*, 29-I-1793).

La preocupación de Sanson por el destino del cuerpo del monarca tenía una cierta lógica, porque sólo un par de días antes se había cavado en el nuevo ce-

menterio de la Madeleine una zanja en la que fue depositado el cuerpo de Luis XVI vestido con la casaca de piqué blanco y calzón y medias grises. No llevaba sombrero ni zapatos. La cabeza fue colocada entre las piernas y mantenía el color y los ojos abiertos. Lo bajaron en un ataúd abierto y cubrieron luego el foso con cal viva para evitar que sus restos fueran objeto de culto.

EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO

Constituido esencialmente por el Comité de Salvación Pública, que decidía de política interior y exterior, el Comité también tuvo que velar por la alimentación ciudadana en tiempos difíciles. La escasez producida por las necesidades del ejército y la reluctancia del comerciante a vender al precio fijado por la ley, produjo una falta de alimentos y alborotos callejeros que la autoridad reprimió con severidad amenazando con la cárcel y la muerte a acaparadores y vendedores con ventaja. Se creó la cartilla de racionamiento llamada *carta du pain,* en agosto de 1793 en París y algunas ciudades importantes. Con esa tarjeta se obtenía el «pan de la Igualdad», que era más bien variado con la incorporación en su manufactura de maíz, avena, centeno y patata. Resultaba un «*pain de l'Égalité*» más bien negro y de poca calidad. La pastelería fue oficialmente suprimida dadas las circunstancias. Malo o bueno el pan no faltó en las calles de París, pero en cambio la carne desapareció prácticamente desde abril de 1793, forzando a los *gourmets* de la capital a participar en la «cuaresma cívica» que preconizaba el diputado girondino Vergniaud. Quedó ese manjar sólo para los enfermos y para los muy ricos que lo compraban a escondidas a pesar del riesgo que ello representaba, tanto para el vendedor como para el comprador.

Lo que las circunstancias bélicas tenían de catastrófico para los menos habientes debían compensarlo

de alguna forma con leyes que los favorecieran en otros campos. Y así los bienes nacionales, en gran parte procedentes de las confiscaciones a las iglesias, fueron vendidos en pequeñas parcelas para que alcanzasen al mayor sector social posible; se creó la escuela primaria gratuita, laica y obligatoria; se declaró la igualdad entre todos los herederos, olvidándose de los derechos tradicionales del mayor y considerando incluidos en ellos a los hijos naturales; Saint-Just consiguió la incautación de las riquezas de los sospechosos «para indemnizar a todos los desdichados».

Pero la principal misión del Comité de Salvación Pública sigue siendo policial... Sus informadores, sus espías, le comunican continuamente nombres de aquellos que eran enemigos de la República, que podrían ser enemigos de la República o que podrían ser utilizados por los enemigos de la República. Todos esos nombres eran enviados por el Comité al Tribunal Revolucionario, que evitaba tentaciones subversivas quitándoles la cabeza en la que podían albergar ideas contrarrevolucionarias.

En los últimos treinta años varios historiadores —a la cabeza de ellos G. Lefebvre— han intentado justificar esa dureza del Comité por el peligro constante de una involución y las amenazas de que sus miembros eran continuamente objeto. Existió efectivamente un atentado con pistola llevado a cabo por Admiral contra Robespierre y Collot d'Herbois. También Lecointre había propuesto públicamente que se apuñalase a Robespierre. Pero es evidente que esas amenazas e intentos homicidas nacían mucho después de que Robespierre y los suyos hubieran manifestado públicamente que para que triunfara la causa jacobina se debía acabar físicamente con cualquiera que se opusiese a ella de palabra, de obra y aun de intención.

«¿Qué queréis vosotros, los que no necesitáis virtud para ser felices? ¿Qué queréis vosotros que no queréis el Terror contra los malvados? ¿Qué queréis vosotros que, sin virtud, volvéis el Terror contra la libertad? Y sin embargo estáis atados; porque todos los crímenes se unen y conforman en este momento una

zona tórrida alrededor de la República» (Saint-Just, 13-III-1794).

* * *

«No se trata de dar algunos ejemplos, sino de exterminar los implacables satélites de la tiranía» (Couthon, 22 prairal, año 2.º).

* * *

«Es por la violencia como se debe establecer la libertad y ha llegado el momento de organizar momentáneamente el despotismo de la libertad para aplastar el despotismo de los reyes» (Marat tras la creación del Comité de Salvación Pública, abril de 1793).

El personaje Robespierre era un caso aparte, un ser excepcional en lo que esto tiene de bueno y en lo que tiene de malo. Frío por un lado y ardiente revolucionario por el otro. Mientras Danton gozaba del calor de la muchedumbre y el del cuerpo de una joven, Robespierre se embriagaba hablando, pero nunca de vino o del placer carnal, lo que impresionaba al francés ávido de ambas cosas.

Amigo y defensor de los desheredados de la fortuna, de la plebe más baja, iba siempre impecablemente vestido; cuando el cabello empolvado era signo de aristocracia y de reaccionario, él seguía llevándolo y sus fieles descamisados aceptándolo.

Su oratoria era precisa, fría, envenenada, pero sus silencios eran más peligrosos todavía. Barras, que se sabía entre los que él despreciaba por su frivolidad y sus negocios, fue a verle una mañana para salir de dudas. Según contó después en sus *Memorias*, Robespierre los recibió —a él y a Freron— recién levantado de la cama y procedió a lavarse y arreglarse sin ofrecerles siquiera una silla; mientras el diputado se esforzaba en hacer declaraciones de izquierdismo y de lealtad hacia él, Robespierre seguía limpiándose los dientes, vistiéndose o calzándose, lanzándoles de vez en cuando una mirada helada sin pronunciar una sola

palabra acerca de lo que oía. Barras salió temblando de la entrevista y tan convencido de que iba a ser la próxima víctima que participó con entusiasmo en la conspiración que, al acabar con el tribuno, tenía que salvar su vida.

El Defensor de la Constitución es su periódico y en él escribe: «Una monarquía constitucional conviene a la aristocracia burguesa, pero la república conviene al pueblo, a los hombres de todas condiciones que tengan un alma pura y elevada, a los filósofos amigos de la humanidad, a los *sans-culottes* que en Francia se han apropiado con orgullo de un mote con que La Fayette y la vieja corte querían despreciarlos igual que los republicanos en Holanda lo hicieron con el de "mendigos" que les había dado el duque de Alba.»

En realidad fue un cortesano de Margarita, gobernadora de los Países Bajos, hermana de Carlos V, el que definió así a los enviados de los estamentos populares cuando llegaban a protestar de los edictos persecutorios de los protestantes ordenados desde Madrid, pero la comparación es acertada. Una palabra despectiva pasó en ambos casos a ser utilizada como orgullosa bandera.

La expresión *sans-culottes*, literalmente «sin calzones», se refiere a los hombres del pueblo que para mayor comodidad empezaban a usar pantalones amplios en lugar del calzón ceñido y prolongado por la media. El origen del uso estaba en los marineros que, por razón de su oficio, no podían llevar una tela pegada a la pierna que mantuviera durante horas la humedad. Los aristócratas o el general pronunciaron seguramente la palabra con aire despectivo; en términos amplios el adjetivo equivaldría al de «descamisados», otro insulto que en los tiempos modernos del general Perón fue adoptado como término elogioso por sus huestes.

En un grabado de la época aparecía el símbolo de la crueldad vesánica de Robespierre. En el dibujo, *el Incorruptible* tiraba del resorte para que cayera la hoja fatal sobre un condenado y el pie rezaba: «Robespierre guillotinando al verdugo después de haber

hecho guillotinar a todos los franceses.» Y para ilustrar mejor esa idea aparecían en segundo plano varias siluetas de guillotina que llevaban cada una el nombre de los desaparecidos. Comité de Salud Pública. El Comité de Seguridad General. El Tribunal Revolucionario. Los jacobinos. Los cordeliers, brissotinos, girondinos, filipinos (de Felipe de Orleans), chabotinos (de Chabot), hebertistas, nobles y sacerdotes, gente de talento, viejos, mujeres y niños, soldados y generales, autoridad constituida, Convención Nacional y sociedades populares (lámina reproducida por Funk Brentano, *Scènes et tableaux de la Révolution*, París, 1939).

Y sin embargo no siempre fue así...

Nadie podría haber reconocido en 1793 a un Robespierre que hablaba contra la pena de muerte:

«La sociedad condena y asesina cobardemente porque su superioridad es grande... Las repúblicas griegas, en donde las penas eran moderadas, en donde las penas de muerte eran raras o absolutamente desconocidas, ofrecían menos crímenes y más virtud que los países gobernados por leyes sangrientas (*Moniteur*, 1-VII-1791).

El mismo hombre, menos de tres años más tarde, afirmaba enfáticamente:

«Si el resorte del Gobierno Popular en la paz es la virtud, el resorte del Gobierno Popular en revolución es a la vez la virtud y el Terror; la virtud sin la cual el Terror es funesto, el Terror sin el cual la virtud es impotente. El Terror no es otra cosa que la justicia pronta, severa, inflexible; él es, pues, la emanación de la virtud; es menos un principio particular que una consecuencia del principio general de la democracia aplicado a las necesidades más urgentes de la patria» (*Principios de moral política que deben guiar a la Convención*, febrero de 1794).

Marat en el baño

Todos conocen el cuadro de Luis David, el pintor clasicista, artista oficial de la Revolución, como luego lo

fue del Imperio. David nos asocia para siempre en la memoria el recuerdo de un político con su trágica muerte; era en principio el marco menos noble y digno para un asesinato, una bañera. Y sin embargo, el pintor consiguió darle a esa figura sorprendida por el fin un carácter romano que tanto correspondía a su estilo.

Marat, destacado miembro del triunvirato más famoso con Danton y Robespierre, era un hombre pequeño, apasionado, vehemente, trabajador infatigable, médico de profesión, político por vocación, periodista y escritor.

Para todos los que han estudiado la apasionante etapa de la Revolución francesa, Marat es el más violento de los oradores y panfleteros, si exceptuamos a Hébert, de quien le separaba su cultura y estilo literario.

Marat es quien tras los choques del Campo de Marte, el 17 de agosto de 1791, pide que se levanten en los jardines de las Tullerías ochocientas horcas donde colgar a ochocientos enemigos del pueblo. El 24 de agosto de 1792 pronuncia un discurso en la Tribuna de los «Cordeliers» donde decide que hay que cortar 270 000 cabezas para asegurar el reino de la libertad, cifra curiosa y precisa en la que insiste más tarde; ni una más ni una menos.

«¡En pie, en pie! Y que la sangre de los traidores comience a derramarse» (Marat, *L'ami du peuple*, 19-VIII-1792).

Era demasiado incluso para muchos izquierdistas. El 14 de abril de 1793 por 220 votos contra 99, Marat fue acusado y enviado al Tribunal Revolucionario. Escoltado por sus seguidores se presentó en la Conciergerie, fue juzgado el 24 de abril y absuelto de todos los cargos entre el entusiasmo de los *sans-culottes*, que le llevaron en triunfo hasta la Convención. Pero un día... Carlota Corday llega de Caen, Calvados, el 13 de julio de 1793; el 14 compra en una tienda del Palais Royal un cuchillo para descuartizar que le cuesta tres francos. Toma un coche de alquiler hasta la rue de Cordeliers, 30. Es la casa de Marat, a quien había

escrito desde el pueblo para pedirle una cita porque pensaba darle detalles de la conspiración girondina en su pueblo. Simone Evrard, la compañera a quien Marat había tomado por esposa «ante Dios y la naturaleza» tres años antes, desconfía de esa joven de aire misterioso y no le permite ver al diputado. Charlotte vuelve a la carga a las siete y media; para el acto que meditaba había vestido su mejor ropa, un vestido claro, con fondo blanco y un chal rosa sobre los hombros; en la cabeza, un sombrero tipo masculino con escarapela negra sujetada por una cinta verde. Lo que no se veía en el atuendo era la hoja de papel fijada en su ropa por la parte interna donde su «Llamada a los franceses» terminaba: «Si no logro triunfar en mi empresa, franceses, al menos os he demostrado el camino; ya sabéis quiénes son vuestros enemigos; ¡alzáos!, ¡marchad!, ¡atacadlos!»

Había insistido de nuevo: «Os he escrito esta mañana, Marat. ¿Habéis recibido mi carta? No puedo creerlo porque me han impedido la entrada en vuestra casa. Os lo repito: tengo que revelaros secretos muy importantes para la salvación de la República. Por otra parte soy una perseguida por la causa de la libertad y por ello desgraciada. Creo que eso debe bastar para tener derecho a vuestra protección.»

Esa última frase debió de impresionar a Marat porque esta vez y a pesar de la desconfianza de Simone la obligó a que la dejara pasar, recibiéndola en una bañera donde con turbante y el cuerpo cubierto de telas húmedas, combatía una afección de la piel. La muchacha se sienta en un taburete cercano y le cuenta las maniobras políticas de los contrarrevolucionarios de su región. Marat la escucha atento y sobre una tablilla atravesada sobre la bañera va escribiendo los nombres de aquellos conspiradores contra la República. Parece que decía satisfecho...

«Todos irán a la guillotina», cuando recibió la puñalada que le llegó al corazón a través de los pulmones.

—¡Socorro, amiga mía!

A los gritos entra Simone que derriba a Charlotte

Corday con el mismo taburete donde había estado sentada. Llegan los vecinos, los amigos, Charlotte se mantiene fría y distante, convencida de haber cumplido un deber sagrado.

Actitud que mantendrá en el camino hacia la guillotina adonde será llevada tras el juicio a los tres días, una actitud que como dijimos al hablar de Sanson, sólo variará para mirar con asombro de provinciana los comercios de un París que apenas tuvo ocasión de ver.

Ese París que al día siguiente llevaba en triunfo al cadáver del «mártir» al Panteón donde ocupó el puesto que había dejado libre el de Mirabeau, expulsado como traidor, que así es la política. En toda Francia se compusieron himnos al desaparecido y cuarenta y dos pueblos decidieron abandonar el nombre con el que siempre habían sido conocidos para llamarse «Marat». Aunque naturalmente, también hubo quien se alegró con la desaparición del «monstruo» como el español Marchena que, preso en las cárceles del Terror, dedicó unos versos elogiosos a la mujer que había realizado la hazaña:

Salve, deidad sagrada,
tú del monstruo sagrado liberaste
la patria, tú vengaste a los humanos,
tú a la Francia enseñaste
cual usa el arma libre de la espada.

Con un final donde se espera que su influencia desde el más allá pueda devolver la auténtica libertad al país:

¡Oh diosa! Los auspicios
funestos de la Francia tan lejanos;
torne la libertad a nuestro suelo
así con puras manos,
los hombres libres gratos sacrificios
te ofrecerán, Carlota; tú del cielo
donde asistes, clemente
protege siempre a la francesa gente.

EL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO

Tras la ley de sospechosos (17-IX-1793) los jueces del Tribunal Revolucionario aumentan hasta el número de dieciséis y los jurados resultan ser sesenta actuando en grupos consecutivos de doce. Todos ellos eran necesarios dado el extraordinario trabajo que realizaba el Tribunal.

El primer presidente fue Hermann, tan sobrio, honrado, frío y cruel como su admirado maestro Robespierre. El que lo sustituyó el 8 de abril de 1794 era tan duro como él, pero totalmente distinto en la personalidad. Le gustaba comer abundantemente, beber lo que pudiera y vivir lo más fastuosamente posible. Mientras Hermann trataba correctamente a los que pensaba enviar a la guillotina, Dumas gastaba bromas donde el buen gusto no tenía el menor lugar. Una vez se enfadó con la acusada, la abadesa de Montmartre.

—¿Por qué no responde a mi pregunta?

—Porque es sorda —le advirtió tímidamente otra de las procesadas, también religiosa.

—¡Ah! —exclamó Dumas—. No me asombra que conspire en sordina.

Lo que produjo grandes carcajadas entre el público asistente al juicio. Parecido éxito tuvo el presidente cuando lanzó a un famoso maestro de armas, profesor de esgrima de príncipes y nobles su condena a muerte con un:

—¿A que no me paras ésta?

Alguna vez fue el acusado el que usó del sarcasmo

aun a sabiendas de lo que le iba a costar. Así la prostituta a quien el juez preguntó:

—¿De qué vives?

—De mis gracias como tú de tu guillotina —respondió ella.

Fue al cadalso, naturalmente.

Las anécdotas sobre la dureza del Tribunal Revolucionario son múltiples. Por ejemplo Fouquier-Tinville interrogó al octogenario mariscal de Mouchy mientras no le preguntó nada a su esposa acusada con él. Cuando le advirtieron de ello exclamó: «¡Qué más da! Es el mismo asunto.» Y mandó a la pareja a la guillotina. Como envió igualmente a la muerte a dos muchachas llamadas Biron porque no se pudo averiguar cuál de ellas era la que había sido denunciada. Probablemente pensó que aquélla era la única forma de no dejar escapar a la culpable.

Un observador llamado Dutard hizo un informe al ministro del Interior Garat elogiando el trabajo de la guillotina desde una perspectiva sociológica: «En política, esas ejecuciones producen grandes efectos. Esos efectos considerables consisten en calmar el resentimiento del pueblo por los males que sufren porque allí tienen su venganza. El comerciante que no tiene nada con qué comerciar, el obrero que paga todo tan caro, que su salario se reduce a casi nada, se consuelan de los males que tienen viendo a unos seres humanos más desgraciados que ellos.»

Hay que reconocer que como compensación intelectual y moral resulta tan lógica como asombrosa.

* * *

El Tribunal Revolucionario se reunía en varias salas. En la llamada de la Libertad, donde juzgaron a María Antonieta, había bustos de Bruto, de Marat y de Lepeletier, un diputado que votó por la muerte del rey y por ello había sido asesinado por un monárquico el mismo día del juicio. Por encima de estas efigies estaba colgada una placa con la «Declaración de los

derechos del hombre» cuyas líneas eran continuamente olvidadas por los jueces según las sentencias que de ellos conocemos.

Las apariencias formales se cubrían: el presidente y los asesores iban ataviados con capa negra, corbata blanca y sombrero de plumas. Una balaustrada separaba al tribunal del público.

En su momento culminante el Tribunal Revolucionario aplicaba la ley del 10-VI-1794 (22 prarial según el calendario republicano) que afirmaba que estaba instituido para castigar a los enemigos del pueblo. Los enemigos del pueblo son los que intentan acabar con la libertad, sea por la fuerza o por la astucia. El castigo contra todos los delitos cuyo conocimiento pertenece al Tribunal Revolucionario es la muerte. Si existen pruebas, tanto materiales como morales, no se citará a más testigos. La ley da por defensores a los patriotas calumniados, jurados patriotas; no da ninguno a los conspiradores.

El tribunal dictó 17 000 penas de muerte. Un 35 % antes de setiembre de 1793, 75 % de octubre de 1793 a mayo de 1794 y 14 % de mayo a junio de 1794. Puede añadirse unos 12 000 ejecutados sin proceso y los sospechosos muertos en prisión por los tratos recibidos. En total de 35 000 a 40 000.

La ignorancia de esos juristas improvisados que eran los presidentes de los distintos tribunales populares era tan grande que el mismo Hébert, el mayor demagogo, tuvo que reírse de ella. Como cuenta el director de *Le Père Duchesne*, fue convocado un día por un juez llamado Buolo tras atacar violentamente a madame Veto (la reina); el diálogo, casi de sordos si hemos de creer al periódico hebertista del día siguiente, se desarrolló así:

«Buolo: Habéis recibido una carta de alguien que se llama madame Veto.

»Detenido: No, señor, no he recibido carta de nadie; es una figura retórica que se llama licencia poética.

»Buolo: Escribid, secretario, que el señor se permite licencias cuando la ley lo prohíbe y que tiene la audacia de presumir de tener una figura licenciosa.

»Detenido: Pero, señor, la licencia no está en mi figura sino en la figura retórica.

»Buolo: ¡Recoño! Debe de ser una facciosa esa mujer llamada Retórica. ¿Dónde vive?»

* * *

«Hace falta y así lo habéis decidido que la espada de Damocles penda sobre toda la superficie de la nación» (Billaud-Varenne, *Código revolucionario provisional*).

* * *

Las víctimas de la Revolución pueden agruparse geográfica y socialmente. Teniendo en cuenta la rebelión monárquica de la Vendée no es raro que esa región diera el porcentaje más alto de los caídos durante el Terror: 52 %. El sudeste dio el 19 %, París el 16 % y el resto de Francia el 13 %.

En cuanto al origen social no es cierto, como se ha dicho durante muchos años, que los aristócratas constituyeran el mayor número relativo. Los estudios realizados dan un 31 % de artesanos, tenderos y empleados; un 28 % de campesinos (la mayoría vendeanos) mientras que los nobles son el 8,5 % y los curas el 6,5 % (recordemos el número menor de franceses que vestían sotana).

* * *

«Tendremos tiempo de ser humanos cuando hayamos sido vencedores» (Hérault de Séchelles a Carrier, que iba a Nantes, 29-IX-1793).

* * *

Hay que recordar también que ser aristócrata o sacerdote no implicaba inmediatamente la persecución. Había que acusarlos —lo que resultaba fácil dada su procedencia— de traidores, conspiradores, federalis-

tas, acaparadores, intrigantes, fanáticos, egoístas y hasta de ¡charlatanes!

Por delitos políticos se establece así el orden de víctimas. Por rebelión y traición el 78 %; por federalistas el 10 %; por delitos de opinión (la más vaga y cómoda de las acusaciones) el 9 %. Y por fin por delitos económicos (en gran parte por falsificación de asignados o papel moneda del tiempo y negocios sucios en que interviniera el dinero del estado) un 1,25 %.

* * *

«El Terror no es otra cosa que la justicia pronta, severa, inflexible; es, pues, la emanación de la virtud; es menos un principio particular que la democracia aplicada a las necesidades más urgentes de la patria» (Danton, 3-IV-1793).

La Iglesia se divide

Igual que la mayoría de los estamentos sociales, el clero se dividió en Francia en este caso entre los que aceptaron la Constitución Civil acatando a la República y los que se mantuvieron fieles a sus principios. Estos últimos fueron considerados los únicos sacerdotes capaces de dar una absolución que valiera en el cielo por los católicos fervientes mientras los demás eran rechazados por espúreos. De la misma manera que la reina había rechazado al sacerdote constitucional que le ofreció sus servicios al ir al patíbulo, las aristócratas confiaban sólo en los curas de antes y dada la imposibilidad que éstos, por su condición de perseguidos, pudieran acercarse a ellas en último momento, establecían una cita clandestina para cuando llegase la cercanía del trágico final. Así ocurrió con el abate Carrichon que había prometido a tres aristócratas con el nombre insigne de Noailles seguirlas a la guillotina si las condenaban a muerte. Estando en su casa el 22 de julio de 1794 un mensajero llegó para recordarle su promesa y el pobre cura salió re-

signado y temeroso a cumplir con su deber. A la hora señalada de la mañana siguiente estaba cerca de la puerta por donde salían los condenados y éstos son los recuerdos que puso sobre el papel años después:

«La primera carreta se llenó y se acercó a mí. Llevaba a ocho señoras cuyo comportamiento era admirable y de las que siete eran desconocidas, pero la octava era la mariscala de Noailles mientras la madre y la hija iban en la segunda carreta. La muchacha iba de blanco, color que no había dejado de llevar desde la muerte de sus suegros. Tenía como mucho veinticuatro años y su madre, de unos cuarenta, llevaba un vestido amplio con franjas blancas y azules. Seis hombres se colocaron detrás de ellas, los dos primeros un poco separados del grupo como para dejarles más libertad y con un aire de respeto que me los hizo simpáticos.

»Desde que entraron en la carreta la hija mostró a la madre el afecto tan natural en ella. Oí a alguien cerca de mí diciendo: "Fíjate en la joven... ¡qué alegre está! ¡Cómo habla! ¡No parece nada hundida!"»

El sacerdote se coloca en primera fila, pero las condenadas no le vieron; precipitándose por unas calles transversales logra situarse en otro lugar estratégico al paso del cortejo, pero de nuevo las damas ignoran su presencia. Finalmente y gracias a un chaparrón que dispersa a parte de la multitud, el abate puede acercarse de nuevo a los carros y esta vez logra ser visto; sin quitarse el sombrero les da la absolución. Luego sólo le queda verlas morir.

«Las carretas siguieron su camino hasta que apareció el cadalso que fue rodeado en seguida por soldados de caballería y de infantería. Detrás de ellos había muchos espectadores en círculos, la mayoría riendo y divirtiéndose ante la terrible escena... cuando los ayudantes procuraban que la señora de Noailles bajase de la carreta los ojos de la víctima me buscaron y me encontraron. ¡Lo que me pudo decir con esos ojos que miraban primero el cielo y luego a la tierra! Viendo esos elocuentes signos de ardiente piedad los tigres que estaban alrededor de mí dijeron:

"¡Mira qué contenta parece ésta!... cómo levanta los ojos al cielo, cómo reza... pero ¿de qué le va a servir?" Y luego, por una típica asociación de ideas: "¡Ah, esos curas sinvergüenzas!"»

Los condenados bajan y se alinean junto al cadalso callados y dignos. El sacrificio —dice el abate— iba a empezar.

«La mariscala fue la tercera en subir al cadalso. Tuvieron que cortar la parte alta de su vestido para mostrar el cuello. Madame D'Ayen fue la décima... el ejecutor le arrancó la cofia y como estaba sujeta por un alfiler que nadie se había preocupado de quitar, su cabello fue tirado tan violentamente hacia atrás que el dolor apareció en su cara... y lo mismo ocurrió con su hija, la muchacha de blanco.»

Presos de sangre real

El rey se levantaba a las siete y rezaba hasta las ocho vistiéndose luego con su hijo. A las nueve desayunaba con la reina y daba lecciones a Charles Louis hasta las once, dejando luego al niño solo para que rezase hasta las doce. Había luego un paseo obligatorio porque la guardia que se relevaba en ese momento quería asegurarse de que los prisioneros seguían allí. Este paseo duraba hasta las doce, hora del almuerzo. Luego jugaban al «tric-trac» o al «piquet». A las cuatro la reina subía con su cuñada, madame Elizabeth, y sus hijos porque el rey dormía la siesta y a las seis se reanudaba la reunión con más lecciones dadas por el monarca a su hijo hasta la hora de cenar. A las nueve la reina desnudaba y metía en la cama al pequeño. En las horas que estaban juntos, aparte de esas actividades, el rey leía, María Antonieta hacía trabajos de tapicería y educaba a su hija y Elizabeth rezaba. El rey se acostaba a las once.

Luego, empezaron a separarlos, a procesarlos y a guillotinarlos.

LA REVOLUCIÓN EN ARMAS

La sombra de la guillotina se extiende al ejército. Amenazada por el extranjero en las fronteras y en el interior por la rebelión de los monárquicos vendeanos, la República toma medidas desesperadas en lo que se refiere al ejército caído en la anarquía. Para empezar lo democrático no tendrá nada que hacer en las filas; se acabaron los nombramientos de cabos elegidos por el voto de los soldados. Los mandos serán designados entre los más capaces y si entre ellos hay todavía, como es lógico, porque de esa clase se surtía la oficialidad, algún aristócrata, no perderá su puesto, «si son puros», expresión que significaba entonces ser republicano y no contaminado por la corrupción de la corte.

Se limpia el ejército enviando a casa a las prostituas que habían empezado a ir con sus compañeros a la guerra como a una fiesta. Se restablece la disciplina aunque los consejos de guerra serán mucho más duros con los oficiales que con los soldados.

Los generales sospechosos de tibieza republicana serán sustituidos sobre la marcha por jóvenes de confianza que asombrosamente mostrarán una gran capacidad bélica; se dan casos de comandantes en jefe que tienen veinticuatro años. Hoche, Marceau y un tal Bonaparte, por ejemplo, que se acaba de distinguir en Tolón recuperado a las fuerzas anglo-españolas.

El cerebro organizador de estos cambios se llamaba Carnot, el que fue denominado por sus éxitos «pa-

dre de las victorias». Su esquema administrativo tenía como complemento una estrategia y táctica que sacase partido del numeroso ejército que el entusiasmo revolucionario había puesto en sus manos. Preconizaba el tiro cercano y en cuanto fuera posible «intentar siempre el combate a la bayoneta persiguiendo al enemigo en su huida hasta su destrucción completa». Desde luego, la República no hacía prisioneros. Los ingleses o hannoverianos que se rendían perdían inmediatamente la vida. La República amenazada de muerte se defendía matando a su vez.

Para vigilar la situación militar, especialmente en la fidelidad republicana y el trato a los soldados que debía ser afectuoso y protector de sus necesidades, el Comité de Salvación Pública nombraba unos comisarios que tenían autoridad plena sobre los generales excepto en lo que se refería a operaciones militares estrictamente hablando.

El resultado de todas esas reformas fue espectacular. Animados por un lado y vigilados por otro, los generales utilizaron el entusiasmo de sus tropas ávidas de defender el suelo patrio y vencieron en Fleurus (26 de junio de 1794), liberando a Bélgica mientras el ejército de los Pirineos entraba en Cataluña por el este. En la Vendée se emplea con éxito el ejército rendido en Maguncia y que de acuerdo con las condiciones de la entrega no podía volver a luchar contra los enemigos exteriores... pero sí contra los del interior. Igualmente fue recuperada para la República Lyon, que se había sublevado contra París y cuyos habitantes sufrieron el castigo por ello a manos de Collot d'Herbois y de Fouché, que entonces estaba muy lejos de pensar que acabaría de duque de Otranto. La guillotina funcionó largas jornadas en la ciudad. También cayó Toulon, cuyos realistas habían entregado al almirante inglés, Hood. Barras y Freron dieron otro ejemplo fusilando a centenares de rebeldes. La guillotina hubiera tardado demasiado.

La actitud bélica se apoyaba necesariamente en la Intendencia. Robespierre decreta que edificios oficiales serán convertidos en cuarteles, las plazas públicas

en talleres de armas, el suelo de los sótanos será lavado para extraer salitre (para la pólvora).

La necesidad de bronce y la antipatía a la iglesia se aliaron para requisar todas las campanas de las iglesias. Desde el 23 de julio de 1793 no se toleró más que las que doblaban en la iglesia parroquial. Las de los demás templos fueron llevadas a la fundición. Los obreros metalúrgicos fueron declarados exentos del servicio militar.

En París trabajaban 5 000 personas en la fabricación de fusiles, con herrerías instaladas en el jardín de las Tullerías y del Luxemburgo.

Llegaron incluso a intensificar los estudios sobre la aerostática que poco antes (1783) había impresionado a los parisienses con el globo de los hermanos Montgolfier. Así se llegó a construir uno de observación que en la batalla de Fleurus dio noticias útiles al mando francés desconcertando además al enemigo ante esa nueva arma de efectos imprevisibles.

Hacía falta además ropa, armas, zapatos y aquí el Comité de Salud Pública se encontró con la vieja organización de proveedores del Estado que pensaban antes en sus provechos personales que en el bienestar de las tropas republicanas. Entre ellos estaba Ouvrard, que años más tarde heredaría de Barras la posesión de la española Teresa Cabarrús, que por entonces había dejado de llamarse Tallien.

Esa grey codiciosa no se dio cuenta al principio de que las normas de la república eran bastante más severas que las de la monarquía. Engañar a los soldados de la república con mal calzado o ropa que no abrigaba era sabotear la Revolución y a su costa se enteraron Dessale y Bouchet que fueron entregados al Tribunal Revolucionario y por ello a la guillotina.

* * *

«Hay diez mil hombres descalzos en el ejército; hace falta que descalcéis a todos los aristócratas de Estrasburgo y que mañana, a las diez, los diez mil pares de zapatos estén en marcha hacia el cuartel gene-

ral» (Saint-Just, Le Bas, representantes del pueblo cerca del ejército del Rin a la Municipalidad de Estrasburgo, 15-XI-1793).

* * *

La consigna «la patria está en peligro» galvanizó al país que seguía ciegamente consignas como éstas:

«Los jóvenes irán al combate; los casados forjarán las armas y transportarán las vituallas; las mujeres confeccionarán uniforme y servirán en los hospitales; los niños harán hilas de la ropa vieja; los ancianos se harán llevar a las plazas públicas para excitar el valor de los guerreros, predicar el odio a los reyes y la unidad de la República» (decreto sobre la leva en masa, 23-VIII-1793).

Se promete a los voluntarios que el gobierno cuidará de que mientras estén en el frente no les apuñalarán por la espalda.

«Vais a tener un ejército de *sans-culottes*, pero eso no basta; hace falta que mientras vosotros vayáis a combatir a los enemigos del exterior los aristócratas del interior queden bajo la pica de los *sans-culottes*» (Danton, Convención, 5-IV-1793).

La guerra es a muerte. Los actos protocolarios de antaño entre los ejércitos no se admiten.

«La República francesa no recibe de sus enemigos ni les devuelve más que plomo» (Saint-Just, Le Bas, ante un mensajero del ejército enemigo, en Estrasburgo).

Y en fin los generales saben que han dejado de ser intocables.

«Los generales se ven a sí mismos como soberanos en Francia; ellos creen que no existe otro poder que ellos y la facción de los hombres de Estado» (Robespierre a Kellermann, 24-V-1793).

Las matanzas de setiembre

La guillotina hubiera sido demasiado lenta como hubiese sido demasiado lento el juicio correspondiente a cada uno de los condenados. Así se llegó a lo que la historia denomina com matanzas de setiembre realizadas en ese mes del año de 1792.

Ese crimen colectivo nace de la exasperación del pueblo de París ante los acontecimientos políticos y militares, interiores y exteriores de la época. Por un lado las noticias de la frontera son malas; se dice que Verdún ha caído en poder de los austríacos (seguía intacta la ciudadela) y que Dummoriez se había pasado al enemigo, lo que era más cierto. La deserción de ese general, que amigo de la Revolución al principio (era girondino) se había desengañado más tarde, produjo estupor y desconfianza contra todos los susceptibles de ayudar a los antirrevolucionarios. Los rumores circulaban por doquier. No se había inventado la expresión «quinta columna», pero la idea estaba ya presente en la mente de los más exaltados. Era necesario salir al encuentro del enemigo, defender las fronteras patrias, pero eso significaba que París quedase a la merced de los aristócratas, los curas no constitucionales, los oficiales más monárquicos que patriotas. Es verdad que muchos estaban en la cárcel, pero podían ser ayudados a salir por los que permanecían en libertad. Había que terminar con ellos para poder partir con seguridad hacia el frente de batalla. La jornada reciente del 10 de agosto en la que masas armadas del pueblo habían acabado con la resistencia en las Tullerías, humillando al monarca que tuvo que ponerse un gorro frigio para salvar la vida, había dado al bajo pueblo una sensación de poder que tenía ganas de poner en acción.

Así fue creciendo como una bola de nieve la idea que decidió uno de los crímenes colectivos más feroces. Empezaron como movimiento anticlerical en el con-

vento de las Cármenes para seguir después a las cárceles más importantes y más llenas de París.

El proceso se realizaba siempre de la misma manera: la masa entraba en tropel en la cárcel arrollando a los guardias que intentaban una tímida defensa, organizaba un tribunal revolucionario y hacían llegar uno a uno a los aterrados presos. En el llamado juicio que se celebraba entonces intervenía sobre todo el odio de la multitud hacia sus dueños de antes y en la inmensa mayoría de los casos la sentencia fue de muerte. Aunque para evitar escenas en la sala del tribunal no se la nombraba así. El presidente daba orden de que el prisionero fuera conducido a La Force si estaban en L'Abbaye o a L'Abbaye si estaban en La Force. Esa aparente incongruencia se basaba en que en ninguno de los dos casos el reo era trasladado a la cárcel nombrada. Cuando cruzaba la puerta, en cierto modo contento por ser destinado a guarecerse tras los gruesos y protectores muros de otra cárcel, caía en las manos de la multitud que esperaba en la calle y que acababa con ellos a golpes de pica y de sable, mutilando después su cadáver.

La observación de esta regla confortadora para el preso llegó al extremo de que en el caso de Montmorin, que había sido ministro de Asuntos Exteriores de Luis XVI en 1787, éste al oír la orden de traslado exigió altivamente que le pusieran un coche a su disposición. El «juez» tras consultar con el «tribunal» le aseguró cortésmente que daría las órdenes oportunas y a los pocos minutos le comunicó que el carruaje estaba pronto a la puerta. Lo que encontró, como los demás, fue una multitud de asesinos que acabó con él en pocos minutos.

Los revolucionarios buscaron sobre todo a los que estaban relacionados con la odiada corte. Así los primeros en morir fueron los suizos que habían salido ilesos en el asalto a las Tullerías y cualquier criado que hubiera servido al rey o a la reina. La mayor presa cobrada en La Force fue lógicamente la persona de mayor rango de la cárcel, alguien del círculo íntimo de la corte, la princesa de Lamballe, que al entrar en

la sala del tribunal y ver las cataduras y las armas sufrió un desvanecimiento. Una vez repuesta, contestó serenamente a las preguntas del Tribunal.

—¿Quién sois?

—María Luisa, princesa de Saboya.

—¿Edad?

—Cuarenta y tres años.

—¿Vuestra profesión?

—Primera intendente de la casa de la reina.

El juez le interroga sobre un rumor que ha circulado largamente en los medios políticos franceses; una conspiración palaciega para devolver los poderes absolutos al rey y cuyo eco dio motivo al asalto de las Tullerías en 10 de agosto.

—¿Tenéis conocimiento del complot del diez de agosto?

La pregunta es intencionada pero la Lamballe no pica el anzuelo.

—No sé si hubo complot el diez de agosto. Solo sé que no tuve el menor conocimiento de él.

La acusada sabía evidentemente mucho del ambiente palatino en el que vivió tantos años y por espacio de cuatro largas horas —una excepción al rápido trámite de los demás casos— fue interrogada sin que la princesa acusara a los demás ni aceptara responsabilidad por sí misma. Por fin el juez le da un ultimátum:

—Jurad la Libertad y la Igualdad; jurad el odio al rey, a la reina y a la monarquía.

—Juraré gustosamente las dos primeras, pero no puedo jurar las otras; mi corazón no me lo permite.

En ese momento se oyó una voz del público, la de alguien que no pudo impedir avisarla de lo que se jugaba:

—¡Jurad! ¡Si no, sois muerta!

La princesa permaneció impasible y el presidente del tribunal dio la orden tan temida como esperada.

—¡A La Force!

Apenas pasó el umbral cayeron sobre ella los hombres y las mujeres que la esperaban ansiosos empuñando las armas. Tras su muerte la desnudaron y la mutilaron. Su cabeza, puesta en la punta de una pica,

fue paseada por París hasta que a alguien se le ocurrió llevarla al Temple para que María Antonieta pudiese ver desde la ventana de su celda a la que había sido su servidora y amiga íntima. Al parecer lo consiguieron y la reina se desmayó.

Así prosiguió desde los días 2 al 7 de setiembre la matanza en dos conventos y nueve cárceles. La cifra aproximada que se da es de más de 2 600 personas muertas, casi todas con refinamiento salvaje; en algunos casos los jefes prohibían a sus hombres que utilizasen el sable de punta porque así terminaba demasiado pronto el sufrimiento de los reos prolongado al darles de plano. Un preso que logró escapar y sobrevivir contaba después que mientras esperaban su turno y ya resignados a su suerte discutían sólo sobre el mejor método para terminar cuanto antes.

«Nuestra preocupación estribaba sólo en elegir la postura que debíamos adoptar para recibir la muerte menos dolorosamente. Los que estaban en la ventana y podían ver la escena nos advertían que los que extendían las manos para protegerse de los golpes sufrían más largamente porque los sablazos llegaban amortiguados a la cabeza; que a veces las manos y los brazos caían antes que el cuerpo y que por ello los que los mantenían detrás de la espalda debían sufrir mucho menos. Ésas eran nuestras conversaciones en aquel momento.»

A lo largo de esos días la macabra situación llegó a adquirir caracteres de normalidad laboral. Algunos oyeron en las calles a mujeres del pueblo que se referían a la actividad asesina de sus cónyuges con la expresión: «Están trabajando las mercancías en La Force o L'Abbaye», y como si se tratase de un albañil, acudían diligentemente a llevarles el almuerzo del mediodía, hora en que cesaba el lúgubre trabajo. La misma convicción de que se trataba de un empleo necesario al bien común hizo que, tras las matanzas, algunos de los ejecutores reclamasen ser pagados por las horas que habían empleado en salvar a la república de sus enemigos potenciales.

Por otro lado, y como ocurre a menudo en los mo-

vimientos de masa en que domina más el instinto que el razonamiento, se daban casos de generosidad y el público aplaudía abrazando al acusado cuando éste era declarado inocente de los cargos, a veces sólo porque uno de los presentes salía garante de su «patriotismo» y «civismo» o le consideraban amigo de los pobres y desgraciados, como en el caso de un sacerdote que enseñaba a los sordomudos.

También están de acuerdo muchos testigos presenciales en que en ningún momento el pillaje acompañó al asesinato. Estaba totalmente prohibido quedarse con el más insignificante objeto de las víctimas y más de uno compartió su suerte al ser sorprendido despojando un cadáver.

Las «matanzas de setiembre» conmovieron al país y lógicamente también al extranjero. Los gobiernos europeos multiplicaron sus esfuerzos militares contra un estado que permitía aquel crimen mientras aumentaba la emigración de muchos franceses, incluidos algunos que al principio simpatizaron con la Revolución y ahora cambiaban de idea.

La reacción de los comprometidos ideológicamente en la acción, es decir, los jacobinos aun de acuerdo con los móviles de las masas, fue de cierta alarma al verlas dueñas de la calle. Ello obligó al gobierno a buscar un artilugio en el que el pueblo confiase para no verse impelido a tomar la venganza por su mano. Como dijo Danton al proponer la nueva institución:

«Este Tribunal es necesario para los contrarrevolucionarios; debe reemplazar para ellos el Tribunal Supremo de la venganza del pueblo.»

Así nació el más conocido de los instrumentos del Terror. Para matar legalmente en lugar de tumultuosamente; para evitar que la muchedumbre asalte cárceles dándole la garantía de que los presos recibirán su merecido; que ya no hará falta usar de picas y sables cuando la guillotina realice un trabajo metódico y seguro sin que los parisienses de a pie tengan que mancharse la ropa de sangre.

EL PROCESO DEL REY

Desde el principio, la Convención oirá los más duros ataques a la monarquía especialmente por parte de los hombres de la Montaña. Entre los más encarnizados está, como es lógico, Saint-Just: «Luis ha combatido al pueblo... es un bárbaro... No se puede reinar de forma inocente.»

A pesar de esos ataques, el nombre del monarca pesaba demasiado en la mayoría de los diputados para convencerlos de tomar medidas drásticas contra quien hacía sólo poco tiempo era todavía su rey bien amado. Pero en esa época fue cuando se descubrió el armario de hierro que Luis XVI había hecho empotrar en una pared de las Tullerías. Su salida del palacio había sido tan brusca que no había tenido tiempo de destruir su contenido y allí estaba ahora, desventrado a golpe de piqueta y mostrando a los asombrados diputados unas cartas altamente comprometedoras, tanto para quien las escribía como para sus destinatarios, que se llamaban nada menos que: Mirabeau, Dumoriez, Talleyrand, La Fayette... A partir de entonces muchos de los que habían creído en un rey bueno y patriota engañado por su corte, empezaron a separarse de él y cayeron en el terreno de los alegatos de sus enemigos como Robespierre que decía el 3 de diciembre de 1792: «Luis debe morir para que la patria viva. Pido que la Convención Nacional le declare traidor a la nación francesa,

criminal contra la hacienda pública. No tenéis que dar una sentencia sino tomar una medida de salvación pública, un acto de providencia nacional.»

Así, el 8 de diciembre Luis Capeto, como es llamado, es conducido en coche a la Convención. Va tranquilo, un poco ausente. «Mirad, la calle de Orleans.» El alcalde que le acompaña corrige: «Querréis decir de la Igualdad.»

Preside la solemne sesión Barère, que solicita a los presentes, especialmente a los ruidosos e izquierdistas ocupantes de las tribunas públicas, que mantengan un silencio total ante el solemne acto que se va a realizar. Entra el rey destocado y se coloca de pie en el centro de la sala frente a la presidencia. Barère le dice: «Luis: La nación francesa os acusa: la Asamblea Nacional ha decretado que seríais juzgado por ella. Se os va a leer el acta de los delitos que se os imputa. Podéis sentaros.»

Luis XVI lo hace; uno a uno le van presentando las pruebas halladas en el armario de hierro; él niega que sean suyas y que las hubiera visto antes aunque lleven su firma. Por negar incluso niega haber mandado construir el armario de hierro y no reconoce al parecer la llave que le muestra el criado que tenía, llamado Thierry. Su actitud provoca murmullos de decepción entre sus partidarios y de ira entre los contrarios. Terminada esta parte del interrogatorio es devuelto a su prisión por orden del presidente. En los pasillos pide un trozo de pan a un granadero y, con gran asombro de sus acompañantes, lo va mordisqueando en el coche recogiendo cuidadosamente las migas que se traga luego: «No se debe tirar el pan cuando tanta falta hace...»

Le autorizan a elegir sus abogados y lo hace. Uno rehúsa alegando su edad y el otro, Tronchet, acepta. Ante un cobarde siempre hay un valiente. Si Target alegaba que era demasiado viejo a los sesenta años, Malesherbes, a los setenta y dos, se ofrece voluntario a ocupar su puesto, escribiendo así a Barère: «He sido llamado dos veces al consejo de quien era mi señor cuando ese cargo era ambicionado por todo el mun-

do. Le debo el mismo servicio ahora, cuando se trata de un trabajo que muchos encuentran peligroso.»

(Lo era efectivamente, tanto que por cumplir con ese generoso deber será juzgado y sentenciado durante el Terror sin que nunca fallara su coraje e incluso su sentido del humor. Al salir de la cárcel para ir a la guillotina tropezó en el umbral y comentó sonriendo: «Mal augurio. Un romano se hubiera vuelto a casa.»)

Le llevan al rey las pruebas del proceso y Luis XVI las escucha con aire indiferente. Un nuevo abogado llamado De Séze se asombra ante esa reacción. «¿Por qué? —contesta el rey—. La desgracia es la mejor maestra del hombre.» Y luego, tras leer el sumario de la defensa que ha preparado su nuevo abogado y notando su valentía, le pregunta: «¿Queréis que os asesinen en el mismo tribunal?» Y al repasar el final de tonos sentimentales y emocionantes: «Tachad las últimas palabras. No quiero que piensen que intento conmoverles.»

De Séze había intentado salir de su difícil misión apelando a la presunta inviolabilidad del rey reconocida en la Constitución de 1791, todavía vigente, y negando por otro lado las acusaciones más graves de la izquierda, como su responsabilidad en los hechos del 10 de agosto en la que habían perecido tantos parisienses.

Día de navidad de 1792. En su celda del Temple el rey redacta su testamento: «Yo, Luis XVI de nombre, rey de Francia, estando desde hace cuatro meses encerrado con mi familia en la Torre del Temple en París por quienes eran mis súbditos, privado de toda comunicación e incluso desde el 11 del mes corriente con mi familia; implicado en un proceso del que es imposible prever el fin a causa de la pasión de los hombres y de que no existe ningún pretexto ni medio en cualquier ley que exista, teniendo sólo a Dios por testigo de mis pensamientos... declaro aquí en su presencia mis últimas voluntades y sentimientos.»

Tras confesarse miembro de la religión católica y pedir perdón por sus faltas, perdona a sus enemigos y a los que le han hecho objeto de malos tratos.

«Recomiendo a mi hijo, si tuviese la desgracia de convertirse en rey, que piense se debe enteramente a la felicidad de sus conciudadanos, que debe olvidar todo odio y todo resentimiento especialmente en lo que se refiere a las desgracias y disgustos que yo sufro; que sólo puede hacer la felicidad de los pueblos reinando según las leyes, pero que al mismo tiempo que recuerde que un rey no puede hacerse respetar y obrar según lo que está en su corazón si no tiene la autoridad necesaria y que de otra forma, sumergido en sus trabajos y no inspirando respeto, es más pernicioso que útil.

»Recomiendo mis hijos a mi mujer; no he dudado nunca de su ternura maternal para ellos; le recomiendo sobre todo que los haga buenos cristianos y gente honrada, que no les haga mirar las grandezas de este mundo (si están condenados a tenerlas) más que como bienes peligrosos y efímeros y volver sus miradas a la única gloria sólida y duradera de la eternidad. Ruego a mi hermana que continúe con su ternura para mis hijos y que les sirva de madre si tuviesen la desgracia de perder la suya.»

Sabía ya que el odio que los revolucionarios tenían a su esposa era incluso mayor que el que le tenían a él y por ello predecía su muerte; lo que no sabía es que también su hermana la seguiría al cadalso meses después.

«Ruego a mi mujer que me perdone todos los males que sufre por mí y los disgustos que puedo haberle dado en el curso de nuestra unión, como ella puede estar segura que no guardo nada contra ella si pensara tener algo que reprocharse...»

27 de diciembre. Habla Saint-Just: «¿Defensor del rey? ¿Qué nos pedís? Si el rey es inocente el pueblo es culpable. Hace falta que cada uno de nosotros suba a la tribuna y diga si Luis es o no convicto de crímenes contra la nación.»

Los girondinos se encuentran en el dilema de querer salvar al rey manteniendo intacta su fama revolucionaria. Por ello balbucean fórmulas dilatorias; hablan de consultar al pueblo para que dé su veredicto,

se refieren a la inviolabilidad de la persona real, cuestionan el derecho de la Convención a constituirse en juez. Lebrun manda una carta asegurando que España, posible enemiga en el sur de la Francia revolucionaria, declarará su neutralidad y aun desarmará sus tropas... siempre que exista clemencia a favor de Luis XVI. La maniobra produce el efecto contrario de lo esperado. La sala se irrita ante lo que consideran chantaje, especialmente por boca de Robespierre que además quita a los girondinos su otra posibilidad de detener el proceso recordándole que no puede realizarse un plebiscito en el seno de un pueblo que está en plena guerra. Barère, por su parte, recuerda a los que preconizan la falta de garantía jurídica, que el artículo sexto de la Constitución sobre la inviolabilidad del rey no vale porque los crímenes de Luis sobrepasan todos los que la Constitución pudo prever.

Se establece, pues, que se va a hacer a los diputados tres preguntas. Ésta es la primera: «Luis Capeto ¿es culpable de conspiración contra la libertad pública y contra la seguridad general del estado?»

Estaban presentes setecientos cuarenta y nueve miembros; seiscientos y ochenta y tres le declararon culpable.

Segunda pregunta: «El juicio de la Convención Nacional contra Luis Capeto ¿será sometido a la ratificación del pueblo?»

Mientras la votación ante la primera pregunta había sido mayoritaria hacia la culpabilidad, se nota ahora la tendencia de muchos diputados a descargar en los franceses en general la responsabilidad de decidir la suerte del monarca. Así hubo cuatrocientos veinticuatro votos negativos por doscientos ochenta y siete, muchos más de la mitad, positivos.

Con lo cual queda la tercera y más importante de las preguntas, la que va a decidir la vida del rey: «¿Qué castigo merece Luis ex rey de los franceses?»

Esta pregunta, como en una novela o película de suspense, se mantendrá en el cajón del presidente hasta el día siguiente. Mientras tanto, Luis se pasea de un lado a otro de la habitación que tiene como

cárcel en el Temple. Hay en el cuarto una cómoda, un escritorio, varias sillas tapizadas, un sillón, sillas de paja, un espejo... El lecho ėstá cubierto por una colcha de damasco verde y en el techo una protección de tela esconde la bóveda de la Torre. En el centro hay una estufa de hierro y junto a ella Luis XVI lee. Lee a Tasso en italiano, lee libros religiosos y lee la historia de Inglaterra de Hume, donde puede ver, con el consiguiente sentido de presagio, la descripción de la muerte de un rey llamado Carlos I acusado de alta traición. Cuando se cansa de leer, se queja a Clery, su criado fiel, de no poder jugar a las damas, al ajedrez o a la lotería con la reina o con su hermana Elizabeth.

Mientras tanto, en el tercer piso en una vida paralela y al mismo tiempo lejana vive la reina; ha conseguido del Ayuntamiento que le coloquen una bañera; come bien servida por su doncella Turgy, toca el clavecín o hace labor de punto. Cuando se pasea por el patio puede ver en el muro una caricatura del rey que la hace estremecerse: Luis XVI está como dice el pie «escupiendo en el saco», es decir, en el acto de ser guillotinado.

(Por cierto, Luis XVI había dicho de la guillotina, tras ser informado de su existencia y estudiado la reproducción de una de ellas: «Tras el informe que me han dado no desapruebo esta máquina y la prefiero a la horca, que hace sufrir mucho a la víctima además de fallar en algunos casos.»)

Pronto podrá saber más de este asunto. La Convención que va a decidir su suerte se reúne en el picadero arreglado del castillo de las Tullerías, lugar escogido al parecer para demostrar la poca vanidad y presunción de sus miembros. Hay seis hileras de asientos en el centro y nueve en los dos lados. Alrededor del presidente se colocan seis secretarios. En las tribunas públicas se agolpa la gente muchas veces en número excesivo para su seguridad. Desde allí cayó un espectador sobre un diputado que era además obispo de Beauvais y cuando se incorporó y se dio cuenta del obstáculo con que había topado dijo: «¡Vaya! Los obispos entonces sirven para algo.»

En primera fila del público podía haber invitados de honor como las amantes oficiales de Lepeletier, Hérault, Felipe Igualdad y Anacarsis, todos de la Montaña. Detrás, el público llano compuesto de comerciantes, soldados, burgueses y obreros de Saint Antoine, a quienes guiaba una mujer del mercado de Les Halles que invitaba a vino tinto y a salchichón de ajo a los vecinos y a la que llamaban burlonamente «la archiduquesa».

La sesión del 16 de enero empezó por la mañana temprano, pero, con la intención de mostrar la poca importancia que la Asamblea soberana concedía al hecho, la más importante de las cuestiones tuvo que esperar tras una larga serie de problemas fútiles referentes a diversos estadios de la administración o de la política. Sólo a las siete de la tarde, cuando ya se habían encendido las antorchas, el presidente Barère planteó la llamada nominal sobre la tercera pregunta que se hacía a los convencionales relativa al castigo o pena que se debía inflingir a Luis Capeto.

Danton preguntó entonces si haría falta mayoría absoluta para decidir la cuestión y el girondino Lanjuinais recordó que hacía falta tres cuartas partes de los votos para que la sentencia fuera legal. «Si somos jurados del pueblo —dijo— este jurado actúa siempre sobre la base de tres cuartas partes como mayoría.»

Danton que había hecho la pregunta para provocar esa respuesta subió a la tribuna: «Si los cómplices de Luis han sufrido la pena de muerte, el alma de esas conspiraciones merece una excepción. Habéis sido enviados por el pueblo no como jueces sino como representantes...» La decisión fue mayoritaria: para sentenciar a Luis XVI bastaría la mitad más uno de los votos.

Además de ese factor numérico influyó en la votación un factor humano. El 6 de diciembre Marat había conseguido que la Asamblea declarase que la elección se llevaría a cabo de forma pública, con el nombre de cada diputado y su decisión sabida por la gente que asistía al proceso y lógicamente después por todo el pueblo de París y de Francia entera. Eso, como ha

recordado un historiador, significaba que en lugar de votar según su conciencia, como hubiera ocurrido tratándose de una votación secreta, votarían según el miedo que tenían a la plebe que pedía a gritos la muerte del tirano.

Votando la muerte

Empieza la votación y lo que es más importante para el observador, comienza también la explicación de cada uno de los votos, una explicación en la que tendrá papel decisivo la lucha de los sentimientos dentro de cada individuo y del temor que pueda inspirar el público reunido en la sala. Si Malhe cree que sería más político retrasar el momento de la ejecución de Luis surgirá una voz que más que interrupción suena a amenaza. La voz ha dicho: «¿Quién te ha comprado?» Laguerre pedirá que se retenga hasta la paz y sea desterrado después y oirá los insultos de un grupo de jacobinos que, colocado al pie de la tribuna, insulta y maldice a quien no vota por la muerte. A su frente está Lepeletier, a quien volveremos a encontrar.

En términos generales esta Convención está dividida en dos grandes grupos, aparte de individualidades dispersas. Los dos grupos que a últimos de este 1792 se disputan el poder son las dos caras —la moderada y la extremista— de la Revolución. Están juntos físicamente y separados espiritualmente en la mayor parte de las cuestiones planteadas a la Francia del tiempo. Así...

Los girondinos eran partidarios desde el principio de una guerra externa que según ellos afianzará la República.

Los jacobinos, en cambio, con Robespierre a la cabeza, han creído siempre que el conflicto bélico pondría contra Francia no sólo a los reyes sino a los pueblos europeos, que traería una crisis económica y probablemente de resultas de ella, el nacimiento de un nuevo César. (Será verdad, pero mucho más tarde en la figura de Napoleón.)

En economía, los girondinos son ampliamente liberales. Creen que la ley de la oferta y la demanda es la que tiene que regular el mercado y sobre todo, defienden el derecho sagrado a la propiedad.

Para los hombres de la Montaña, en cambio, lo primero es no dejar morir de hambre a los *sans-culottes*. Para ello Danton pide requisas y ventas forzadas considerando más importante el derecho de la masa que el de la propiedad.

Los girondinos son gente culta y refinada, hombres de salón, no de la calle. Son paganos. Tienen ninfas a las que respetan tanto por su encanto personal como por sus dotes intelectuales. Como por ejemplo madame Roland.

Los de la Montaña son místicos a su manera; adoran al pueblo o a la diosa Razón. Las mujeres tendrán en el partido muy poca importancia política.

Pero donde más se distancian en este momento es en la idea de la monarquía. Los girondinos temen caer en el vacío administrativo y después del 10 de agosto querían simplemente suspender a Luis XVI de sus funciones mientras los jacobinos quieren hacerle caer definitivamente.

Teniendo en cuenta todo ello, las miradas se fijan intensamente en el jefe de la Gironda, Vergniaud, porque lo que él diga arrastrará sin ninguna duda por lo menos a otros cien diputados. Conociendo su moderación todos están prácticamente seguros de que pedirá la vida de Luis XVI, convencimiento que se ha reforzado el día anterior cuando le han oído decir en los pasillos de la Convención: «¿Yo votar la muerte?» Por ello la sorpresa es extraordinaria cuando lo hace aun diciendo luego que no tiene que ser inmediata, lo que le enemista más con los jacobinos sin congraciarle con los partidarios de la clemencia que se sienten abandonados por el que creían su líder.

Ahora se adelanta Fouché, el más complicado, el más retorcido de los hombres de la Revolución francesa, el traidor nato que pasará de asesino en Lyon con los revolucionarios a duque de Otranto con el Imperio. Tiene exactamente el físico que acompaña a su

cambiante espíritu, lívido y con los ojos semiocultos por unos párpados caídos. Robespierre decía de él: «La naturaleza ha escondido sus ojos para permitir a este hombre ocultar también su alma tras un velo impenetrable.» Vota por la muerte. Otro tipo, éste más pintoresco, a quien veremos como acusado en el proceso a los Indulgentes, es Anacarsis, que se autodenomina «orador del género humano» y «enemigo personal de Jesucristo». Su odio mortal es la Iglesia y mientras la Revolución esté contra ella le verá como aliado. Vota naturalmente también por la muerte.

Todas las miradas están fijas ahora en la tribuna, un silencio temeroso ha descendido sobre la sala. El que «está en escena» es nada menos que Robespierre. Elegante, bien peinada la peluca y los polvos que le hacen parecer más un petimetre que un revolucionario, limpio, meticuloso... Habla: «El sentimiento que me llevó a pedir en mano a la Asamblea Constituyente la abolición de la pena de muerte es el mismo que me obliga hoy a pedir que sea aplicada al tirano de mi patria y a la misma realeza en su persona. No se puede imaginar tiranos futuros o desconocidos para rehusar golpear aquí al que se ha declarado convicto con la casi unanimidad de la Asamblea y que el pueblo me ha encargado juzgar con vosotros... Yo no sé oponer palabras vacías en ese sentido y distinciones ininteligibles a principios ciertos y a obligaciones imperiosas. Voto por la muerte.»

Si Robespierre era el que producía más respeto, Felipe de Orleans llega a la tribuna de oradores entre un rumor despectivo de la mayoría de los presentes. Su historial es el de un príncipe de sangre real que ha utilizado su grado y sus inmensas riquezas para llevar una vida frívola y libertina. Un intento de hacer méritos militares como almirante de la flota francesa en la batalla de Ouessant terminó en un fracaso tal como estratega y como soldado que le valió el irrisorio título de «Alteza indignísima». Quizá por esa animadversión general se unió inmediatamente a las filas revolucionarias sin querer enterarse del recelo que despertaba en la izquierda, comparable sólo al odio que

sentían hacia él en la derecha. En un momento determinado su hijo, el que iba a ser años más tarde el rey Luis Felipe, le pidió que se marchara a América. «¿Con los negros? —contestó—. Oh no, al menos aquí hay ópera.»

En este momento todos los oídos están pendientes de lo que dirá este primo de Luis XVI:

«Ocupado únicamente de cumplir con mi deber, convencido que todos los que han apuntado o atentarán en adelante contra la soberanía del pueblo merecen la muerte, voto por la muerte.»

Es el único voto que no despierta gritos alegres de la izquierda ni rumores de desaprobación en la derecha. Hay en la sala un desasosiego general.

Entre los diputados, como si no pudiera faltar en ese cuadro una pincelada dramática, está un jacobino llamado Couthon. Perdió las dos piernas en una noche en que quedó prendido en un pantano, dicen que por una aventura amorosa y se le helaron las extremidades. Se desplaza en un sillón con ruedas tapizado de color limón y que se mueve con dos manivelas apoyadas en los brazos. Perteneció a la condesa D'Artois y lo ha heredado de la requisa que la República hizo en su casa. Allí permanece sentado todo el tiempo mirando fijamente al orador de turno mientras acaricia un perrillo faldero que lleva en los brazos. Cuando le suben a la tribuna habla frío y severo: «Como uno de sus jueces abro el libro de la ley y encuentro escrito la pena de muerte; mi deber es aplicar esa pena y lo hago. Voto por la muerte.»

(Mientras tanto, ha llegado la mañana. Luis XVI, tras un sueño profundo, es despertado por su criado y reza largo rato en su reclinatorio ante un crucifijo. Clery sostiene la bacía debajo de su mentón mientras el rey se afeita personalmente y le da cuenta de las noticias. El rey permanece sereno al escuchar los votos emitidos... pero palidece al oír el de Felipe Igualdad.)

Ahora le toca el turno a Sieyès, que se hizo famoso al principio del gran movimiento revolucionario al publicar un libro que era un resumen perfecto de las aspiraciones de burgueses, comerciantes, intelectuales

para alcanzar una categoría política que le negaban los otros dos Estados, el de la nobleza y el clero. El título que ha pasado a la historia, rezaba: «¿Qué es el tercer Estado? Todo. ¿Qué ha sido hasta ahora? Nada. ¿Qué aspira a ser? Algo.» Fue el momento de mayor popularidad y el último porque desde entonces Sieyès evitará en lo posible hacerse notar. Como lo más cómodo y seguro ahora es votar por la muerte lo hace así. Luego se refugiará en el mayor de los anónimos con lo que conseguirá, lo que no es poco, llegar al fin de la Revolución sin visitar a madame Guillotina. «¿Qué hiciste durante la Revolución?», le preguntarán y él, entre avergonzado y dichoso, responderá: «Viví.» Realmente no fue poco.

Ahora le toca el turno a un hombre unido más tarde a la española Teresa Cabarrús. Se llama Tallien, nombre que llevará ella durante un tiempo; se dice que era hijo bastardo del marqués de Bercy aunque oficialmente su padre fuera el portero de la casa. Quizá ese origen le mueve a la venganza contra los señores de ayer y llegará a estar mezclado en las matanzas de setiembre. «Luis —dice— ha hecho derramar la sangre francesa... el interés del Estado y del pueblo exige que le sea aplicada la ley...» «En este momento, sobre cuatrocientos sesenta y cinco votantes ya hay doscientos cuarenta y un votos por la muerte inmediata cuando la mayoría necesaria es sólo de doscientos treinta y dos, pero Luis —nos cuenta el historiador Comte— está comiendo y con buen apetito paté de liebre, brioches, asado y vino. Luego tomará tranquilamente café.»

Otro tránsfuga sube a la tribuna. Se llama Lepeletier de Saint Fargeau y es conde titulado. Cuando le preguntan por una tendencia política al parecer tan lejana de sus orígenes, contesta cínicamente: «Cuando se tienen seiscientas mil libras de renta y se es noble, uno tiene que estar o en lo alto de la Montaña [es decir, lo más extremista] o en Coblenza [con los exiliados aristócratas].» La muerte, claro.

El arcángel de la Revolución como es llamado el joven, guapo, duro, Saint-Just tiene frases literarias para justificar su voto: «Desafío el polvo que me com-

pone y que os habla; se podrá perseguir y hacer morir ese polvo, pero desafío a que se me arranque esta vida independiente que me he dado en los siglos y en el cielo.»

Evidentemente Saint-Just no podía imaginar en este momento lo cerca que estaba en sus expresiones de un poeta español del siglo XVII llamado Francisco de Quevedo. Donde nuestro escritor dijo «serán ceniza pero tendrán sentido / polvo serán mas polvo enamorado», refiriéndose al amor, Saint-Just lo aplica a la soberbia de unas convicciones políticas; la capacidad de superación de la materia es la misma en ambos casos.

Soberbia que se manifestará en otra frase suya: «Me siento devorado por una fiebre republicana que me consume.» De acuerdo con su ideario sólo dirá al emitir su voto: «Dado que Luis XVI fue el enemigo del pueblo, de su libertad y de su felicidad, mi conclusión es la muerte.»

Ahora se adelanta un cura que hoy llamaríamos progresista. Es el abate Fauchet, cuyas frases «Jesús murió por la democracia universal» o que «sólo fue inmolado como enemigo del César» no le han granjeado la benevolencia de los palacios y mucho menos cuando tomó parte en el asalto a la Bastilla, lo que le hizo popular y famoso. Cuando se sienta en la Convención entre los jacobinos lleva siempre puesta la sotana y si alguien le mira entre asombrado e irónico contesta: «Si la llevaba al tomar la Bastilla y está agujereada de balas, ¿qué ley me prohíbe que la lleve?» Pero al llegar la hora de la verdad pesa en su alma más el sacerdote que el extremista de izquierda y vota por la reclusión primero y el destierro después.

Casi todos los que eligieron la cárcel para Luis XVI habían usado de la misma precaución de pedir que se mantuviera en ella hasta el final de la guerra. Evidentemente temían su imagen al frente de los emigrados invadiendo Francia y levantando quién sabe cuántas fidelidades hasta entonces ocultas... aunque resulta difícil imaginar a Luis XVI actuando como el guerrero y bizarro Francisco I o Enrique IV.

Aunque un rey ausente puede ser peligroso incluso años después de la paz. Éste es el temor que hace que Bazire vote por la muerte aludiendo, como es de moda, a un ejemplo clásico: «Tarquino, exiliado, se presentó muy pronto ante Roma con un ejército hostil. Coriolano, senador desterrado, puso en peligro a la República romana con tropas de otro pueblo. Consultad la historia, veréis que los déspotas no perdonan jamás a su patria.» La consecuencia es fácil: la muerte.

Brissot es tan girondino que a menudo los de la Montaña llaman a los de su grupo los «brissotinos». Como Vergniaud, dice que sí y no al mismo tiempo votando por la muerte, pero no inmediata, irritando a la izquierda y decepcionando a la derecha; lo mismo hará su correligionario Petión, es decir, elegir la muerte, pero tras una consulta al pueblo lo que es de mucho valor en las circunstancias que le rodean. «Mi opinión —advierte— será calumniada.» Fue mucho más. Fue condenada por los jacobinos y especialmente por Robespierre que añade mentalmente una nota más a las acusaciones que un día próximo hará al partido político de la Gironda.

La obra dramática —porque realmente parece desarrollarse en un gran escenario— está llegando al último acto cuando es llamado a votar el Departamento de Garde, que cuenta con ocho diputados. Todos saben que sólo faltan dos votos para conseguir la mayoría simple y con ello la ejecución *inmediata* de Luis XVI. El primer diputado de ese departamento se decide por la muerte. Son ya trescientos sesenta los que se han declarado en este sentido y sólo falta un voto para que la decisión sea firme. Un silencio impresionante acoge la declaración de un tal Bertezene, joven abogado de religión protestante que decepciona a los jacobinos eligiendo la muerte... pero con condiciones. Tocará, pues, la decisión final a otro protestante, Voulland, representante por Nimes. Esta ciudad es citada precisamente por él para explicar su voto porque allí los «patriotas» fueron asesinados por la derecha al principio de la Revolución sin que el rey lo impidiera. (¿O hay otra causa que influye de una

manera inconsciente en la decisión de Voulland? ¿Quizá el recuerdo de la noche de San Bartolomé con el asesinato de los hugonotes ordenado por un antecesor de Luis... o la revocación del edicto de Nantes que lanzó al destierro o a la cárcel a tantos otros protestantes quizá de su propia familia?) Sea cual sea el motivo principal, su voto se explica así. «Invocando a Bruto que llegó a matar a su propio hijo, la salvación de la patria me obliga a pronunciar la pena de muerte.»

Aplausos y gritos en las tribunas públicas; los jacobinos se abrazan exultantes y su alegría es lógica porque es la última oportunidad que tenían para conseguir la sentencia. Efectivamente, de los últimos cinco diputados de Garde que votan ninguno lo hace por la muerte inmediata.

Resumamos: de los setecientos cuarenta y nueve diputados llamados a votar, setecientos veinte estaban presentes; trescientos sesenta y uno votaron por la muerte inmediata, doscientos ochenta y nueve por otros castigos y setenta por la dilación en ejecutar la sentencia. Todavía habrá en la sesión otro golpe teatral cuando un diputado enfermo que se ha levantado de la cama llegue con su bata y gorro blanco en la cabeza para emitir su voto. No le dejaron por estar ya cerrado el plazo, pero de todas maneras, aunque votara por la vida de Luis no hubiera podido hacer nada ya que el número fatal había sido ya alcanzado.

Otra gestión inútil es la de Ocariz, embajador de España, que ha mandado una carta aludiendo a la intención de su rey, Carlos IV, para servir de mediador en la guerra que existe entre Francia, Prusia y Austria y conseguir la paz... siempre que sean benignos con la suerte de su primo Luis XVI. La carta no se llega siquiera a leer porque su simple anuncio provoca la irritación de la Asamblea representada en Danton: «¡No han reconocido a la República y quieren dictarle leyes!»

Se concede la palabra a los defensores del rey que leen un escrito firmado por Luis XVI en el que, suponiendo el resultado de la votación, pide que se con-

sulte al pueblo francés para que ratifique o no la condena. La petición es rechazada.

19 de enero. Nueve de la mañana; Malesherbes llega a la celda, Clery le abre la puerta y le mira fijamente para adivinar el resultado. Malesherbes afirma en voz baja: «Sí, todo está perdido.»

El rey está sentado de espaldas a la puerta apoyando la cabeza en sus manos. Al oírle, se vuelve poniéndose de pie; Malesherbes se arrodilla: «Señor, han votado la muerte.»

Todavía se intentó un aplazamiento en la noche del 19 de enero, aplazamiento que fue rechazado por trescientos ochenta votos contra trescientos diez. La fecha se fijó para el 21 de enero de 1793 a las diez de la mañana.

* * *

Una vez decidido el caso fue enviado el alcalde de París con una comisión al Temple para invitar al rey a que se personara en la Asamblea. El alcalde se dirigió al rey llamándole Luis Capeto y el monarca contestó: «No me llamo Capeto. Mis antepasados han llevado ese nombre, pero a mí jamás me han llamado así... —y luego resignada y tristemente—, claro que hay una serie de tratamientos que me aplican hace seis meses a la fuerza.»

La leyenda nació al mismo tiempo que la ejecución y el mismo verdugo Sanson creyó necesario precisar los hechos de que había sido testigo directo e inmediato: «Cuando dejó el coche para ser ejecutado —escribió él al día siguiente— se le dijo que debía quitarse la casaca. Puso reparos a eso diciendo que podían ejecutarle tal y como estaba, pero al explicarle que era imposible accedió e incluso ayudó a que se la quitaran. Puso también reparos al intentar atarle las manos, pero las presentó por propia voluntad cuando la persona que le acompañaba le dijo que era el último sacrificio. Preguntó entonces si los tambores [de la guardia formada alrededor del cadalso y que mandaba Santerre, su enemigo personal] seguirían batiendo

todo el tiempo. Se le contestó que no se sabía, lo que era cierto. Subió al cadalso y trató de adelantarse como si desease hablar y otra vez se le advirtió que era imposible. Entonces permitió que se le condujese al sitio donde iba a ser atado y desde allí gritó en voz muy alta: "¡Pueblo! ¡Muero inocente!" Después, volviéndose hacia nosotros, dijo: "Señores, soy inocente de todo lo que me han acusado. Espero que mi sangre sirva para cimentar la felicidad del pueblo francés." Éstas, ciudadano, fueron realmente sus últimas palabras... Y para respetar la verdad pasó a través de todo ello con un grado de frialdad y fortaleza que nos impresionó. Estoy completamente convencido de que sacó su fortaleza de los principios religiosos de los que al parecer no había hombre más convencido o inspirado que él. Sanson. Ejecutor de las sentencias criminales». (Respuesta a Doulaux, editor de *Thermomètre du Jour*, 13-II-1793.)

INTERROGANDO A UNA REINA

María Antonieta (o Antonia como debería decirse en realidad, ya que «Antoinette» es el femenino de Antonio y no el diminutivo inexistente en Francia) es un pulso entre dos voluntades; la del juez Herman para que admita como ciertos todos los rumores que sobre su conducta política corren por París, y la de la ex reina que los niega apoyándose unas veces en la imposibilidad de los hechos atribuidos y otras en la contradicción que ellos presentarían con su deber de esposa del rey de Francia.

Por ejemplo: ¿Ha tenido relaciones con el rey de Bohemia y Hungría en detrimento de Francia? Respuesta: Si ese rey era su hermano ¿cómo no iba a relacionarse con él? Pero se trataba de amistad y no de política. Y en todo caso hubieran servido para ayudar a la Francia en donde vivía y cuya familia real era la suya. Lo que no impide la acusación siguiente: Haber dilapidado los recursos financieros de Francia «fruto del sudor del pueblo» para pasárselos al emperador (el mismo antes mencionado sólo como rey de Bohemia y Hungría). María Antonieta contesta: *a*) que quería demasiado a su esposo para dilapidar el tesoro de su país, *b*) que por otra parte, su hermano tampoco necesitaba ese dinero.

Herman continúa acusándole de complot contra el país que le albergó en su seno, de conciliábulos secretos, de instigar a Luis Capeto a vetar las medidas contra emigrados y sacerdotes refractarios (no juramen-

tados); en cada caso ella niega tener la menor influencia sobre las decisiones de su esposo.

Sale también a relucir la huida a Varennes: para el juez una traición, para la reina un intento del monarca de estar lo suficientemente libre para apelar a la unión de todos los franceses.

La pregunta, a veces, es filosófica:

—¿Pensáis que los reyes son necesarios para la felicidad de un pueblo?

—Un individuo no puede decidir sobre un asunto tan importante.

Otras son más intencionadas:

—¿Qué pensáis de la jornada del 10 de agosto cuando se dio orden de tirar sobre el pueblo?

—Estaba fuera del palacio cuando ha empezado el fuego, no sé cómo ocurrió, pero estoy segura de que jamás se dio la orden de disparar.

—¿Y sus intrigas desde el Temple?

—¿Cuáles? No tenía papel, pluma, tinta, no hablaba con nadie... ¿cómo podía intrigar?

(Era cierto y sin embargo la imaginación de un prisionero consigue a veces la comunicación aun para advertir que esa comunicación es imposible. En el Museo Carnavalet de París se exhibe un documento que impresiona al visitante. Es un papel fino muy pequeño en el cual María Antonieta había escrito con la punta de un alfiler la frase «*je suis gardée a vue*». Era la respuesta a la pregunta que sus amigos le habían hecho llegar sobre las posibilidades de enviar y recibir mensajes para preparar la huida. Ese «me vigilan estrechamente» era la confesión de la impotencia de la detenida.

Ese papel fue presentado a juicio y ella lo reconoció; era la respuesta a otro mensaje recibido dentro de un clavel. Lo admitió pero sin decir el nombre de la persona.

Hébert explica que según Simon, carcelero de Carlos Luis, el hijo de María Antonieta y Luis XVI había sido sorprendido masturbándose y que al ser recriminado había confesado que se lo habían enseñado a hacerlo su tía y su madre, que se acostaban con él y que

seguramente había habido un incesto entre los dos.

Sigue el interrogatorio sobre otros temas y de pronto un jurado interviene:

«Ciudadano presidente, os invito a hacer observar a la acusada que no ha respondido sobre el hecho de lo que ha pasado entre ella y su hijo.»

El presidente hace la pregunta y sobreviene la respuesta famosa:

«Si no he respondido es porque la naturaleza se niega a responder a una acusación parecida hecha a una madre —el *Moniteur*, diario oficial de la época señala "en este momento la acusada parece muy emocionada"—. Apelo a todas las que puedan encontrarse aquí.»

La resonancia de esa frase hizo que pasara a la posteridad ampliada: «apelo de ello a todas las madres de Francia; pero a mi entender al concretarse a las que estaban escuchándola, la reacción de María Antonieta gana en espontaneidad y sinceridad. No se trataba de hablar para la historia sino de defenderse ante un público que tenía que simpatizar con su caso.

Y la verdad es que lo hizo. Se atribuye a Robespierre una indignada reacción ante el intento calumnioso: «Ese imbécil de Hébert. No basta que fuera de verdad una Mesalina. La acusa además de Agripina, consiguiéndole la simpatía de París.»

Naturalmente no todos reaccionaron igual. Para el periodista de un diario revolucionario cuando la reina enrojeció ante las acusaciones «era evidente que la causa de ese rubor era efecto no del pudor o la inocencia si no del disgusto de haber sido descubierta» (*L'Anti-Fédéraliste*, 15 de octubre de 1793).

En esta sesión es cuando por primera vez se oye en público el nombre del que estaba enamorado de ella y por su salvación se jugó la libertad y la vida. Al hablar de la huida a Varennes...

—¿Quién os ha conseguido el famoso coche en el cual huisteis con vuestra familia?

—Un extranjero.

—¿De qué nacionalidad?

—Sueca.

—¿No se trata de Fersen que vivía en París, calle du Bacq?

—Sí.

Un gendarme sostiene que conoció el texto del mensaje que iba dentro del clavel; rezaba así: «¿Qué hacéis ahí? Tenemos brazos y dinero para ayudaros», lo que por cierto no cuadra demasiado con la respuesta que la reina intentó mandar. Otro testimonio afirma algo que irritaba grandemente a los revolucionarios que, desde que murió Luis XVI, su viuda y su hermana trataban al hijo como si fuera el nuevo monarca sirviéndole antes.

Interrogada sobre ello, la acusada afirma que el niño era demasiado pequeño para hablarle de sucesiones; que se sentaba al extremo de la mesa y que ella le daba lo que necesitaba.

Tras estas preguntas María Antonieta rechaza las declaraciones de los testigos que según ella no han presentado ningún hecho probado y termina recordando que «yo era la mujer de Luis XVI y era natural que me conformase con su voluntad».

Después de lo cual se da por concluida la vista y el fiscal Fouquier-Tinville acusa a la ex reina de conspiración para ayudar a los enemigos de la patria directa o indirectamente con dinero y armas o bien debilitando la fidelidad de las tropas.

Tras ello el Tribunal «condena a la llamada María Antonieta, llamada Lorena de Austria, viuda de Luis Capeto, a la pena de muerte confiscando sus bienes en provecho de la República».

* * *

Ésta fue la última carta de la reina, tras saber su condena a muerte, a su cuñada Elizabeth:

16 de octubre, a las cuatro y media de la mañana. Es a ti, querida hermana, a quien escribo por última vez. Acabo de ser condenada no a una muerte vergonzosa —eso se queda para los criminales— sino a unirme con tu hermano. Inocente como él espero mostrar

la misma firmeza que tuvo en sus últimos momentos. Estoy serena como se está cuando la conciencia no nos reprocha nada. Lamento profundamente abandonar a mis pobres niños...

... que mi hija piense que a su edad [tenía quince años] *debe siempre ayudar a su hermano con los consejos que la experiencia que tendrá de más y su afecto le puedan inspirar... que mi hijo no olvide jamás las últimas palabras que su padre dijo y que yo le repito expresamente: «Que no intente jamás vengar nuestra muerte.»*

[Aquí menciona la frase ya citada sobre las declaraciones de su hijo, justificándolas por su temprana edad, que le hacía fácil víctima de las presiones ejercidas sobre él.]

Adiós, mi buena y querida hermana; ojalá te llegue esta carta. Piensa en mí; te abrazo de todo corazón así como a los pobres y queridos niños. ¡Dios mío, qué desgarrador es dejarlos para siempre! Adiós, adiós. No quiero ocuparme más que de mis deberes espirituales. Como no soy libre de mis actos quizá me traigan un sacerdote, pero manifiesto aquí que no le diré una palabra y que le trataré como a un ser totalmente extraño.

Las últimas palabras se deben a su obsesión para que la propaganda oficial no dijera que había aceptado los servicios de un sacerdote que ella consideraba incapaz de ejercer sus auxilios espirituales al tratarse de quien había aceptado la Revolución con su juramento cívico desligándose del Papa.

La carta, como temía la reina, efectivamente no fue enviada a madame Elizabeth, hermana del rey, que por otra parte fue guillotinada también en mayo del año siguiente. Fue encontrada tras la muerte de Robespierre en su casa y debajo de la cama en un cajón de doble fondo.

* * *

Salió a las once y quince de la Conciergerie vestida de blanco de mañana y un gorro cofia que un tes-

tigo califica de corriente y vulgar, ignorando que tanto la cofia como el chal que llevaba sobre la espalda se lo había puesto la portera de la prisión al verla salir destocada y sin abrigarse. Lo más interesante en otro testimonio es la presencia en la carreta de un cura constitucional que se presentó a ella preguntando: «¿Queréis que os acompañe, señora?» «Como queráis, señor», contestó la reina, pero en ningún momento durante el trayecto —como había advertido a su cuñada— se confesó con él ni siquiera le dirigió la palabra. Para su catolicismo un sacerdote que había aceptado la Revolución no era capaz de dar absoluciones.

* * *

La muerte de la reina produjo la reacción entusiasta de los partidarios de la Revolución completa, la que iba a terminar con cualquier vestigio de la época anterior. Los otros sentimientos, los del dolor, existieron probablemente también, pero lógicamente no fueron registrados al ser guardados en secreto.

La calle sí cantaba canciones con letras como éstas:

Contra Antonieta la viuda
la Francia lanzó sólo un grito.
Sufrió la misma prueba
que aquel señor su marido.
Para arreglar a esa reina
el hierro no ha bastado.
Su majestad soberana
se ha mostrado recortada.

Pero la mayor invectiva se la lanzó el más burdo y grosero de los revolucionarios, alguien que disgustaba incluso a su compañero de ideología, Robespierre, como ya hemos visto. Este alguien se llamaba Hébert, que al día siguiente de la ejecución escribía así en su periódico *Le Père Duchesne*:

«Todos los que de vosotros habéis sido oprimidos por los antiguos tiranos, los que lloráis a un padre, un

hijo o un marido muerto por la República, alegraos porque habéis sido vengados. He visto la cabeza de la fémina Veto caer en el saco. Quisiera poder describiros la satisfacción de los *sans-culottes* cuando la archiduquesa viajó a través de París en el coche de las treinta y seis ventanas [llamaban así a la carreta por los huecos que dejaban entre sí los barrotes]. Esta vez no la arrastraban sus hermosos caballos blancos con finas plumas y elegantes arneses sino un par de pencos uncidos al carromato del maestro Sanson y que al parecer estaban tan contentos de contribuir a la salvación de la República que parecían ansiosos de galopar para llegar al lugar fatal lo más de prisa posible.»

El mismo Hébert tiene que admitir que la actitud de la reina fue impecable, pero se empeña en encontrarle una debilidad.

«La fulana, sin embargo, siguió orgullosa e insolente hasta el final, pero sus piernas le fallaron en el momento de ir a tumbarla en la plancha ante el probable temor de encontrar tras su muerte un castigo más terrible que el que iba a sufrir en aquel momento. Su maldita cabeza fue por fin separada de su cuello de cigüeña y el aire se llenó con gritos de: "¡Viva la República!"»

EL REY QUE NO EXISTIÓ

Tras la muerte del rey toda la atención se concentró en el pequeño Carlos Luis que para los monárquicos recibía automáticamente el nombre de Luis XVII con el que fue proclamado oficialmente en las zonas realistas de la Vendée y entre los aristócratas unidos a las tropas austríacas y prusianas. Por la misma razón se inició el recelo entre los guardianes que temían un golpe de fuerza para arrebatarles al heredero de la corona.

Al parecer hubo varios intentos de fuga apoyados por amigos del exterior. Uno de ellos era sacarlos disfrazados de guardias nacionales con el niño disimulado en la formación; especialmente se aludía al barón de Batz como el más activo entre esos conspiradores. Por si acaso, el carcelero Simon consiguió que las autoridades le permitieran arrancar el hijo de su madre y ponerlo bajo su custodia como así ocurrió el 6 de junio de 1793. La reina resistió durante una hora llorando agarrada al niño hasta que comprendió la imposibilidad de sus esfuerzos y desde entonces no pudo verle más que por una rendija cuando le subían a la terraza de la Torre. De todas maneras esa situación duró poco porque el 3 de agosto de 1793 la reina era llevada a la Conciergerie.

Quedan juntos y solos el matrimonio Simon y Luis Capeto descendiente de los reyes de Francia. Ha habido pocas efemérides históricas que hayan despertado más bibliografía y más contradicciones. Para los

monárquicos el niño fue víctima de las más espantosas torturas por parte de la pareja; para los republicanos el trato que se le dispensó al muchacho fue de atención y cuidados extremados. La verdad, como casi siempre, está en el medio. Simon, hijo de un carnicero y de oficio personal maestro zapatero, gran aficionado a la política y amigo de Hébert, conciliaba su animadversión política al representante de una dinastía que odiaba a una natural tendencia a considerar al niño como cosa suya y por tanto procurar alimentarle de la misma forma que comía él con vino incluido. Por la primera le decía continuamente que sus padres eran gente de poco fiar, enemigos de la patria. «Los reyes son todos tiranos; tu padre, por ejemplo», y le hacía cantar *La carmagnole* con un gorro frigio sobre la cabeza. En la otra línea le hacía comer incluso demasiado teniendo en cuenta el poco ejercicio que le permitían las leyes e incluso le llevaba pajaritos para que se distrajera en su cárcel.

Luis Capeto entró el 13 de agosto de 1792 en la prisión. Tenía siete años y medio. Cuando falleció el 8 de junio de 1795 todos aseguraron que había sido asesinado, pero la verdad es que murió víctima de la estancia forzada en una celda sin apenas lugar donde pasearse; al ser sustituido ese régimen por una mayor capacidad de movimiento tras la caída de Robespierre, tenía ya los miembros demasiado atrofiados como para poder recuperarse. Los muchos meses de abandono en suciedad, incluso con ratas en el cuarto, habían producido también un efecto psíquico, hundiéndole progresivamente. Los remedios que el Directorio le procuró tras el nueve Thermidor, que iban desde cambiar el nombre que utilizaban para él de «lobezno» por el de «monsieur Charles», no sirvieron para nada ante su estado de agotamiento. Se cuenta que cuando tuvo permiso para subir a la terraza cogió unas flores que crecían salvajes entre las piedras y al volver a bajar las depositó junto a la celda que había sido de su madre.

* * *

El 3 de diciembre de 1793, el ex zapatero Simon, guardia del delfín, se presenta al Comité de Salvación Pública para informar que el niño oye entre las seis y las nueve de la noche a su tía y a su hermana dar golpes en la parte de la chimenea después de lo cual iban hasta la ventana, lo que, según Simon, indica que escondían algo en las rendijas de los postigos, quizá asignados falsos para hacerlos pasar a través de la apertura a alguien de fuera.

Dicho Carlos Luis ha declarado igualmente que durante el tiempo en que vivió con las detenidas vio un pedazo de madera con un alfiler doblado y una larga cinta con la cual supone que las detenidas han podido comunicarse por carta con el fallecido Capeto.

Si el niño tenía imaginación, y las acusaciones contra su madre de hechos contra natura lo prueban, al zapatero que le cuidaba al parecer tampoco le hacía falta. Deducir de esos movimientos en un cuarto y de ese utensilio recordado tanta actividad contrarrevolucionaria no está al alcance de cualquiera.

A partir de la muerte del rey, Carlos Luis fue el sujeto pasivo —era difícil que a su edad y circunstancias pudiera ser activo— de una serie de procesos. La acusación más típica contra los conspiradores monárquicos —como Chaumette— era que pensaban asesinar a los miembros del Comité de Salvación Pública y colocar al pequeño Capeto en el trono.

Un pequeño Capeto que, ignorante de la forma en que se usaba su nombre, seguía en el Temple en el segundo piso mientras que su hermana estaba en el tercero. Su tía Elizabeth, hermana de Luis XVI, había sido ejecutada el 10 de mayo de 1794. Robespierre era el amo de Francia y según algunos testigos fue un día a visitar a quien podía haberlo sido, aunque no hay pruebas formales de esta visita.

A la caída el 27 de julio (9 Thermidor) de Robespierre, y para disipar los rumores sobre los infantes reales, Barras, el más importante entre los nuevos dueños de Francia, se presentó a ver al delfín, encontrándole enfermo con las rodillas hinchadas; le desig-

nó un médico, Desault, y poco después un encargado de su guardia llamado Laurent, criollo de la Martinica (como Rosa Josefina la futura emperatriz). Laurent dio garantía de que todo marcharía mejor si le asignaban un ayudante. No se hizo esto por considerarlo gasto superfluo, pero sí se decidió que habría inspecciones periódicas por parte de la Convención. Uno de sus miembros, Harmand, contó muchos años después que encontró al niño como embrutecido, que no respondía a las preguntas aunque oía bien lo que se le decía y reaccionaba al serle pedido que diera la mano o que caminara. El diputado aseguró que tenía un tumor doloroso en la muñeca y otro en el codo. Dice también que dio la orden de dejar que se comunicase con su hermana, pero al ser redactadas estas memorias en el tiempo de la Restauración, las hace algo sospechosas por oportunistas.

La verdad es que los hombres del Directorio no sabían qué hacer con los dos niños. El feroz republicanismo que les hacía considerarlos enemigos mortales al país había cedido, pero la posibilidad de un golpe monárquico se mantenía obligando al gobierno a una cierta cautela. El trato, desde luego, mejoró. Un investigador, Lenôtre, que examinó el menú del delfín notó que le daban de comer de abstinencia los viernes, lo que hace pensar que en la cocina había algún empleado partidario de la tradición religiosa caída en desuso en el París oficial. En cuanto a la parte espiritual, al parecer no obtenía el menor alimento en forma de libros, lo que debió de mantener el estado de embrutecimiento a que se había referido Harmand. A pesar de la reivindicación de éste, tampoco se permitió relación alguna entre los dos hermanos. En mayo de 1795, el doctor Desault le visitó y le encontró enfermo físico, pero sobre todo mental. Su recuerdo, hablando a otro paciente, es que había visto «a un pobre niño medio idiota, respondiendo apenas a las preguntas y a las muestras de interés y respeto con que yo le colmaba. Le he hablado de jardines, de árboles, le he propuesto juegos; él me miraba tristemente y recaía en un mundo adormilado, indiferente...»

(La poca reacción observada por el doctor a sus alusiones a la naturaleza tiene un origen lógico. Carlos Luis no veía desde hacía años más forma vegetal que la hierba que crecía entre las losas de la azotea del Temple cuando le permitían pisarla. Las flores que llevó —dicen— a la puerta de la celda de su madre fueron las únicas observadas en todo su cautiverio.)

Desault había recomendado infusiones de houblon y masajes de aceite de alcalí para las articulaciones del delfín, tratamiento que siguió tras la muerte de Desault por orden de su sucesor, Pelletan; éste decidió además ofrecerle al niño luz y aire, por lo que le dieron la primera celda en que había estado la reina. Tenía una ventana grande y, sobre todo, por ella se veía un jardín.

Probablemente esta mejora ambiental llegaba demasiado tarde para el estado del niño. El cambio de cuarto se realizó el 6 de junio de 1795 y en la noche del 7 al 8 empeoró gravemente, como comprobaron los dos médicos a las once del 8, avisando a las autoridades. A las dos de la tarde moría quien para unos era ya el rey Luis XVII y para otros sólo Carlos Luis Capet o Capeto.

Para los dos bandos la muerte significaba mucho porque exaltaba la imaginación sobre lo que podía haber pasado realmente. Por ello se mantuvo en secreto con los empleados del Temple actuando como si el niño estuviera todavía vivo. Mientras el diputado Sevestre informaba oficialmente al país, desde la tribuna de la Convención, los médicos Pelletan y Dumangin con otros dos ayudantes, cuya presencia habían solicitado prudentemente, procedían a la autopsia. Su diagnóstico: fallecimiento por una escrofulosis que tenía desde hacía tiempo. Se arregló el aspecto del cadáver dejándole con el rostro descubierto para que todos los oficiales que componían el cuerpo de guardia desfilasen ante él y firmaran el documento en que aseguraban que se trataba evidentemente de Carlos Luis Capeto, confiado hasta entonces a su custodia. Tras registrar oficialmente su muerte, dos comisarios le colocaron en el ataúd; el grupo de curiosos situado en la

puerta del Temple fue dispersado por unos soldados y el cuerpo fue llevado al cementerio de Santa Margarita donde fue enterrado a las nueve y media. Se dejó a un guardia junto a la fosa y otro en la puerta para evitar incidentes.

Murió el niño rey y nació la leyenda de una manera política, pero también romántica. Era una historia de amor y de dolor demasiado bella para cerrarla con una simple anotación en el registro de fallecimientos.

Esa leyenda se basa en una idea tan simple como absurda. El muerto no era hijo de Luis XVI sino otro muchacho colocado en su lugar mientras Luis XVII estaba con sus partidarios de la Vendée o refugiado en España. Pero resulta que, justamente en los días en que moría el niño del Temple, Chaumette, en nombre de los sublevados del noroeste francés, rendía las armas, lo que difícilmente hubiera hecho de tener a su lado un rey por quien luchar; también por esos días la diplomacia española gastaba sus últimos cartuchos para convencer a la República francesa que le entregase esos dos hermanos «que a Francia no le sirven de nada» para que pudieran vivir tranquilamente en España. Iniciativa que fue rechazada, aunque el 26 de mayo se admitía que pudieran salir de la cárcel, «al llegar la paz definitiva entre las dos naciones». Parece claro, pues, que en Madrid no se creía en la huida del delfín de su celda.

Huida que al parecer, al menos se había intentado por el intermedio de una tal madame Atkyns que, aunque inglesa de nacimiento, había vivido en Versalles y sentía una devoción total hacia la familia real. Su entusiasmo y gran fortuna la hicieron entrar en contacto con otros audaces para obtener la liberación de los augustos prisioneros. Fracasaron en el caso de Luis XVI y de la reina y ahora intentaban salvar al delfín. ¿Reemplazándolo por otro? Cuando uno quiere creer en algo toma como pruebas legítimas lo que no pasan de ser proyectos. De pronto todo Londres primero, toda la emigración de Europa después, comentaba con total convicción que Luis XVII estaba libre basándose en una carta de su agente Cormier que

decía específicamente: «Puedo aseguraros que el señor y su propiedad están a salvo y esto sin ninguna duda. No digáis nada; se impone el mayor silencio y ninguna muestra de alegría.»

Lo cual es bastante preciso y claro... siempre que uno no lea la continuación que dice así:

«Esto desde luego no será hoy ni mañana o pasado mañana ni en un mes, pero no por ello estoy menos seguro... nunca estuve más tranquilo. Compartid mi seguridad; no os puedo detallar nada porque sólo cara a cara podría abriros mi corazón.»

Por mucha que sea la confianza que respira el segundo párrafo contradice el primero o al menos lo aplaza indefinidamente... y sin embargo, como decía, el entusiasmo de los monárquicos fue grande. ¿Por qué? Porque querían, deseaban, ansiaban que la noticia fuese cierta.

(La noticia a través de los espías franceses llegó a París, lo que explica una repentina visita de dos enviados del Comité de Seguridad al Temple en la noche del 28 de octubre de 1794 para cerciorarse de que el delfín seguía allí.)

¿Se trataba de sacar más dinero de la señora Atkyns mostrándole que los planes progresaban? El caso es que pocos días después Cormier recibía de la buena inglesa otras cien guineas. Cuando más tarde el gobierno británico le expulse del país le escribirá desde Hamburgo colmando sus ansias con buenas y secretas palabras: «no digáis nada a nadie», pero no se atrevía a pronunciar de nuevo la mentirosa frase de que el delfín estaba a salvo. Otro agente enviado por la señora Atkyns fue más sincero. Tras deslizarse a través de la región vendeana y llegar a París, Frotté decía tristemente: «He tenido el dolor de comprobar que hemos sido engañados de la forma más refinada... No he podido ver al desdichado infortunado que había nacido para gobernarnos... Los monstruos dos veces regicidas, tras haberle dejado languidecer largo tiempo le han hecho perecer en su prisión de donde no ha salido jamás. Juzgad, amiga mía, cómo hemos caído en el error... No nos queda más que llorar a nuestro

tesoro y castigar a los malvados que lo han hecho morir.»

Resulta claro para todos... excepto para madame Atkyns que siguió acunando durante largos años una idea que quería, que necesitaba, que fuera cierta. En 1799 intentó ver al conde de Provenza para hablarle de su sobrino «salvado»; la evitaron. Insistió en 1814 cuando el conde era ya rey con el nombre de Luis XVIII. (Se respetaba la leyenda salvándose el orden lógico.) Se excusaron de verla a pesar de que había ido a vivir a París para estar más cerca de la corte... su quijotesca obsesión le había costado toda su fortuna y ni siquiera la recibían... En el oscuro episodio de Luis XVII, es el personaje más dramático y más admirable. Murió totalmente arruinada en 1836.

La seguridad de la muerte del Delfín no cierra el caso para sus fieles, ni acalla las acusaciones contra sus carceleros. Ha muerto, de acuerdo. Pero ¿cómo? ¿No le habrán envenenado? A esa acusación que nace, más que de un conocimiento de los hechos de un convencimiento sobre la crueldad de sus verdugos, responde objetivamente uno de los más fieles seguidores de la familia real, el que más tiempo permaneció con ellos en el Temple y luego en sus cercanías: «No es cierto —escribió en sus memorias años más tarde— y no porque fueran incapaces de hacerlo; incluso hubiera existido menos barbarie en el envenenamiento del niño rey que haciéndole sufrir el suplicio lento y doloroso del abandono, del aislamiento a los que fue entregado durante varios meses y que fueron las únicas causas de su muerte...» pero... «los monstruos que tiranizaban Francia y que no ignoraban el vivo interés que inspiraba generalmente la suerte del joven príncipe calculaban demasiado fríamente sus delitos para comprometer su popularidad y su poder haciéndoles perecer de muerte violenta. Les pareció menos peligroso trabajar en el aniquilamiento de todas sus facultades morales a fuerza de malos tratos fatigando, además, continuamente sus facultades por el terror».

El informe del barón Hué es lúcido y claro. Es más que posible que el trato dado al príncipe no co-

rrespondiera a un programa premeditado y científico como él supone —la historia iba demasiado de prisa para esos cálculos—, pero el resultado evidentemente fue el reseñado. El muchacho estaba muerto «por dentro» mucho antes de que se redactase de forma oficial el acta de defunción.

Pero la noticia del envenenamiento corrió también por el París republicano y los periódicos que, terminado el Terror, tenían una cierta libertad de opinión, la comentaron en general burlándose de ella como rumor sin fundamento, pero también estando de acuerdo en que una mayor información por parte del gobierno —¿por qué no se publicaron sucesivos boletines médicos?— hubiera evitado la ola de especulaciones...

... Que aumentaron años más tarde, en 1801, cuando un folletinista astuto llamado Regnault-Warin alcanzó gran éxito con una obra titulada *El cementerio de la Madeleine*. Lo que ayudó a la venta del libro fue que el autor introdujo hábilmente entre los capítulos de la historia novelada una serie de documentos (cartas, relaciones, memorias) que impresionaban por su aparente oficialidad aunque fueran tan falsos como las aventuras del protagonista, un tal Fronzac, que se lleva al delfín en el interior de un caballo de madera hueco, aparentemente su juguete, dejando en su lugar un niño huérfano que se le parecía. Para abrirse camino entre los guardias lo hace con el manejo alterno del dinero para el soborno y la pistola para el reacio, según la fórmula que daba cierto resultado en aquellos tiempos. El último episodio es delirante. El coche en que van el salvador y el salvado es alcanzado ya cerca de las primeras líneas del ejército monárquico vendeano por un escuadrón de gendarmes lanzado en su persecución. Ante el peligro de la muerte del delfín, Fronzac se rinde, pero en este momento llegan los vendeanos, matan a los revolucionarios y acogen entre lágrimas y vivas a su legítimo rey Luis XVII.

La pregunta, claro está, era: ¿entonces dónde está ahora el rey? Pero Regnault-Warin tiene respuesta para todo. Tras la derrota de la Vendée el delfín es embarcado para América, pero una fragata francesa

alcanza su navío y es conducido de nuevo a Francia y a una celda sombría donde morirá «agradeciendo a Dios que le deje ir a reunirse con sus padres».

Había que matarle literariamente porque no podían presentarlo físicamente ni los más adictos a la bella idea de la evasión. También quedaba la explicación de que el estado mental del joven príncipe fuera tal que su reclusión resultara la única forma de no defraudar a sus fieles monárquicos. Pero aun así, pregunta Maurice Garçon, que dedicó largas horas a estudiar el enigma, ¿cómo es posible que nadie saliera a la luz pública cuando los años transcurridos quitaron peligro a esa declaración para proclamar orgullosamente: «Yo fui quien liberé a mi señor de la cárcel»?

Muy bien, sostienen otros, entre ellos Lenôtre, eso tiene lógica al tratarse de un monárquico, pero ¿y si el liberador hubiera sido por el contrario un revolucionario que ante el temor de que se cambiasen las tornas quisiese tener un precioso rehén en su casa? ¿No le hubiera sido más fácil a él que a un realista entrar y salir del Temple? Sigamos imaginando. En las sucesivas oleadas de víctimas del Terror ese secuestrador muere guillotinado y el delfín queda solo y encerrado en su casa donde puede haber muerto de inanición olvidado por todos.

¿Más posibilidades novelescas? Ahí están los hombres que se presentarán en el futuro próximo como el Luis XVII que escapó milagrosamente de la muerte. Uno se llama Herwagault, otro, Bruneau, otro barón de Richemont y otro, en fin, quizá el más conocido, Naundorff. Todos, con mayor o menor fortuna en su audaz tentativa, tuvieron una cosa en común: intentar robar el nombre a un muerto para tener mejor vida.

Ocurrió lo mismo en la política que en la religión; las ideas que todos creían firmemente arraigadas en 1789 cambiaron totalmente en unos años, casi en meses.

En 1789 la inmensa mayoría del pueblo era monárquico y veía como único ser capaz de estar al frente del Estado a su majestad el rey cristianísimo Luis XVI. En enero de 1793 unos representantes elegidos por ese pueblo mandaban a ese mismo ser, antes sagrado, al patíbulo con la única protesta airada de unos cuantos vendeanos o chuanes, ex aristócratas y ex ricos. Los demás aplaudieron el cortejo fúnebre o al menos encontraron correcto el procedimiento para consolidar la República, esa República que sólo cuatro años antes estaba en la esperanza de unos cuantos ilusos.

Lo mismo exactamente ocurrió con la Iglesia. En los cuadernos de quejas presentados a los Estados Generales en la convocatoria de éstos, la inmensa mayoría de los franceses expresaban su amor a una religión considerada parte integrante del pueblo francés. El mismo abate Fauchet, que un día cercano asaltará la Bastilla y otro más lejano será uno de los jueces del rey como diputado jacobino, afirmaba seguro de sus feligreses en un opúsculo titulado —obsérvese— «La religión *nacional*», que sólo el catolicismo puede conservar la unidad moral entre los franceses y evitar la corrupción de las costumbres. «¿Libertad de conciencia? Francia es católica hasta las raíces y se sentiría

perdida ante la idea de una revolución legal que le quitase la unanimidad del culto. Que se hagan todas las reformas necesarias; pero romper el lazo de la religión nacional, de la religión única, no podría soportarse.»

Eso lo decía un cura de ideas avanzadas que, por lo demás, las demostraba cuando en compañía de otros párrocos modestos se lamentaba en esos mismos «cuadernos de quejas» del poder excesivo y de la vida ampulosa de los obispos. El algunos párrafos asoma también el viejo jansenismo que los impulsa, por la soberbia gala, a resentirse de la injerencia del Papa de Roma en los asuntos eclesiásticos franceses.

Esos curas rurales están en buen número; 208 entre los 300 representantes que forman el Brazo del Clero y al ser tantos consiguen, de acuerdo con el Tercer Estado o burgueses, que se vote por persona —es decir democráticamente— y no por Brazo, como quisieran sus superiores eclesiásticos, los 47 obispos y los 35 abates que se sienten más cercanos a la nobleza. Uno de ellos, Jallet, replica a las jerarquías: «Os respetamos y nos sometemos a vuestra autoridad en materia de religión y de disciplina... Pero aquí, monseñores, nos atrevemos a decir que somos vuestros iguales; somos diputados de la nación como vosotros.» El 4 de agosto de 1789 se celebra la sesión en la que, a ejemplo de los nobles que renuncian a sus derechos feudales, abandonan a su vez sus beneficios múltiples, a pagar *annata* (la primera anualidad del obispo a Roma) y en fin al derecho a percibir dinero por sus servicios.

La Asamblea corresponderá a esta generosidad con la promesa de tomar a cargo del Estado los ingresos que dejaban de percibir con sus renuncias.

La mala situación de la Hacienda pública iba a agravar la situación de la Iglesia. Necesitado de dinero, el Estado decide el 28 de setiembre del mismo año que los templos deben entregarle las monedas y toda la plata que no sea necesaria para el culto divino.

Los eclesiásticos empiezan a reflexionar; van a convertirse en empleados del Estado, lo que salvará de la

miseria a los curas de parroquias pobres y disminuirá el fasto de los ricos obispos, pero por otro lado, ¿dónde queda su independencia ante el gobierno?

Nace así la crisis religiosa. Unos, incluso los que querían reformas, se echan atrás; otros eligen descaradamente el camino de la colaboración que les permitirá sobrevivir, adquirir autoridad y aun enriquecerse. El más famoso de esos acomodaticios ha pasado a la historia con el nombre de Talleyrand, un nombre que desde entonces es sinónimo de doblez, de cálculo, de egoísmo y de traición, y al mismo tiempo símbolo de una inteligencia y una elegancia que obligará incluso a quienes le odian a utilizarle. «¡Sois una media de seda llena de mierda!», le gritará exasperado Napoleón. Y el otro, arrastrando su pierna coja, se despedirá soltando al pasar la puerta y para la posteridad: «Qué lástima que un hombre tan grande sea tan mal educado...»

Ahora está sólo al principio de una carrera extraordinaria. El 10 de octubre él, que es obispo de Autun, ha propuesto entregar a la nación todas las fundaciones eclesiásticas. Aceptado por la mayoría, el 19 de diciembre se vendieron 400 millones de libras de bienes eclesiásticos. Sin intentarlo, el gobierno había conseguido crear una nueva clase burguesa que se haría para siempre solidaria de un sistema político que les había permitido pasar a pequeños propietarios. (Algo parecido había logrado Enrique VIII de Inglaterra con su reforma en el siglo XVI.)

Dado que contaban con aliados dentro de la misma Iglesia, la corrección de los abusos que se habían declarado en los cuadernos de 1789 continuó rápidamente. El siguiente objetivo fueron los conventos donde, según los rumores reflejados (o inspirados) por las novelas de la época, yacían prisioneras muchas monjas, y especialmente monjas obligadas por razones de amor o de codicia a profesar sin ninguna vocación.

En febrero de 1790 se decidió que los votos perpetuos se abolían, y los funcionarios municipales interrogarían personalmente a cada conventual para que

eligiese salir o permanecer dentro. (Salieron bastantes religiosos y pocas religiosas.)

La jerarquía católica empezó a preocuparse de esa intervención estatal en sus dominios y sus instancias lograron que la religión católica se considerase la del Estado aunque se aceptase una tolerancia civil ante la apariencia de las otras.

La piedra miliar de las relaciones entre Iglesia y Estado es la Constitución Civil del Clero. La concepción es revolucionaria. Se suprimen todas las instituciones que no cuidan del alma de los fieles. Los sacerdotes serán elegidos por éstos, el obispo también y no esperará que el Papa le confirme, aunque se le comunique su designación. El Estado pagará a todos.

El 27 de noviembre de 1790 se daba un paso más, el más grave. Todos los eclesiásticos debían jurar «ser fieles a la nación, a la ley, al rey, mantener con toda su fuerza la Constitución decretada por la Asamblea Nacional y aceptada por el rey» bajo pena de considerarse dimitidos, y si pretendían continuar en sus funciones «de ser perseguidos como perturbadores del orden público».

Esta vez los dados están echados. La Iglesia se dividirá en dos bandos y, al hacerlo, cada uno arrastrará a un grupo de franceses. Los tradicionales, con el rey a la cabeza, seguirán considerando curas buenos a los reacios al compromiso; los reformadores harán gala de ir a las ceremonias del cura juramentado. A menudo se dividen también las familias; la mujer, más «antigua», sigue confiando en el sacerdote de siempre, el marido va al moderno.

(He escrito «reformadores» y no «revolucionarios» porque éstos se van decantando cada vez más hacia un anticlericalismo genético que no distingue excesivamente entre religiosos.)

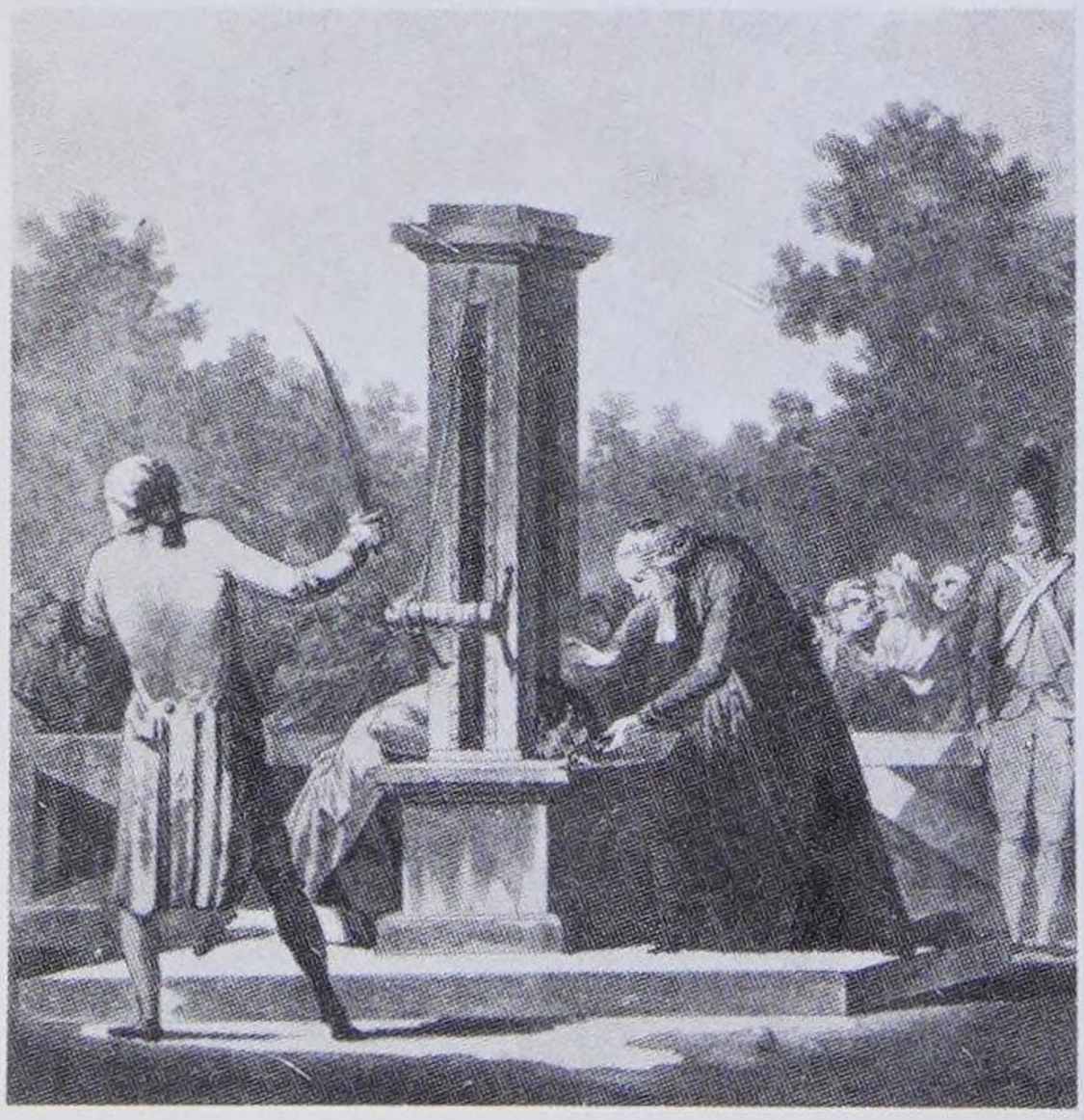
Pero si no se aceptaba la autoridad del Papa ¿quién consagraba a los obispos recién elegidos por el pueblo? Fue también Talleyrand quien como obispo de Autun lo hizo con el rito de siempre... menos la lectura de la bula pontificia y el juramento de fidelidad al pontífice.

El ciclo revolucionario se inicia el día 5 de mayo de 1789 con la apertura de los Estados Generales en Versalles. (Grabado de un cuadro de Goudel.)

El asalto a la Bastilla (dibujo del natural tomado por uno de los combatientes) **el 14 de julio del mismo año pone fin al absolutismo real.**

Con la marcha de miles de mujeres
hacia Versalles pidiendo pan
al rey, la calle comienza
a intervenir en la política.

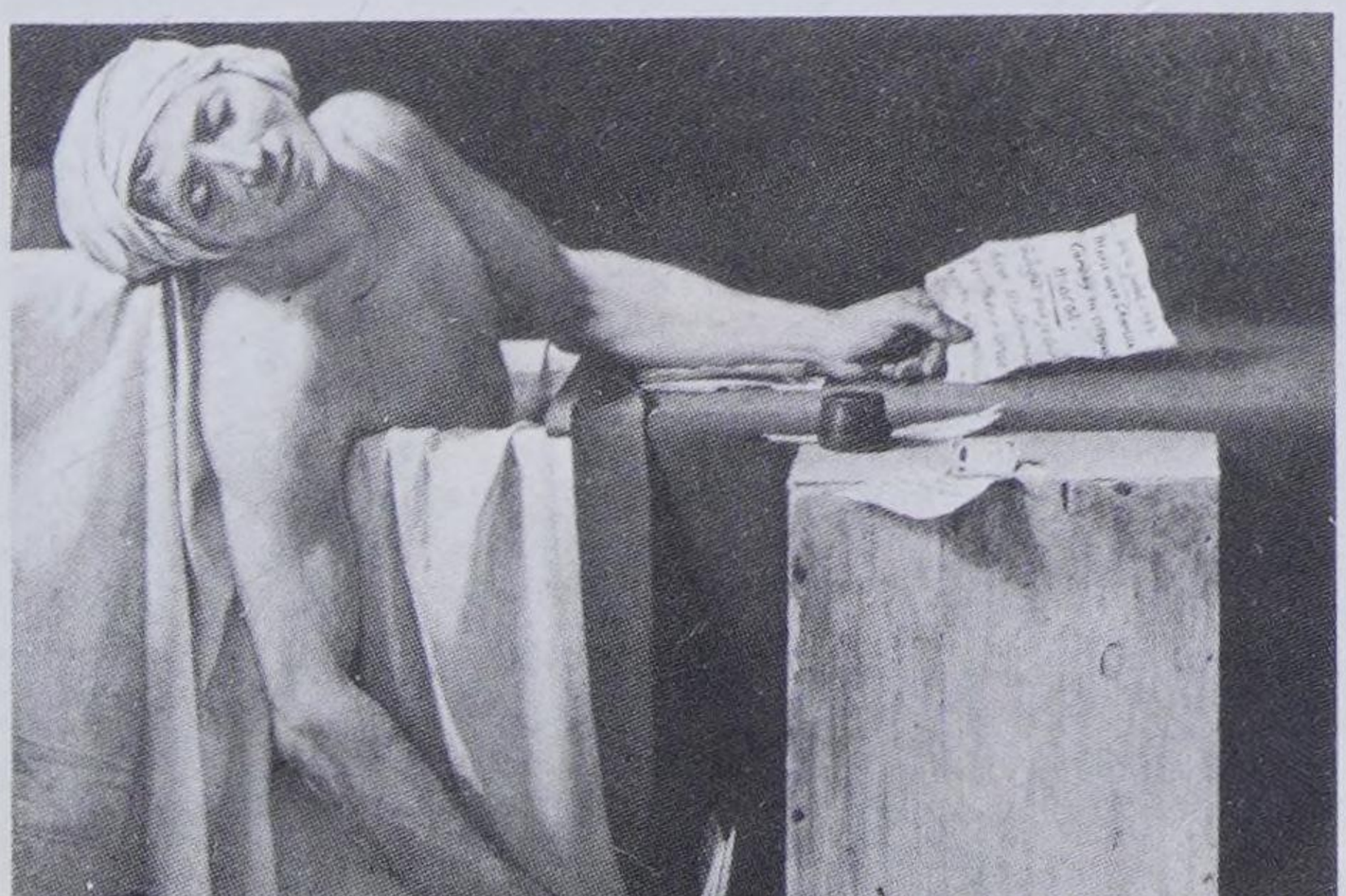
La fallida fuga del rey en Varennes,
en junio de 1791, exaspera
a las masas y desacredita
la etapa reformista.



El doctor Guillotin será
una de las víctimas propiciatorias
del «filantrópico» artilugio por
él inventado, pronto dueño de Francia.

Las «tricoteuses» —curioso espécimen entre arpía y feminista— asistirán con curiosa morbosidad al funcionamiento de la guillotina.

En los inicios de 1792 la Asamblea intenta forzar al rey (en la imagen con María Antonieta) **a que declare la guerra a Austria y a las monarquías europeas.**



El asesinato de Marat (así «idealizada» su muerte por Louis David) **el día 13 de julio de 1793 tendrá como consecuencia la dictadura jacobina.**

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

LIBERTÉ, ÉGALITÉ FRATERNITÉ

DÉCLARATION

DES

DROITS DE L'HOMME

ET DU CITOYEN

Formulée, en 1792, par

ROBESPIERRE

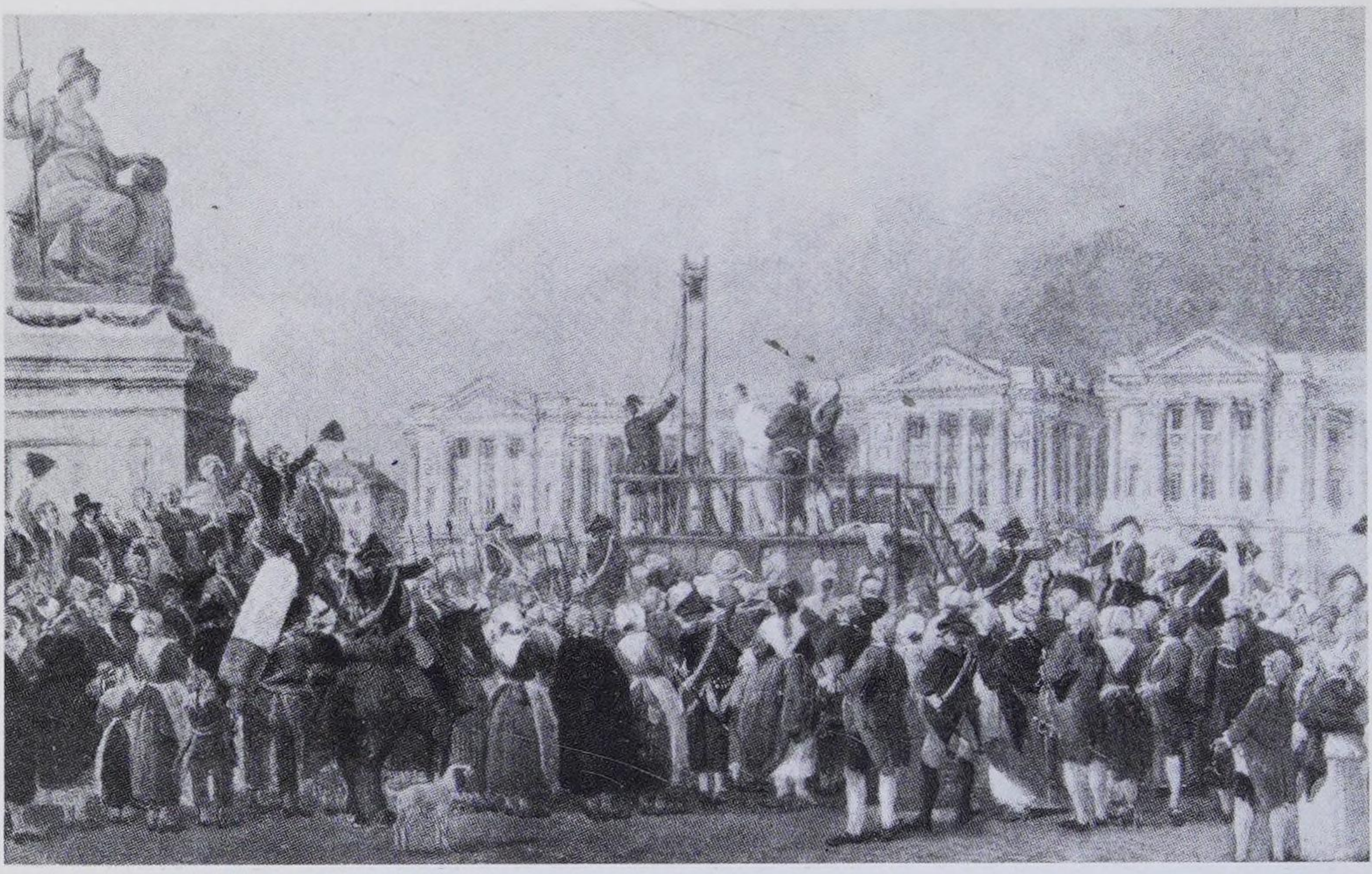
Al aprobarse la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano quedaba reafirmado el poder soberano de la nación.

El asalto a las Tullerías, el 10 de agosto de 1792, y la impune matanza de la guardia suiza entronizan la ilegalidad y el terrorismo. (Lienzo de J. Bertaux.)

Rouget de l'Isle entona el canto de «La Marsellesa» (cuadro de Pils), **himno revolucionario que la Restauración borbónica repudiará...**

... tras haberlo impuesto como himno nacional los «sans-culottes» parisienses... y recuperado para siempre la III República en 1879.

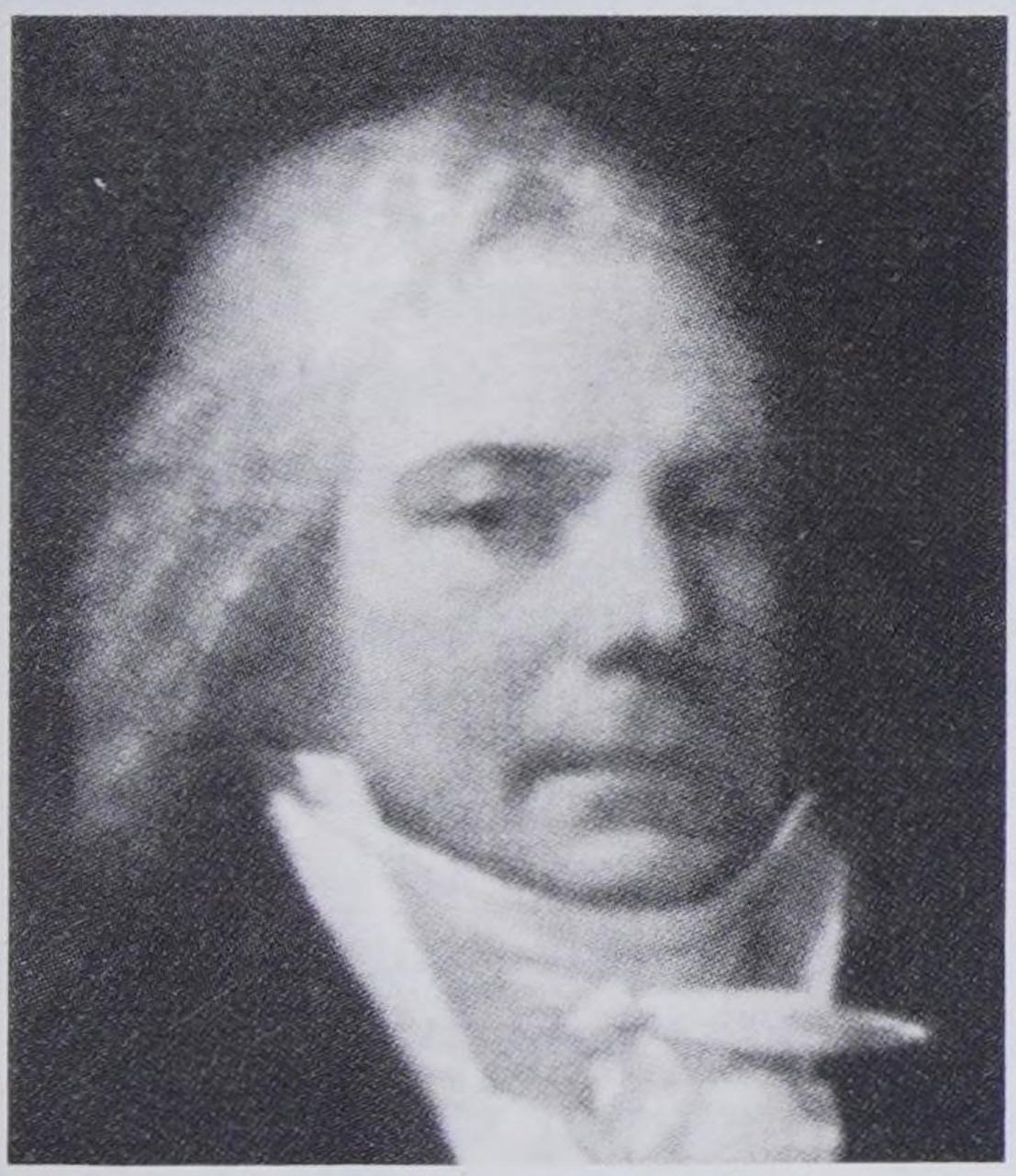
Caricatura de época en la que Luis XVI aparece despidiéndose grotescamente de su familia antes de encaminarse hacia la guillotina, en la plaza de la Revolución.



Luis XVI morirá, el 21 de enero de 1793, con la dignidad y entereza que les faltó a sus pusilánimes partidarios: su muerte se decidió por la mayoría de un solo voto. (Pintura de P. A. De Machy.)

«Yo era la mujer de Luis XVI —se defenderá María Antonieta frente a sus acusadores— **y era natural que me conformase con su voluntad.»**

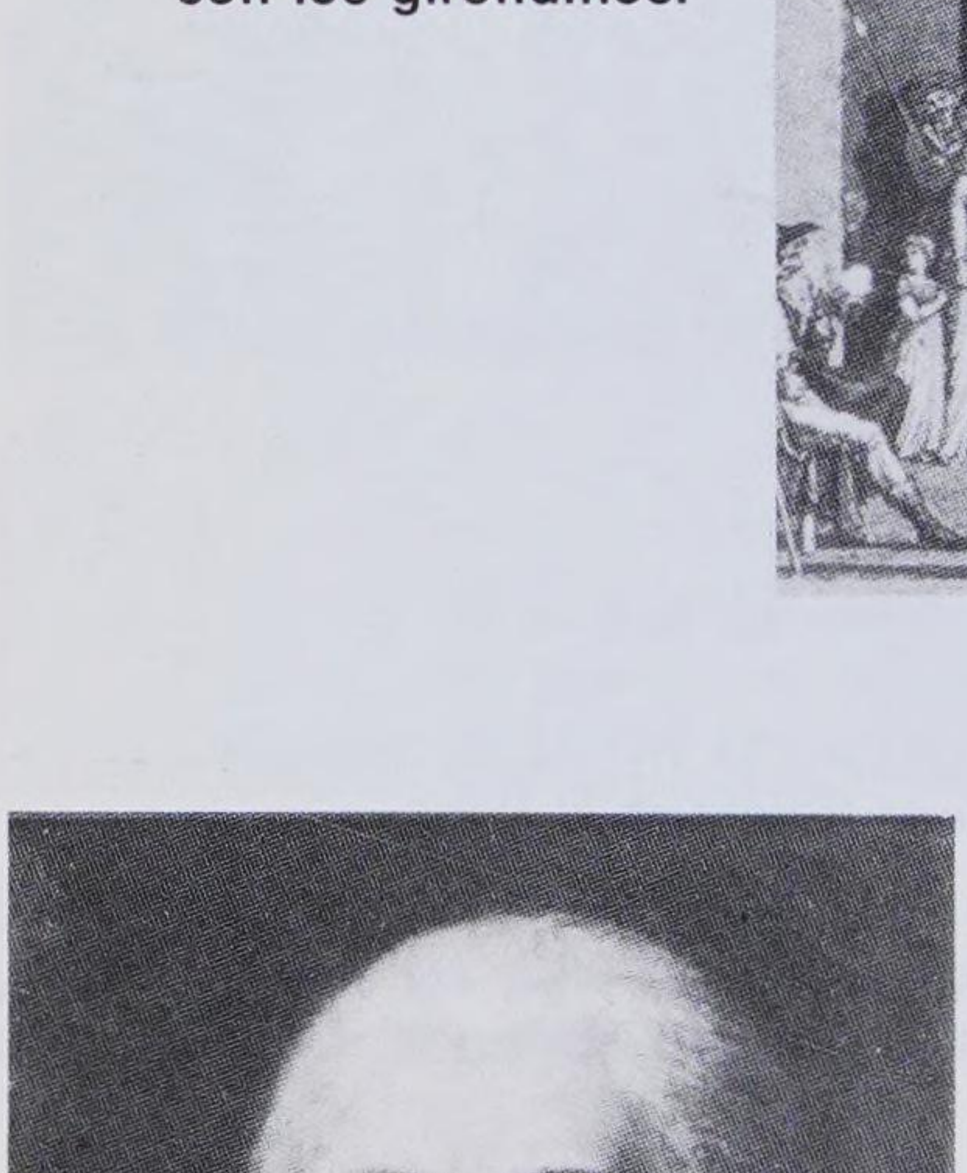
Al jurar muchos sacerdotes la Constitución civil del Clero el laicismo del Estado se imponía a la autoridad y obediencia vaticanas.



Será Talleyrand, obispo de Autun
(aquí retratado por Proud'hon),
**quien consagre con el rito de siempre...
pero sin jurar fidelidad al Papa.**

**En las cárceles, todos andan temerosos
de que cualquier día baje un guardia
al calabozo y lea la relación
de los condenados a fatal sentencia.**

Los comisarios enviados por el Comité de Salud Pública de París (en la imagen, una de sus sesiones grabada por Berthault de una pintura de Fragonard) **impondrán el terror por toda Francia, con eficacia y crueldad, para acabar con los girondinos.**



Cuando Danton (en el grabado) **quiera impedir que la sangre siga brotando de la guillotina, el insaciable Tribunal Revolucionario se cobrará su cabeza.**

La Revolución devora a sus hijos y nadie, en su casa o en la calle, está a salvo del fatal arresto.

... Que hasta entonces, por cierto, no había mostrado de forma oficial su oposición a las disposiciones que le restaban una autoridad de siglos sobre sus ovejas francesas. La consagración, para él sacrílega, de Talleyrand le hizo abandonar la actitud de prudencia adoptada hasta entonces, y el 10 de marzo de 1791 en su breve *Quod aliquantum* condenaba todas las medidas reformistas de la Asamblea, a la que acusaba de querer destruir la religión católica. Un mes después, el 11 de abril, Pío VI excomulgaba a cualquier obispo y sacerdote que aceptara las nuevas normas.

El cisma era ya oficial y cada uno reaccionó de acuerdo con sus principios y su conciencia; unos para afirmarse en sus derechos nacionalistas y liberales, los otros para regresar a los viejos principios de sus padres. A veces coincidían en un mismo pueblo las dos posturas reflejadas en dos obispos. El juramentado apoyado por la autoridad civil y los «clubs» patriotas ocupa el palacio y actúa en las ceremonias oficiales; el otro, escondido en algún rincón de la ciudad, oficia en conventos femeninos y en capillas privadas, cada uno con un séquito de fieles que odian al del otro.

La actitud del rey, como dijimos, agrava la situación. El breve del Papa rompe el silencio con que hasta entonces había acogido las innovaciones, incluida la Constitución Civil. Ahora se siente más prisionero del gobierno porque le están ofendiendo en su conciencia católica, mientras antes el herido era sólo su orgullo. Los espías de los «clubs», que no faltan en las Tullerías, comunican que en la capilla real sólo ofician curas refractarios y no juramentados, lo que provoca una aversión cada vez mayor a quien, al parecer, cree estar por encima de las leyes que dictan los legítimos representantes del pueblo francés.

Quienes por su parte continuaban empeñados en aislar (todavía no encerraban) a los curas refractarios o no juramentados; se les permitía, por ejemplo, decir misa, pero no administrar los sacramentos de la confesión o la comunión. Eso en las grandes ciudades, porque en los pueblos, como siempre más apegados a las viejas costumbres, la Guardia Nacional podía instalar

por la fuerza al cura oficial en la parroquia, pero la Iglesia seguía vacía y los proveedores habituales desaparecían mientras surgían insultos y burlas callejeras que le obligaban a menudo a marcharse del lugar.

Así, poco a poco, se va creando la imagen nueva que asocia a parte del clero con la reacción y el antipatriotismo.

Por fin el rey desafía al gobierno y a gran parte de la opinión pública ratificando su postura a favor de las antiguas normas. Fue cuando la Asamblea Legislativa, el 29 de noviembre de 1791, ante la actitud pertinaz y rebelde de los sacerdotes que no habían jurado, decretó que los que no lo hicieran en el plazo de ocho días serían declarados sospechosos de rebelarse contra la ley y de tener malas intenciones contra la patria. Por vez primera surgía la temible acusación de «sospechoso» que tanta sangre haría derramar más tarde, pero lo que era más grave, por vez primera se perseguiría a un hombre por sus intenciones en lugar de por sus hechos. Los ilustrados hombres del XVIII coincidían así con el ejemplo más grande de oscurantismo e intolerancia: el de la Inquisición.

El 19 de diciembre siguiente el rey oponía el veto a esa ley. Tenía perfecto derecho a ello según la Constitución... era también la medida menos política que se le podía ocurrir. Las sospechas de los revolucionarios se afirmaban; el rey, divorciado de su pueblo, se oponía a sus disposiciones legales.

La Asamblea recogió el guante que le lanzaba la monarquía y lo hizo en el momento de mayor debilidad de ésta, cuando la masa popular asaltaba el palacio de la Tullerías el 10 de agosto. El rey, acosado físicamente en su palacio, lo fue también en sus prerrogativas, al promulgarse el decreto que todas las disposiciones legales vetadas por él serían inmediatamente puestas en práctica. Animados por ese respaldo oficial y encolerizados por las malas noticias que llegaban de las fronteras con tropas extranjeras invadiendo el país, empezando a ver en los clérigos refractarios a unos agentes del enemigo porque el Papa, como jefe temporal de Estado, se había solidarizado

con Austria y Prusia, el pueblo empezó a cumplir los decretos contra esos sacerdotes yendo a menudo mucho más allá de lo legislado. Bastaba un acusación de un «club» patriota para que los nuevos «enemigos del pueblo» fuesen arrestados, metidos en la cárcel y en algunos casos, en provincias, asesinados. Había empezado la caza del cura, que tenía que prolongarse durante largos meses.

No es raro, si se tiene en cuenta ese espíritu popular, que los sacerdotes fueran las víctimas favoritas en las jornadas del 2 y 3 de setiembre de 1792. Hasta trescientos de ellos cayeron al lado de nobles, de militares y aun de delincuentes comunes. Cuando tras ser arrancados de las celdas aparecían ante los tribunales populares constituidos por los invasores de la prisión bastaba una pregunta: «¿Has prestado el juramento?» Y al oír el «no» caían los sables y las picas sobre el desdichado. Como dice el historiador especializado André Latreille, allí empezó la ruptura total entre la Iglesia y la Revolución... y para confirmar la ruptura de dos mundos dentro de Francia, el 20 de setiembre de 1792 la Asamblea decide que, desde aquel momento, el registro de nacimientos, bodas y muertes —inmemorial tarea de la Iglesia— pasaría a las oficinas municipales.

Por vez primera en un país católico se promulgaba la total separación de la Iglesia y Estado.

Mientras tanto, en la calle el anticlericalismo seguía aumentando animado por las bromas obscenas y sacrílegas de periódicos como *Le Père Duchesne*. La tendencia era lógica; si los curas juramentados constituían un peligro para la nación y sus prácticas religiosas eran iguales que las de los curas constitucionales, todo caía bajo el denominador común de la enemiga del pueblo y la superstición. Así se empezaron a «sabotear» las fiestas religiosas como la del Corpus Christi, o las de Navidad de 1792. En algunos casos los fieles se negaron a aceptarlo y las puertas de las iglesias, cerradas por orden del Ayuntamiento, fueron forzadas por la masa y los sacerdotes obligados a decir la misa del gallo. Por otra parte, los curas constitucionales se

quejaron de la falta de libertad religiosa que ello significaba. Brissot, el girondino (ya hemos dicho que en lo que se refiere a la religión la izquierda moderada era más laica, incluso pagana, que la extrema), se burlaba del respeto debido al «culto de nuestros padres». «Según eso —afirmaba—, los políticos deberíamos seguir siendo esclavos porque nuestros antecesores eran partidarios del despotismo.»

Y si en lo que se refiere al respeto a las fiestas el gobierno fallaba, su intervención en el tesoro de las iglesias aumentaba a medida que hacía más falta el dinero (así se venden los palacios episcopales) o materiales bélicos (incautación de los objetos de bronce existentes en las iglesias para construir cañones).

Y los curas podían casarse igual que los divorciados y la sotana se prohibiría fuera de las ceremonias religiosas y...

Otro factor contribuirá a asociar la Iglesia con los enemigos de la Revolución; la sublevación de la Vendée que, como nuestros carlistas del XIX, asocia el respeto a la monarquía con un catolicismo intransigente. Llevando el Corazón de Jesús en su pecho los vendeanos y chuanes atacan al soldado de la República, asesino de Luis XVI y al mismo tiempo enemigo de la religión. Cuando en pleno combate se oye el Angelus los vendeanos se arrodillan y rezan bajo el fuego enemigo. Terminado el rezo, los supervivientes se lanzan contra los republicanos con absoluto desprecio de una vida física que cambiarán a gusto por la eterna.

Ahora los girondinos sublevados en Burdeos y Lyon se acercan más a la Iglesia al tener un enemigo común. Y por ello el frente se hace más claro —si no más lógico— para las masas de la extrema izquierda. Curas, aristócratas, federalistas son todos uno. Hay que acabar con ellos para salvar a la República.

Y para empezar cambiemos el calendario cristiano basado en «la conmemoración de un supuesto santo»; elijamos en cambio «los elementos que componen la riqueza nacional, los productos de la tierra, los instrumentos de labor, etc.».

La idea del nuevo calendario es de Romme. Al tener

cada mes treinta días quedan cinco complementarios que se destinarán a fiestas nacionales. La primera consagrada al Genio; la segunda al Trabajo; la tercera a las Bellas Acciones; la cuarta a las Recompensas y la última a la Opinión, fecha en la que cada francés tenía derecho a decir lo que pensaba de sus semejantes. ¿Y en los años bisiestos? El día sobrante se celebrará la fiesta de la Revolución.

Cambiemos también de nombre los meses usando los alusivos al tiempo y a la naturaleza. Vendimiario corresponde aproximadamente a octubre (empieza el 22 de setiembre de 1792); Brumario a noviembre; Frimario a diciembre; Nivoso a enero; Ventoso a febrero; Pluvioso a marzo; Germinal a abril; Floreal a mayo; Praerial a junio; Mesidor a julio; Thermidor a agosto y Fructidor a setiembre.

Tampoco hay que seguir utilizando los años de la vieja era cristiana. El 14 de julio, que ha empezado la Revolución francesa, tiene más importancia para la humanidad y nos regiremos a partir de ella. Así en Vendimiario del año 1792 empezará el año I de la nueva era, y todos los documentos oficiales serán fechados de acuerdo con la misma terminología. Este calendario durará hasta el año XIV (1806), cuando lo suprima Napoleón que, como emperador consagrado por el Papa, cree que ha llegado el momento de que Francia cuente el paso del tiempo como los otros pueblos cristianos.

Se extasiará un político ante el maravilloso cambio:

«La gloria sonríe al pueblo francés; un espectáculo imponente y sublime ofrece a la Europa esclava y estupefacta el valor y la virtud de la Francia libre. La prosperidad le espera; que nada detenga, pues, la rápida marcha del carro revolucionario. A la creación de los siete días ha sucedido la creación del tonto domingo. Tenemos la década. Ya no es una virgen la que alumbra sin dolor a un Dios-Hombre, es el pueblo, siempre puro e incorruptible, dando a luz la libertad. Ya no tenemos que adorar esa Trinidad heteróclita e incomprensible de los cristianos. Libertad, igualdad, fraternidad, eso es lo que debemos adorar; de ella procede la república una e indivisible, demo-

crática e imperecedera» (F. R. Mallarmé, representante en misión en Toulouse al ordenar la demolición de las iglesias, el destierro de los sacerdotes y el uso obligatorio de la escarapela tricolor. 5-X-1794).

* * *

«Desafío que me muestren en la sociedad algo más despreciable que lo que llaman un abate» (Desmoulins, *La France Libre*, 17-VII-1789).

* * *

Los ayuntamientos diversos se unen encantados a los cambios de nombres de santos, en alguna ocasión sustituidos por los nuevos «santos» republicanos como los romanos «Bruto» o «Mario Scévola». Arrastrado y forzado por la ola anticlerical, el obispo de París, Gobel, que había dado desde su juramento constitucional innumerables pruebas de adhesión al régimen, se presenta en la Convención acompañado de once vicarios y anuncian que, cediendo a la opinión general, renuncian a ejercer como ministros del culto católico. El obispo llega a depositar cruz y anillo episcopal para ponerse el gorro frigio de la Libertad.

Y puesto que ésta es la nueva diosa de los franceses, ¿por qué no celebrar una ceremonia en su honor? El gobierno sabe la importancia y la popularidad de las fiestas religiosas en el pueblo y quiere que sigan existiendo bajo otras denominaciones. Así se organiza la fiesta cívica de la Libertad.

Ésta tuvo lugar nada menos que en la catedral de Nôtre-Dame, para mostrar claramente que no se trataba de complementar ceremonias sino de sustituir la vieja por la nueva. Se erigió frente al coro una montaña de cartón piedra que recordara la otra Montaña, la política, con un templete redondo en la cima dedicado a la Filosofía. En lo alto una llama representado a la Razón. En las laderas muchachas con tocado de flores cantaban himnos hasta que apareció una señorita (actriz de Ópera) vestida de blanco, manto

azul y bonete rojo (los colores nacionales). Versiones posteriores contrarrevolucionarias aseguraban erróneamente que iba desnuda. Era la diosa de la Libertad, que sentada en un sillón vegetal recibió el homenaje de sus seguidores. Curiosamente, el epíteto más duro que recibió ese rito no fue de un católico —tampoco se atreverían, claro— sino de un hombre de la izquierda, nada menos que Robespierre, que lo tildó de mascarada. (Él creía en un Ser Supremo invisible pero presente.)

La profanación de Nôtre-Dame dio la señal para la de las demás iglesias parisienses y francesas. Llegaban al centro de todos los barrios extraños cortejos blasfemos con hombres y mujeres ataviados con casullas, llevando asnos con mitras a la cabeza y haciendo luego con las ropas y ornamentos sagrados grandes hogueras.

Por fin, y como consecuencia lógica, se cerraron todas las iglesias el 23 de noviembre de 1793, y se decretó que el que pidiera la reapertura sería declarado sospechoso y detenido. El Consejo General llegó a pedir que se derribaran todos los campanarios «que por su altura dominante sobre otros edificios parecen contradecir los principios de la igualdad». Los curas considerados sospechosos no basta que juren la constitución; tienen que ser clara y públicamente apóstatas, y para ello harán bien en casarse como muestra del cambio de sus ideas. (El Estado les da incluso una pensión de 800 libras si lo hacen.)

Hay una cifra reveladora. De los 2 000 sacerdotes que se casaron durante la Revolución, 1 750 lo hicieron en 1794, es decir, en pleno Terror. La alternativa del matrimonio podía ser la prisión o la guillotina.

Hacia finales de julio de 1794 van cayendo los eclesiásticos que creyeron congraciarse con la Revolución aceptando, una a una, las normas que les obligaban a dar al César todo lo que hasta entonces habían creído ser sólo de Dios. Ocho obispos mueren en el cadalso y entre ellos, cinco —Fauchet, Lamourette, Roux, Martial y Lomenie— abjuran antes de morir de su conversión y solicitan la vuelta a la obediencia del Papa.

En total habían seguido esos pasos constitucionales ochenta y cinco obispos franceses. De ellos, veinticuatro habían abandonado su puesto y a sus fieles, veintitrés habían sido apóstatas y nueve se habían casado. Una vez más se demostraba que la Iglesia católica es monolítica, y que cualquier intento de hacerla flexible y combinarla con otros principios absolutos está condenado al fracaso.

Y si los sacerdotes constitucionales empezaban a ser considerados sospechosos ¿qué sería de los llamados «romanos» porque mantenían su fidelidad al Papa? Aparte de matar a los jóvenes, y por ello más peligrosos, a fines de 1792 empiezan a encerrar a los viejos y enfermos oficialmente «para protegerlos»; llenan las cárceles y a Ysabeau, compañero de Tallien en Burdeos y él mismo ex cura, se le ocurre embarcar a los sacerdotes presos en tres barcos que antes se dedicaban a la trata de negros para mandarlos a África «a realizar misiones» como decían sarcásticamente. No llegaron a salir de la rada en toda la Revolución, pero los internados sufrieron todas las angustias del hambre, la sed y el hacinamiento. La idea se imitó en Rochefort, donde también los amontonaron en dos barcos junto a la isla de Aix. De ellos, por las mismas circunstancias, murieron el 60 %.

Robespierre, por su parte, sigue con la idea de mantener una autoridad espiritual a la que la gente pueda acogerse tras salir del «fanatismo» católico. Su prestigio consigue que se apruebe por aclamación un decreto que empieza así:

«El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma» (6 de junio de 1794; véase «Las fiestas»).

Se intentaba a veces considerar la muerte como final, sin vida eterna ulterior. Así se expresa un diputado:

«El lugar común de las cenizas estará aislado con árboles bajo cuya sombra se elevará una estatua representando el sueño. Todos los demás signos serán destruidos... Sobre la puerta de ese campo irá esta inscripción: «La muerte es un sueño eterno» (Fouché,

decreto sobre el ejercicio de los cultos y los entierros, 1793).

A veces, la costumbre cuesta de olvidar y se reemplaza a la Iglesia utilizando fórmulas propias de ella:

«Creo que los *sans-culottes* que han muerto por la patria y por los derechos sagrados del hombre, están sentados a la derecha del padre de todos los seres y bendicen a sus hermanos que los vengan contra las hordas de tiranos» (*Evangelio de la Libertad*, Lyon, primavera de 1794).

* * *

El intento de «desviar» la antipatía del francés revolucionario hacia la Iglesia católica por otros caminos del espíritu, tuvo resonancias oficiales, pero no cambió la iconoclastia general y el odio al sacerdote. Una comisión revolucionaria instaba en Orange mandar al patíbulo en pocos días 332 víctimas, de las que una quinta parte son eclesiásticos. Van también a la guillotina quienes ocultaban objetos del culto... por si soñaban con volverlos a usar oficialmente.

Las leyes generales ratifican esas iniciativas locales. Desde el otoño de 1793 los refractarios son asimilados a los emigrados, lo que quiere decir que el que vuelva será ejecutado antes de las veinticuatro horas y su delator recibirá un premio. El que lo albergue, por otro lado, correrá su misma suerte.

Lógicamente cuando la persecución se realiza contra religiosas, el impacto sufrido por el testigo es mayor porque se hace difícil descubrir, en modestas monjas de clausura, cualquier intento de subvertir el régimen, algo que era moneda corriente en las actas de acusación ante el Tribunal revolucionario.

En el mismo Orange fueron detenidas treinta y dos pertenecientes a la Orden de las «Sacramentines». En la cárcel se levantaban como en el convento, a las cinco, y tras recitar las oraciones de la misa, de la preparación a la muerte y de la extremaunción renovaban sus votos. Si una era llevada al Tribunal revolucionario las otras iniciaban mil avemarías, y cuando el rumor

jubiloso de la muchedumbre les decía que una compañera había muerto, entonaban un «Te Deum» en acción de gracias. Porque ésta era su idea de lo que acontecía, según confesó una de ellas a un testigo: «Debemos más agradecimiento a nuestros jueces que a nuestros padres y madres, porque éstos nos dieron sólo una vida temporal mientras nuestros jueces nos procuran la eterna.» Como símbolo de esa actitud una de ellas besó el cadalso antes de subir a él.

(Esta historia es el origen de la obra de Bernanos *Diálogo de carmelitas*.)

Muchos intentaron huir de un país que los trata tan cruelmente y bastantes lo consiguieron. España, país católico por excelencia, recibirá unos seis mil (como Italia), pero curiosamente los refugiados no encontrarán la acogida calurosa que esperaban.

La fama de tibieza que para los españoles ha acompañado siempre al clero francés desde Richelieu, el fenómeno jansenista y el gran número de sacerdotes galos que habían aceptado jurar la Constitución, convertía en sospechosos a todos los recién llegados. Prueba de ello es la prohibición que el gobierno de Carlos IV les hizo de ejercer cualquier función eclesiástica aparte de la misa y especialmente la de dedicarse a la enseñanza.

En Francia la llegada del 9 Thermidor con la caída de Robespierre debía de haber significado su liberación inmediata, pero entre los conjurados contra *el Incorruptible* había muchos —Tallien, Fouché, Freron— con la conciencia demasiado cargada de ejecuciones de sacerdotes para aplicarles a ellos las medidas de clemencia de que se beneficiaban los demás presos. La Iglesia, desarbolada y desorganizada, no constituía en esos momentos un grupo de presión efectivo como en otros casos. Por ello mientras una madame Tallien o una Rosa Beauharnais (luego llamada Josefina) salían de la cárcel a los tres días del golpe de Estado, es decir, en agosto, las liberaciones de sacerdotes no empezaron hasta el 25 de octubre, y los que volvieron del extranjero convencidos de que el Terror había terminado y eran libres, se encontraron con que la legis-

lación en contra suya seguía peligrosamente vigente.

Los primeros que se dieron cuenta de las ventajas que una mayor tolerancia podía conseguir, desde el punto de vista práctico, fueron los generales republicanos que combatían en la Vendée y sabían, por experiencia, lo importante que era la religión y sus ministros para aquellos rebeldes. Así declararon en su zona bélica la total libertad de culto incluso para los curas refractarios y ello contribuyó en gran parte a la rendición, en enero de 1795, de un selecto grupo de jefes vendeanos.

Tras ese precedente no podía evitarse extender a todo el territorio nacional la misma amnistía y así se declaró el 21 de febrero de 1795, que la República no reconocería ni subvencionaría ningún culto preciso, pero que de acuerdo con la Declaración de los Derechos del Hombre (artículo 7.º) garantizaría el libre ejercicio de todos.

Con ello, especialmente en el campo, se fueron reestableciendo las viejas costumbres; volvían a cerrar los comercios en domingo y a trabajar en cambio el día *décadi,* que según la legislación revolucionaria había querido sustituir a la fiesta del Señor. Las mudas campanas empezaron a sonar de nuevo, no sólo para atraer a los fieles de la Iglesia, sino para recordar a los trabajadores del arado, como habían hecho siempre, cuándo era la hora de almorzar y cuándo la de terminar con el duro trabajo.

Todas son medidas reparadoras de lo ocurrido durante el Terror, pero en general, la Iglesia católica no volverá a ser lo que era antes de 1789. Hay para ello una razón política: los curas eran monárquicos y la monarquía, a pesar de algunos intentos restauradores en los años siguientes, había dejado de ser básicamente el régimen francés. Y otro económico: hay muchos nuevos propietarios de bienes que fueron antes de la Iglesia y que ven con recelo cualquier intento de aumentar el prestigio o la fuerza de quienes puedan reclamar un día las fincas adquiridas. La Revolución había herido mortalmente a la religión católica, tanto en la carne de sus ministros como en la de su fama.

LOS QUE HUYERON DE LA QUEMA

... que aquí se llamó *lanterne* o farol primero, guillotina después (o fusil, o aguas del Loira, o pica, o sable). Eran los que habiendo tenido mucho en el régimen anterior tenían también más que perder con el cambio, sobre todo los aristócratas y militares que muchas veces eran las mismas personas, algún burgués enriquecido, intelectuales de derechas, políticos de todas clases y pelaje.

Ha habido en la historia de la humanidad, y concretamente en la historia de Europa, muchas de esas emigraciones con las que un grupo de ciudadanos perseguido por el gobierno de su país se trasladaba a otro, generalmente con dos propósitos: rehacer su vida en paz y libertad (caso de sectas huyendo de las guerras religiosas europeas e instalándose en los Estados Unidos) o recuperar sus fuerzas y organizarse para volver a su lugar de origen y castigar a quienes han usurpado en la sociedad el lugar que legítimamente les pertenecía. Es el caso de los emigrados republicanos tras la victoria de Franco; es el caso de los emigrados durante la Revolución francesa.

Pero la situación es mucho más compleja de lo que parece a primera vista. En las naciones no se da un cambio brusco y definitivo que lanza a los dueños de antes a la huida para salvar la piel. Los acontecimientos políticos van sucediéndose en forma escalonada, y lo que parecía imposible el día A resulta casi familiar el día D. Por cada pesimista que dice «esto va a

terminar mal, es mejor marcharse antes de que sea tarde», hay diez optimistas que le aseguran que lo peor ha pasado ya y que los enemigos no se atreverán a ir más lejos. Esta discusión se mantuvo antes del «juramento del juego de la Pelota» en julio de 1789, antes de la promulgación de la Constitución de 1791, antes de la proclamación de la República del mismo año, antes de la ejecución de Luis XVI en enero de 1793, de la de su mujer en octubre del mismo año...

Así fueron cayendo como sucesivas trincheras del pasado tomadas por el rápido ataque de la izquierda; de ello resultó que los reformadores moderados que se burlaron de los primeros emigrados en 1791 acabaron reuniéndose con ellos al otro lado de la frontera en 1793 porque para el gobierno de aquel momento, tan peligrosos eran para la República ellos como los otros.

En 1789, decíamos, empezaron las primeras salidas al extranjero llevadas a cabo por gente cuya preponderancia en la Corte les hace desagradables a la opinión pública. Cuando todavía queda un cierto respeto a la figura del rey, la animadversión se vuelve hacia los que le rodean, gente cuyo lujo no se considera tan lógico como el del monarca y de los que se dice que son frívolos, derrochadores y malos consejeros de Luis XVI, a quienes inspiran medidas contra el pueblo. Son los príncipes de Condé o de Lambere, el mariscal Broglie, el conde de Artois, los Polignac.

Lès siguen militares de alta graduación que no pueden en conciencia cambiar el juramento que prestaron al rey por el referido a una Constitución que están seguros le han impuesto al monarca. Así muchos comandantes y capitanes que, como decía, tienen títulos de nobleza, rehúsan servir a otro señor llamado Asamblea Nacional y se exilian del país, a sabiendas de que están abandonando el único oficio que saben hacer y el único que les da de comer.

Ahora bien, en la nobleza de la corte hay, no olvidemos, algunas «ovejas negras» ya recordadas anteriormente, empezando por el primo hermano del rey, Felipe de Orleans, el conde de Mirabeau y el marqués

de La Fayette, gente que en mayor o menor grado se han sentido deslumbrados por el brillo de las nuevas ideas democráticas. En la aristocracia rural, en cambio, la tradición es mucho más cerrada y firme, y por ello la marcha al extranjero de los nobles de provincias se inicia en cuanto las noticias llegadas de París sobre la forma en cómo son tratados el rey y la religión los convencen de que el país no tendrá otra salvación que la que den ellos con sus armas.

Pero dejan la patria. ¿Qué es la patria?, preguntan a algunos emigrados ante esa observación. La patria no es un pedazo de tierra sino un régimen político, una religión, una moral, una tradición, una ley. Si me cambian todas estas cosas yo no me siento ya patriota. Así, en 1792 se crearán dos Francias, la oficial, con un rey todavía en París, y la rebelde, que ha pasado al otro lado del Rin. Allí, en Coblenza, está la Francia de siempre, con una corte y un ceremonial. El pobre Luis XVI mientras tanto es sólo un prisionero de su pueblo.

Como todos los emigrados políticos del mundo estos de Coblenza están seguros de que su exilio será corto. No solamente tienen la razón sino que cuentan también con la fuerza. Es verdad que son pocos, pero a su lado están los poderosos ejércitos prusiano y austríaco. ¿Cómo no van a deshacer entre todos a ese conjunto indisciplinado y anárquico que se llama ejército revolucionario? La entrada en Francia representará la dispersión de unos hombres sin Dios ni jefes; la colaboración entusiasta de un pueblo cansado de injusticias y desorden volverá a aclamar al rey y a la religión católica.

Esta teoría naturalmente no sólo no resultará verdadera, pero es que además esos sin tierra serán considerados por los países donde se hospedan forzadamente con cierta desconfianza. Políticamente son incómodos porque cualquier pequeño ducado que los albergue temerá desde ese momento que la República Francesa le declare la guerra. Socialmente son irritantes porque acostumbrados a ser tratados de forma reverente esperan el mismo formalismo del pueblo

anfitrión, que los considerará y juzgará inmediatamente por ello petulantes y vanidosos, deduciendo que alguna razón tendrán los revolucionarios al perseguirlos. Se cuenta una anécdota típica. El duque de Brunswick da una cena en Coblenza y un invitado al pasear su mirada por los huéspedes le dice: «Monseñor, sois el único extranjero.»

Hay otra acusación que se hace a los emigrados. Si eran tan monárquicos como dicen, ¿por qué dejaron solo al rey rodeado de enemigos contribuyendo, al amenazar al Estado desde fuera, a hacer más peligrosa la existencia de Luis XVI?

A ello contesta juiciosamente el historiador Diesbach, que en todo caso el responsable de ese hecho es el mismo rey que con sus cambios de política, desde la testarudez a la entrega de poderes, desconcertaba a los nobles; mientras los animaba en secreto a emigrar, los desautorizaba públicamente unos días más tarde.

Él, personalmente, firma el pasaporte del conde de Artois y despide al príncipe de Condé, que había acudido a ofrecerle sus servicios al enterarse de la toma de la Bastilla.

Sale también, decíamos, la familia Polignac, la duquesa que va disfrazada de camarera y ha recibido una carta de despedida de la reina que parece prever el futuro: «Adiós, la más tierna de mis amigas, adiós! ¡Qué palabra más atroz! Sólo tengo la fuerza de abrazaros.»

Artois huye a caballo. Cuando pide prestado un coche a un viejo amigo, el marqués de Esqueville, éste se niega para no comprometerse porque ya, al mismo tiempo que el miedo, surge el egoísmo y la traición a los amigos. Otros en cambio se mantienen firmes, como el conde Esterhazy, que manda tropas en Valenciennes y protege a varios huidos hasta dejarlos a salvo en los Países Bajos que en esos momentos dependen de Austria.

Al llegar a Bruselas, el príncipe de Condé se encuentra con una vendedora ambulante que le ofrece encajes. «¿Encajes? —pregunta—. ¿Para qué si no

tengo camisas?» Efectivamente, su fuga fue tan precipitada que apenas se llevó ropa ni dinero.

Quizá esa vendedora ambulante es la única que ofrece algo, aunque sea a cambio de dinero, a los huidos porque el emperador José II, hermano de María Antonieta, no gusta de tener en sus territorios a unos refugiados tan incómodos; y al pueblo belga, por su parte, le encantaría repetir en cada ciudad la hazaña parisiense de la Bastilla.

Mientras tanto, la rueda de la Revolución va produciendo a cada vuelta nuevos voluntarios para emigrar. La noticia de la sesión del 4 de agosto en la que se votó la supresión de todos los privilegios de los nobles llegó al campo francés sin los frenos jurídicos que lo habían matizado. Desaparecían efectivamente los derechos que el señor recibía como jefe feudal de sus vasallos, pero los que tenía como propietario de tierras había que comprárselos a un precio determinado. Sutileza inútil. Para los campesinos la Asamblea había votado simplemente que la tierra era de quien la trabajaba y cualquier intento del antiguo señor de demostrar lo contrario resultaba una muestra de su deseo de mantener la época de las cadenas: «Acabemos con ellos si no ceden por las buenas.» En vano se quejan los desposeídos a las autoridades locales. Éstas, temerosas ante la reacción popular y dudosas de lo que de verdad quieren en París, juegan la carta más cómoda y prudente. Lo máximo que se les ocurre para proteger al antiguo señor amenazado por los antiguos vasallos es encerrarlo en la cárcel para que al menos allí esté físicamente a salvo de picas, palas y azadones.

Esas noticias, a las que se añaden las de la marcha a Versalles de las mujeres con la vergonzosa vuelta de la familia real a París, provocan una nueva ola de emigrados. Tiene interés el hecho de que por vez primera a los viejos y ampulosos nombres de gente como el mariscal de Castries, que viaja con su mujer y su amante, se unen dos hasta ahora desconocidos en los grandes anales aristocráticos. Son los primeros liberales desilusionados ante la diferencia encontrada entre lo soñado y la realidad. Efectivamente, se trata de los

diputados de ideas modernas Mounier y Lally-Tollendal los que abandonan el país porque, con palabras del segundo, «estaba por encima de mis fuerzas el soportar un día más el horror que me causaba esa sangre, esas cabezas, esa reina casi degollada... esas mujeres caníbales, ese grito de todos los obispos al farol», y estamos sólo a 30 de octubre de 1789...

Poco a poco esos primeros emigrados que no saben vivir sin una corte intentan rehacerla en el destierro. Por ejemplo en Turín, donde el rey Víctor Amadeo ha acogido al grupo de los Artois, entre otras cosas porque el conde de este nombre es su yerno. La experiencia del encuentro entre dos mundos no es un éxito. Los recién llegados encuentran a la nobleza local provinciana y cursi y ésta a los franceses engreídos y soberbios.

Sin embargo, el Piamonte es una buena base desde donde forjar el ejército que al grito de viva el rey reconquiste la patria perdida, y el conde de Artois es el primero de los nobles que busca conseguir esa tropa. Con gran asombro suyo, sin embargo, sus viajes y cartas a las distintas capitales europeas para encontrar apoyo moral y sobre todo económico no son coronados por el éxito fácil que él esperaba. Evidentemente los reyes de Europa —Borbones de España, Parma y Nápoles, el emperador José II de Austria, la zarina Catalina II de Rusia— están de acuerdo en tener como enemiga una revolución que puede perjudicarlos a todos, pero son prudentes antes de iniciar una aventura militar contra la todavía poderosa y temida Francia. Aparte de ello están notando en sus pueblos demasiada simpatía hacia aquellos rebeldes, con lo que cuanto más lejanos nos mantengamos de aquel avispero más cómodo será para todos.

Mientras tanto, en Francia continúa la furia antiaristocrática, en lo dramático con asesinatos de nobles, sobre todo rurales, y en lo simbólico con la abolición oficial de títulos. Los escudos son destruidos en los dinteles de los palacios y borrados en las portezuelas de los coches. (El conde Walsh manda pintar encima de su escudo de armas una ligera nube y

un mote tan irónico como optimista: «Esto pasará.»)

Entre los caídos en esa época figura un gentilhombre de Caen llamado Belsunce. El feroz crimen —fue despedazado por el pueblo después de muerto— servirá para crear en el pecho de su novia un hondo resentimiento hacia los extremistas de la Revolución, resentimiento que un día le llevará a matar por su mano al más caracterizado de ellos. La novia de Belsunce se llamaba Charlotte Corday.

Sucesos de ese tipo producían lógicamente una reacción entre muchos franceses que al principio habían apoyado a la Revolución, como los diputados antes recordados. Aprovechando que la provincia era en general más tradicional que París, los emigrados intentaron situar en una de ellas la capital provisional del reino de la que surgiera la reconquista de Francia. Esta ciudad podía ser Lyon, por ejemplo, que por su situación geográfica era fácil de apoyar rápidamente por tropas piamontesas del este y las españolas llegadas del sur, pero Luis XVI, siempre vacilante, se niega a aceptar el plan propuesto que implicaba su marcha a la ciudad elegida. Sin su aprobación ¿cómo va a funcionar un proyecto que se basa especialmente en la devolución del poder a la monarquía? Cuando los emigrados expliquen a los reyes europeos que no hay que hacer caso a lo que dice oficialmente Luis XVI porque está mediatizado por la Asamblea francesa, sus interlocutores pueden creerlo... o pensar que se trata de una maniobra para sustituirlo por cualquier príncipe de sangre. Por otra parte, el hecho de estar la familia real como rehén en París detiene la voluntad de muchos. «Si atacamos le matarían.»

Unos emigrados de postín se unen a los anteriores. Son dos viejas damas solteras, las tías de Luis XVI, que llevaban una vida retirada en su castillo de Bellevue, muy lejos de la imagen de frivolidad y derroche que, según la voz popular, acompañaba siempre a los miembros de la familia real. Lo que las obliga a partir no es la política sino la religión. Las leyes humanas pueden cambiar cuanto quieran, pero ellas no tomarán jamás la comunión de la mano de un cura que al

jurar la Constitución civil del clero, se ha convertido en sacrílego. Así solicitan marcharse a Roma, lo que provoca una gran agitación en los medios políticos. Por una vez, Luis XVI se muestra enérgico ante el alcalde de París que le pedía impidiera la salida de las ancianas: «Mostradme un decreto de la Asamblea que prohíba los viajes y les impediré partir. Si no, ellas tienen tanto derecho a salir del reino como cualquier ciudadano.»

El permiso concedido por la autoridad del Estado no fue aceptado por las municipales que, como ocurría a menudo entonces, tenían sus propios criterios sobre lo que se podía o no hacer. Las viajeras son detenidas varias veces en su trayecto al pasar por distintos pueblos y, en una ocasión, tienen que esperar en Arnaz-le-Duc a que la Asamblea ratifique el permiso. La polémica se acerca al ridículo y así lo destacará un diputado: «Europa entera se quedará muy asombrada cuando sepa que la Asamblea Nacional ha pasado cuatro horas deliberando sobre la salida de dos señoras que prefieren oír misa en Roma que en París.»

Por fin el permiso es concedido y las tías del rey llegan a Turín, donde les espera un recibimiento digno del nombre que llevan. Serán la personalidad más alta que pase la frontera en ese momento, pero no representará ningún vaticinio. Por mucho que esperen los emigrados no tendrán la alegría de ver entre ellos, para guiarles a la batalla, a su bienamado Luis XVI.

Y sin embargo estuvieron cerca de conseguirlo. La huida a Varennes estaba bien preparada en principio y el secreto se guardó tan fielmente, que la familia real llevaba ya un largo camino y nadie lo había notado en las Tullerías. Los detalles del viaje en cambio como dijimos eran de aficionados. La berlina en que viajaba la familia real era demasiado grande y por ello conspicua, aparte de lenta; sus ocupantes se asomaban demasiado a las ventanillas. Para arreglarlo más el rey había dejado tras de sí un manifiesto en el que recusaba todo lo aceptado por él desde 1789, cuando lo lógico es que hubiera esperado a estar a salvo allende la frontera para hacerlo público.

En cambio, el conde de Provenza —su hermano— saliendo de su palacio de Luxemburgo con su familia en dos coches distintos, llegaron sin problemas a los Países Bajos. Al encontrarse con el conde de Artois decidirán establecer el cuartel general del nuevo «ejército del rey» en la ciudad alemana de Coblenza, que desde entonces será el símbolo de la emigración, esperanza de los monárquicos y anatema para los republicanos.

El señor de Coblenza es el príncipe elector de Trevis Franz Georg Schönbron; gracias a la hospitalidad que muestra con los emigrados franceses pasará a la historia un oscuro regente de los muchos que se repartían el territorio que hoy es Alemania.

La corte de Coblenza —dicen los testigos— empieza por tener todos los defectos de la de Versalles que intentaba reproducir: lujo, derroche en el juego, pequeñas vanidades sobre el protocolo, maledicencia, envidias... los príncipes actúan oficialmente en nombre de Luis XVI, pero sus recepciones ya son reales, con un servicio impresionante. Sólo de ayudantes de campo había treinta para el conde de Provenza y otros tantos para el de Artois. También los guardias de corps del rey de Francia, licenciados en 1791, se reconstruyen en Coblenza con su orgullo de antes y contando, como hacen siempre los emigrados, los grandes bienes que han perdido en Francia al abandonarla, para mejor servir a la causa.

(Curiosamente cuanto más boato tiene el segundo Versalles, menos tiene el primero. En las Tullerías, efectivamente, la corte de Luis XVI se hace cada vez más sobria y sencilla, tanto por la mezquindad del gobierno, como por la precaución del rey para no dar motivos a críticas sobre gastos excesivos.)

Pero ¿no era la preparación militar la más urgente necesidad de la emigración? Al parecer no es así. Se derrocha el dinero para la corte, pero sólo los guardias de corps tienen sus necesidades de vestuario y armamento cubiertas. Los otros reclutas van sin uniforme y se entrenan con bastones a falta de fusiles; por otra parte el tipo humano que se presentaba era más bien

deprimente; gente llegada de todas partes de Europa al olor de una aventura o de un empleo fijo. La proporción de soldados franceses que habían seguido a sus oficiales al destierro era mínima, pero constituían el único meollo organizado de un ejército heterogéneo.

Mientras tanto, la Asamblea Constituyente ha tomado medidas contra los emigrados que sigan en el extranjero después de pasado un mes. Y el mismo rey les invita a hacerlo, declaración que naturalmente se interpreta en Coblenza como forzada por las circunstancias y por ello ignorada.

... Lo que hace proseguir la escalada de medidas revolucionarias. El 9 de noviembre de 1791 la Asamblea Nacional decreta que los franceses que no regresen a su país antes del 1.° de enero de 1792 serán condenados a muerte y sus bienes incautados.

Algo que tampoco moviliza más de prisa las tropas que se dice existen y están preparadas en Coblenza. Cuando un observador escéptico llamado Bengy pregunta dónde están esos soldados que él no ve, le aseguran que las tropas marchan sólo de noche para disimularse mejor. Si aparecen treinta hombres del emperador de Austria le anuncian que es sólo la vanguardia de un gran ejército. Y por fin, si insiste, le acusan de derrotista.

Por lo demás es cierto que la inactividad de los emigrados se debía a la falta de recursos económicos y a la prudencia de los monarcas europeos, que aun viendo cercano el momento de la intervención lo retrasaban lo más posible...

Afortunadamente para Condé y Artois fueron los diputados franceses los que, embriagados ante los éxitos interiores contra su rey, quisieron desafiar también a los del otro lado de la frontera. Brissot, jefe de los belicistas girondinos, propone incluso fingir un golpe de mano austríaco con franceses disfrazados de ulanos para provocar la reacción del país que así apoyará la guerra. (Ciento cuarenta y siete años más tarde, Hitler usará esa misma idea como pretexto para atacar a Polonia.)

Y efectivamente, el 20 de abril se declara la guerra

a Austria con la doble contradicción que lo haga oficialmente un monarca que además es el tío del emperador de Austria, que ahora se llama Francisco II.

La declaración de guerra provoca en Francia mayor recelo contra quienes podrían simpatizar por su procedencia militar, con el ejército de los príncipes y ello a su vez, la emigración de otro grupo de oficiales que hasta entonces habían intentado conciliar la tradición con el progreso y que ahora se ven desbordados por unas masas a las que, como dice otro liberal desengañado, Mallet du Pau, «se les permite hacer contra un semejante con fama de aristócrata todo lo que sería criminal si se tratara de un patriota».

Así aparece de golpe en Coblenza, rodeado de su Estado Mayor, el militar más conspicuo del cambio: el general La Fayette, que con gran asombro, en lugar del agradecimiento por haberse pasado ahora, encuentra la indignación por haber colaborado antes con la Revolución y es encerrado en la prisión austríaca de Olmütz. Sin tanto rigor otros jefes y oficiales se darán cuenta que en Coblenza se mantiene un estricto calendario de la emigración, y que cada mes que pasa reduce la categoría moral del que ha dudado tanto tiempo sobre dónde estaba su puesto de combate.

Por lo demás los emigrados están exultantes; ahora tienen hombres y sobre todo tienen detrás oficialmente a Prusia y Austria como aliados. Y las primeras escaramuzas parecen darles la razón; las tropas francesas huyen a la desbandada, y en un reflejo típico de la época asesinan a su general Dillon que, lógicamente, siendo militar antiguo, *ha tenido* que traicionarles.

La campaña en serio empieza en julio de 1792. El duque de Brunswick es el general en jefe del ejército austríaco, al que ya se ha unido el prusiano, más los soldados que obedecen a los príncipes mandados por Broglie; éstos aspiran a ir en la vanguardia y poder así formar un gobierno provisional en la primera ciudad francesa importante que se tome. (Con ello se conjurará además el peligro de que pase a ser austríaca o prusiana por derecho de conquista.)

Sus esperanzas no se apoyaban sobre realidades de-

masiado fundadas. La moral es alta, pero la logística y la preparación dejan que desear. Un observador irónico hará observar a Broglie que a su ejército sólo le faltan dos cosas: «cañones y disciplina», lo que, evidentemente, no es poca carencia.

El primer error psicológico de la campaña que empieza es el manifiesto del duque de Brunswick que amenaza pasar a los parisienses a cuchillo caso de que le hagan el más mínimo daño a la familia real. Es el manifiesto de un jefe de ejército extranjero, no el de un francés que quiere cambiar la política de su país, y los franceses reaccionan proclamando la patria en peligro, aterrando con sus matanzas a la posible «quinta columna» local y mandando a todos los hombres disponibles a la guerra mientras las mujeres ocupan sus puestos en las industrias y cosen para ellos:

Cosamos, hilemos, trabajemos
he aquí la ropa de nuestra fábrica
para el invierno que viene;
soldados de la República,
no os faltará de nada...

Al principio la ofensiva triunfa y las ciudades van cayendo en pocos días; así Longwy, Verdún, Thionville (cuyo sitio les hace perder un tiempo precioso en su avance hacia París), pero otra ilusión típica de los desterrados, se desvanece cuando comprueban que la población de la tierra ocupada no se entusiasma ante la presencia de los «liberadores» del yugo revolucionario; especialmente los campesinos se resisten a entregar sus cosechas, aunque los oficiales franceses emigrados lo llamen «empréstitos forzosos» y no «requisiciones».

El escritor W. Goethe, que va con el ejército invasor como el más ilustre de los «corresponsales de guerra», anota en su campaña de Francia:

«Prusianos, austríacos y una parte de franceses venían ahora a realizar actos bélicos en el territorio de Francia. ¿En virtud de qué poder lo hacían? Podrían hacerlo en nombre propio, pues los republicanos ha-

bían declarado la guerra a alguno de ellos y no era ningún secreto su alianza, pero, además, habían inventado un pretexto. Invadían Francia en nombre de Luis XVI; no hacían requisiciones, pero obligaban a darles las cosas en préstamo. Habían impreso unos bonos firmados por el comandante, pero quien los tenía en sus manos los llenaba a su voluntad según lo que encontrara. Luis XVI era quien había de pagar. Quizá ninguna cosa, después del manifiesto, excitó al pueblo contra la realeza como este proceder.»

En París reaccionan con entusiasmo patriótico ante la declaración de la «patria en peligro» y la ratificación revolucionaria.

«Hace falta que la Convención declare a los franceses, a Europa, al universo que ella es un cuerpo revolucionario» (Danton, 28 de mayo de 1793).

Y las desventuras bélicas despertaron mayor intransigencia:

«¡La paz, trueno de Dios! ¡No debemos hacerla hasta que todos los bandidos coronados nos la pidan de rodillas!» (Hébert, *Le Père Duchesne*, núm. 337.)

Así se llega a la batalla de Valmy, que en principio no causó demasiadas víctimas, siendo mantenida casi en su totalidad por la artillería de los dos bandos, pero cuya fama se basa en la sorpresa que produjo en toda Europa que una «horda» de revolucionarios se opusiese victoriosamente a ejércitos tan organizados como el austríaco y el prusiano, y a oficiales tan distinguidos como los que mandaban a los emigrados. El buen observador que era Goethe reflejó la misma noche del encuentro toda la importancia de este choque con palabras que se han hecho famosas: «En este lugar y en este día nace una época nueva en la historia del mundo y uno podrá decir: Yo estuve allí.»

Pero los que allí estuvieron de su lado tienen que iniciar ahora la retirada por un país más hostil al verlos regresar vencidos.

Hostilidad que se extenderá a los estados que les dieron cobijo y que ahora, al ver llegar a sus alcances a los revolucionarios franceses, los acusan, como en Bélgica, de poner en peligro la casa que los alberga.

Y, como se temían, los franceses entran en Bruselas mientras la archiduquesa gobernadora tiene que huir de su capital.

La derrota de Jemmapes da el golpe de gracia. Los prusianos y los austríacos deciden cesar en su apoyo a una causa que no les causa más que problemas políticos, militares y económicos; el «ejército de los príncipes», tan seguro de la victoria hace apenas algunas semanas, se debate ahora en la desesperación y la ruina.

La primera los agobia en Coblenza, la otra los despoja en Francia, donde los dominios que les quedaban son vendidos en subastas o entregados a los políticos triunfadores de ahora. Sus parientes, amigos o simplemente vecinos, son sólo «por ello» sospechosos y encarcelados en gran número. Se busca afanosamente pasaportes para huir, pagando lo que se pida en dinero o en entrega sexual como comprobaron algunas damas de alcurnia que intentaban huir. A menudo esos pasaportes sólo sirven para una barrera de las muchas que hay en París y toda Francia, porque cada pueblo tiene su comité particular con vigilantes suspicaces. El poeta italiano Alfieri cuenta en sus memorias que tuvo que enseñar sus papeles ¡cuarenta veces!, hasta lograr salir del país.

Porque los enemigos de fuera han despertado nueva saña contra los enemigos de dentro, para los cuales cualquiera severidad resulta poca.

«En el estado de guerra en que nos encontramos sólo el pueblo, el pueblo bajo tan despreciado y tan poco despreciable es quien puede imponerse a los enemigos de la Revolución, mantenerlos en su deber, forzarlos al silencio, reducirlos a ese estado de terror saludable e indispensable para consumar la gran obra de la Revolución» (Marat, *L'Ami du Peuple*, 13-VI-1790).

Las jornadas del 10 de agosto y las matanzas de setiembre han impulsado otra ola de emigrados. Entre ellos está nada menos que Talleyrand, aquel que, como obispo de Autun, consagró a los obispos cismáticos. Incluso para ese destructor de la tradición eclesiástica lo que está ocurriendo es demasiado y se exilia (eso sí, con un pasaporte gubernamental) a Inglaterra,

porque con su historial no hubiera sido amable la recepción de los emigrados de Coblenza. Tampoco los de París le quieren. A los tres meses será puesto en la lista fatal de emigrados por el mismo gobierno que le dio el documento salvador.

Otros ganan en el último momento lo que estuvieron a punto de perder definitivamente: la vida. Como el conde de Puysegur, que como ex ministro del rey vivía escondido en una buhardilla hasta que se arriesgó a viajar hasta Boulogne sin papeles. Detenido en la calle y llevado a la alcaldía reconoce a un funcionario que había tenido a sus órdenes en el Ministerio, y que le insulta sonoramente ante sus compañeros para decirle luego en voz baja: «Señor Puysegur, os conozco y debo mucho a vuestras bondades; fingid enseñarme un pasaporte.» El fugitivo saca de su cartera un papel cualquiera y se lo muestra; el otro lo examina larga y cuidadosamente y se lo devuelve diciéndole en tono seco y hostil: «Podéis iros, estáis libre; habéis tenido suerte de tener los documentos en regla.» El conde no se lo hace repetir y corre a embarcarse en un navío rumbo a Inglaterra. Resulta doblemente afortunado porque ese barco fue el último que salió hacia aquel país; la República Francesa había declarado la guerra a Jorge III. Con esa medida diplomática se cerraba otra puerta para los que intentaban emigrar. Rodeada de enemigos, la Convención impedía a los que intentaban abandonar la nación que tuvieran por donde hacerlo, aparte de la siempre neutral Suiza, cuyos accesos estaban estrechamente vigilados.

Otros aristócratas acuden a la clásica fórmula de disfrazarse para evitar ser reconocidos en su huida. Así Narbonne, también ex ministro, tras proveerse de documentos falsos se viste de carretero y pasa barrera tras barrera transportando un gran tonel de agua. La duquesa de Maille desembarca en Inglaterra vestida de marinero y la marquesa de la Suze lo hace de camarera. Unos pagan sumas exorbitantes para ser trasladados y otros lo consiguen amenazando con sus pistolas a una marinería que ha decidido robarle en lugar de transportarle. Theodore de Lameth, amigo íntimo de

Teresa Cabarrús cuando ésta era marquesa de Fontenay, usó de ambos medios; al subir al barco entre un grupo de mujeres que, compadecidas, le habían servido de biombo humano ocultándole a los guardias del puerto, se encuentra en cubierta con un marinero que le mira hostilmente. Yameth levanta sus dos manos; en una está el dinero, en la otra una pistola. El marinero elige lo más práctico y Lameth llega sano y salvo a Dover.

En parecidas circunstancias el conde Béthune-Charost tendrá peor suerte. La tripulación rechaza su oro y quiere devolverle a Francia; el aristócrata dispara hiriendo a uno y acosado por los demás intenta suicidarse con la misma pistola sin conseguirlo y se arroja al agua. Lo salvan, pero es para mandarlo a París y a la guillotina.

Los que habían huido mucho antes y se sentían afortunados por ello... están ahora huyendo de nuevo perseguidos por un ejército francés que va de victoria en victoria. Abandonando Bélgica, los emigrados llegan a Holanda y allí los alcanza el general Miranda, el venezolano puesto al servicio de la República para sitiarlos junto a los habitantes de la plaza de Maestricht.

Los emigrados colaboran eficazmente en la defensa de la ciudad, que finalmente es liberada por un ejército austríaco. Los que soñaban con invadir Francia se sienten contentos al no haber caído prisioneros de ella.

Lo que sí ocurre unos meses después en Amsterdam, donde la población nativa, especialmente la femenina, al parecer no tiene nada que envidiar a las *tricoteuses* de París. Los gritos de «¡ahí va la carne de guillotina! ¿Qué cara pondréis en la ventanilla?» se suceden ante las elegantes damas que han sido sorprendidas en la ciudad y ahora son botín de guerra. Afortunadamente un comisario llamado con el desgraciado nombre de Cochon, los salvará así como a sus maridos cuando ya estaban preparándose para subir a la guillotina, sentenciados por el delito de ser emigrados.

Según los testimonios de muchos el lugar donde los emigrados se sintieron más seguros —protegidos por la flota británica— y más cómodos —la tolerancia

inglesa— fue en Londres. Incluso la diferencia de temperatura política que en Coblenza ocasionó graves disputas se redujo en la capital británica a una separación física de los distintos grupos. Así los Talleyrand, madame Staël, Lameth que colaboraron con la Revolución, hacen su vida particular sin molestar a los «puros» con su presencia ni ser molestados por ellos.

El 1.° de marzo de 1793, la Convención dicta la pena de muerte para cierta categoría de emigrados. Madame de Charry, divorciada del marqués del mismo nombre, comete el error de volver tras permanecer en Bruselas de diciembre de 1792 a marzo de 1793, cuando acababa de expirar el plazo dado por el decreto para que justificase su abandono del país a las personas que volvían a la República.

Al enterarse de esos hechos se refugia en los brazos del diputado jacobino Oselin, como hizo Teresa Cabarrús con Tallien. Si ésta había abandonado el título de marquesa de Fontenay para volver a llamarse Cabarrús, madame de Charry con la misma intención de borrar un pasado aristocrático pasó a llamarse madame Petit, como si simbólicamente quisiera reducir su presencia a lo más mínimo para no ser hallada.

Sin embargo, su deseo de huir del país la venderá. Conoce a Danton y le pide un aval para conseguir el pasaporte que le permita la huida. El Comité Revolucionario de la sección «Mucius Scévola», que antes se llamaba del Luxemburgo y que, muy a la moda del tiempo, había decidido adoptar el nombre del famoso héroe romano, recela de esa presentación firmada por alguien ya sospechoso a los robespierristas y decide efectuar un registro en su casa. Allí los celosos vigilantes se encuentran a Oselin que, aterrado ante la idea de que le acusen de complicidad, no sólo se separa de ella sino que llega a denunciarla. Robespierre, que conocía a esa clase de gente, pagó su traición arrestándole también. Su entrada en la Conciergerie produjo el asombro y la alegría de los presos de derechas, complacidos al ver a un enemigo político compartiendo la misma suerte, y el hecho de que presumiera de ropa de cama fina que le habían permitido llevar a la

cárcel, ayudaba a la burla de sus compañeros de prisión, burla que aumentó al darse cuenta de que sus esfuerzos para salir fracasaban por la severidad de las medidas cautelares que él mismo, como diputado que formaba parte del Comité de Seguridad General, había hecho adoptar.

En cuanto a su compañera la desesperación ante la condena que temía la forzaba a buscar métodos para escapar de la guillotina. Uno, el más drástico, era el que algunos compañeros llevaban siempre encima: las píldoras de la libertad o «el pan de los proscritos», es decir, venenos que si no salvaban de la muerte al menos ahorraban la vergüenza y la agonía de ir hacia el patíbulo. Por ello se agenció algo de opio que llevaba escondido en los botones de su vestido, pero un compañero de infortunio le aconsejó otra medida menos grave: quedarse encinta, fórmula que evitaba la ejecución. Por ello, Oselin recibió asombrado los halagos de quien creía lógicamente indignada por su traición sin saber cuál era el objetivo que se proponía su antigua amante. Del diputado ella sólo quería un hijo que le salvara aunque fuera temporalmente del cadalso. Después... ya se verá.

El juicio fue dramático. No sólo fue atacada por Oselin sino por el hermano de ése e incluso por la criada que había creído siempre fiel.

Afortunadamente, los médicos creyeron en su embarazo y la llevaron a la Salpetrière. Allí cometió otro error basado igualmente en la confianza a personas que no la merecían. Contó a una compañera que no esperaba ningún hijo y la noticia llegó rápidamente a la dirección de la cárcel. Nuevo examen médico, esta vez más profundo. Efectivamente, no estaba encinta; podía ser guillotinada y en aquella cárcel, sólo de mujeres, no podía siquiera intentar de nuevo el mismo procedimiento para librarse.

Cayó el 2 de abril de 1794, en primavera, cuando las cabezas caen como *ardoises*, como decía el, a veces, poeta macabro Fouquier-Tinville.

El fin del Terror debería haber sido también el de la emigración, pero mientras dure la guerra ello es

imposible. Sí nace en cambio de nuevo una correspondencia, mediante la cual los de fuera preguntan ávidamente y los de dentro satisfacen su curiosidad, casi siempre con malas noticias sobre el estado de sus antiguas propiedades y las brechas que la guillotina o el trato sufrido en las cárceles ha abierto en la familia. Hubo, como siempre, casos de fidelidad tenaz; el criado que compró la propiedad subastada de su antiguo amo para devolvérsela después, la esposa que se divorció sólo para salvar la fortuna de su marido, que queda en sus manos porque el «traidor» se lo merecía, y casos totalmente contrarios con familiares y servidores aprovechándose de la desgracia del dueño de la casa para quedarse con todo.

Luego... a medida que la política cambia y las aguas se calman van volviendo muchos. Las leyes siguen condenándolos, pero las autoridades aceptan amablemente los documentos que prueban, más o menos, que, aun queriendo, no pudieron regresar antes. La llegada de Napoleón al poder no los favorece como ellos imaginaban; hijo de la Revolución el general Bonaparte siente un cierto desprecio por esa gente cortesana y tratará con cierto despego incluso a La Fayette cuando vuelve a su patria. Sólo en 1802 el entonces primer cónsul dictará una amnistía general para los emigrados con pocas excepciones. Únicamente entonces terminó la aventura de unos hombres que lucharon a veces con torpeza por unos ideales que creían sacrosantos; unos ideales que los obligaban desdichamente a apoyarse en austríacos y prusianos para combatir a sus hermanos franceses, algo que éstos difícilmente les perdonaron.

LA VIDA DE LAS CÁRCELES

Eran siete mil quinientos los que llenaban las prisiones en el otoño e invierno de 1793 y primavera de 1794. Siete mil quinientos entre los que había de todos los géneros, de todas las tendencias. Los aristócratas y los obispos de las primeras hornadas que no habían subido al cadalso se encontraban en la misma celda con los que habían hecho lo posible para encerrarlos, como los girondinos o los jacobinos «indulgentes», antes tan feroces como los extremistas de ahora.

La vida tan cerca de la muerte era según todos los testigos que pudieron contarlo, extrañamente frívola; André Chènier, el poeta que compuso un himno a la Libertad al empezar la Revolución, y que acabará siendo su víctima, hace un retrato en verso de aquella situación:

Se vive, se vive, infame.
Hay que serlo.
El infame después de todo come y duerme.
Aquí en este parque donde la muerte nos coloca,
donde el hacha nos sortea,
se escriben bellos poemas, se
engaña a maridos y a amantes,
coqueterías, intrigas de bobos;
se canta, se juega, se gastan bromas,
se inventan canciones y frases agudas,
se juega efectivamente y
a los más asombrosos juegos.

La relación entre los sexos era efectivamente intensa porque se buscaba apurar los últimos momentos de la vida; cualquier rincón oscuro —y en las galerías sombrías había muchos— servía para los abrazos apasionados y los largos vestidos femeninos ayudaban a un disimulo que, por otra parte, era respetado por los demás reclusos. Ni siquiera el paso de unos condenados a muerte bastaba a enfriarles; por el contrario, apenas alejados, se entregaban con más ansia a las caricias.

... incluso los que de verdad sabían que aquéllos eran sus últimos minutos. Un preso que sobrevivió a la tragedia, Bengnot, cuenta de una pareja enamorada; ella, dama elegante, él, militar, se vieron condenados el mismo día. De acuerdo con el reglamento fueron separados al llegar la noche; ella consiguió a fuerza de llantos que se la dejara compartir con su amante. Sólo el momento de subir a la carreta pudo desenlazar sus brazos.

La pasión sexual era tan fuerte que llegó a derribar las barreras sociales que todos aquellos «ex» conservaban cuidadosamente en la cárcel donde el protocolo y el uso de títulos eran de rigor. Así la marquesa de Pons sorprendió (y se sorprendió) al ver a un tendero llamado Cortey enviando besos con los dedos en la boca a la princesa de Mónaco.

«Hace falta ser mal educado para tener esas familiaridades con una persona de esa categoría —se irritó la marquesa. Y luego reflexionó—: No es raro que os quieran guillotinar con nosotros ya que nos tratáis de igual a igual.»

Y efectivamente Cortey «tuvo el honor» de subir al cadalso a los tres días rodeado de aristócratas.

Había quien mantenía en voz alta hasta el final sus opiniones monárquicas, sin importarle las consecuencias. Un testigo contemporáneo cita a un ex húsar llamado Gossenay que se pasaba el día entre canciones alegres y declaraciones políticas que no gustaban nada a sus carceleros. Le advirtieron que tenía fuera amigos bien situados y que si se mostraba prudente quizá podría salvar la vida, pero no hizo el menor caso.

Cuando le entregaron la copia del acta de acusación la arrugó, la acercó a una vela y encendió con ella su pipa. Al llegar el momento de comparecer ante el tribunal pidió ostras y vino blanco que consumió alegremente, y se presentó ante los jueces sólo para decirles que todo lo que decían de él era cierto y que prohibía a su abogado que le defendiese. En el momento de subir a la fatal carreta quiso beber un vaso de kisch con un carcelero que le había sido simpático y luego, ante el cadalso, miró desdeñosamente a la masa que le insultaba y dijo: «¡Finalmente! ¡Ya estoy donde quería!» Y subió con pie firme la breve escalera de la muerte.

Otro condenado tuvo un final original. Aconsejó a su esposa que se casase prontamente para rehacer su vida e incluso le precisó el nombre del amigo de ambos que creía el más indicado. No se sabe si hubo coincidencia en los gustos de ambos o se trató sólo de mostrarse obediente al último deseo de un hombre, pero el caso fue que la viuda se casó a los cuatro meses con el designado.

Si en la cárcel hay pasión para los que se despiden de esta vida también hay, lógicamente, devoción para los que se preparan para la otra. Al estar la religión oficialmente prohibida, especialmente la que ejercen los sacerdotes no juramentados y que son los únicos que aceptan los prisioneros, los ritos y ceremonias deben llevarse en el más estricto de los secretos. El abate Emery tenía el permiso de ver todos los días a un ex sacerdote, Montagul, que aprovechaba la entrevista para entregarles a escondidas de los vigilantes una cajita de metal llena de hostias consagradas a cambio de otra vacía.

Con el sacramento entre las ropas, el abate Emery, acompañado de otros sacerdotes presos, procuraban pasar la última noche con los condenados a muerte confesándolos y dándoles la comunión.

Cuando el Terror se intensificó precipitando los trámites y no hubo esa noche de intervalo entre la sentencia y la ejecución, el abate conseguía hacer llegar a los sentenciados el mensaje de que en un sitio de-

terminado del itinerario fatal había un sacerdote disfrazado que les daría la absolución. Se cuenta que eso lo había hecho ya incluso con la reina María Antonieta, a la que le hizo llegar primero una nota advirtiéndoselo y luego a la hora indicada pronunciando las palabras sacras a través de la puerta cerrada.

El pastor tuvo más suerte que sus ovejas. La segura guillotina se retrasó tanto que llegó antes el 9 Thermidor y su libertad muriendo, asombrosamente en un hombre que tanto había arriesgado, a los casi ochenta años.

Esta gente que está esperando continuamente el juicio que en la mayoría de los casos significa la muerte, juega precisamente a eso, a mimarlo, a escenificarlo. Y así se reúnen con serias expresiones interpretando cada uno su papel: juez, fiscal, defensor y reo.

El acusado se colocaba de pie frente a las camas donde estaban los jurados y oía los cargos del fiscal. Tras ser condenado —claro— se tendía sobre la cama que remedaba la báscula y recibía simbólicamente la cuchilla de la guillotina. Después de lo cual todos cogían al fiscal y le juzgaban condenándole a su vez. La diferencia era que éste volvía luego ataviado de blanco como un fantasma para hablar del infierno donde lógicamente había ido.

Por la noche, cada noche, sin embargo, los presos dejaban de sonreír, de charlar, de coquetear... porque cada noche aparecía en la puerta de la cárcel el funcionario con la lista de los presos que al día siguiente irían al cadalso. Era la lotería de la Santa Guillotina como anunciaban a gritos al día siguiente los muchachos en la calle, la serie de nombres de los que tendrían que despedirse de parientes y amigos.

La reacción de los condenados era generalmente serena. De acuerdo con una frase muy repetida en la época, quienes no habían sabido vivir de acuerdo con su nobleza, es decir, los que habían malgastado en frivolidades el nombre que les habían legado sus heroicos antepasados, salían y aceptaban el veredicto con seguridad y aplomo para dar una lección a sus asesinos. El duque Lanzain, por ejemplo, durmió tran-

quilamente la víspera de su ejecución, y al despertarse pidió una docena de ostras y una botella de vino blanco que consumía cuando llegó el verdugo. Pidió permiso para terminarlo y le ofreció una copa al ejecutor: «Tómatela. Con el oficio que tienes debes de necesitarla.» Al acabar su último almuerzo subió con paso firme a la carreta y luego al patíbulo.

Por nobleza de sangre o nobleza de vida cayeron muchos dignamente. En cambio cuando alguien no tenía ninguna de las dos posibilidades, el resultado fue la poco elegante lucha de una mujer llamada Juana Vaubernier que se debatió hasta el último momento suplicando: «No, no, todavía no. ¡Dejadme la vida! ¡Esperad, señor verdugo! ¡Salvadme, socorro!» Se llamaba de verdad Juana Vaubernier, pero la historia la conoce como condesa de Du Barry, amante de Luis XV.

El lugar donde se inscribían los nuevos detenidos era el mismo en el que se despedía a los que partían para la guillotina, una especie de antesala inmediatamente después de la puerta. «El día de mi entrada —cuenta un testigo— dos hombres esperaban la llegada del verdugo. Les habían quitado sus casacas y tenían ya los cabellos esparcidos y el cuello abierto, es decir, preparado para la hoja de la guillotina. No había alteración en sus facciones y, voluntaria o involuntariamente, mantenían las manos en la postura en la que iban a ser atadas y ensayaban actitudes orgullosas y desdeñosas. Unos colchones extendidos sobre el pavimento indicaban que habían pasado allí la noche, que habían ya sufrido el largo suplicio de la noche. Se veía a su lado restos de la última comida consumida; sus trajes estaban tirados aquí y allí... las velas que habían olvidado apagar rechazaban el día para que esa escena se iluminase sólo con una luz fúnebre.»

De vez en cuando un funcionario mostraba compasión y cariño para sus presos a su cargo. Así Bouchard y su mujer, cuando los asesinos de setiembre se dirigían a Sainte Pelagie, prisión de la que eran porteros, avisaron a los reclusos para que huyeran mientras ellos se ataban fuertemente uno a otro. Cuando el grupo de asesinos llegó a su cuarto tras derribar las

puertas les gritaron que habían sido víctimas de un motín de los prisioneros. Salieron bien de ésta, pero poco después ingresaban ellos mismos en la cárcel. Los salvó el 9 Thermidor.

Las formas de comunicarse con los de afuera eran varias e ingeniosas. Se usaron perros amaestrados para llevar mensajes hasta que el truco fue descubierto y los perros muertos. Igual terminó el de una señora llamada Goscol que había enseñado a su animal a ladrar en cuanto viese a un individuo vestido de guardia nacional para darle tiempo a esconderse.

TRES ESPAÑOLES ESPERAN LA MUERTE

En un momento determinado y bajo la Francia del terror tres españoles estaban en las cárceles de París esperando, como todos los demás presos, la muerte en la guillotina; tres compatriotas nuestros llegados a la cita última por distintos y asombrosos caminos.

El de la aspiración social en un caso, el del resentimiento social en el segundo, el de la admiración por el cambio social en el tercero.

En primer lugar, por mujer y por haber sido, cronológicamente, la primera en llegar, estaba Teresa Cabarrús, la hija de un hombre hecho a sí mismo que había llegado a conde de su apellido y director del Banco de San Carlos en Madrid.

Teresa Cabarrús, enviada a París para obtener la educación francesa que pedía la recién adquirida posición social de su padre, se había casado con el marqués de Fontenay. La Revolución provocó la huida del matrimonio de París a Burdeos y la posterior marcha del marido a América tras el divorcio. Teresa, sola en Burdeos y sospechosa por su título, se había salvado uniendo su suerte sentimental al comisario Tallien, enviado por el Comité de Salud Pública parisiense para imponer el orden terrorista en la Gironda. Su presencia ahora en la cárcel no era debida a la aristócrata que fue sino a la compañera que era de un hombre que, aunque del mismo partido, figuraba entre los enemigos de Robespierre, el amo de Francia en 1793.

Esta relación amorosa es la razón auténtica, pero el pretexto inmediato es que, desde su unión de la española con Tallien, la guillotina de Burdeos había dejado de funcionar a la velocidad que requería un nido de girondinos federalistas, lo que se atribuía en la ciudad al influjo benéfico de la española que por ello era llamada «Notre Dame du Bon Secours» (mayo de 1793, el último mes que pasó Teresa en Burdeos con Tallien, fue el único mes en que no hubo ejecuciones). En los tiempos del Terror alguien capaz de obtener este título benéfico es un peligroso contrarrevolucionario. Si deteniéndola se consigue además tener un rehén contra el sospechoso Tallien, miel sobre hojuelas. Y así está ahora Teresa en un rincón de la prisión de la Force, preguntándose quién la impulsaría a acudir a Francia dejando su acogedora casa de Madrid. Lo único que la consuela es la serie de compañeras con las que comparte esperanzas y angustias; esperanzas de que Robespierre caiga y angustias de que ello suceda después que su cabeza haya rodado como tantas que lo hacen diariamente. Su mejor amiga en la cárcel es una criolla de la Martinica a la que la Revolución ha dejado ya viuda, Rosa Tascher de la Pagerie; su esposo se llamaba Beauharnais. A ella comenta Teresa las posibilidades que les quedan porque, al contrario de Rosa, ella cuenta con innumerables amigos en el exterior de la cárcel, amigos que no son aristócratas, que pueden jugar todavía un papel importante en la política y que cuentan con capacidad de maniobra para acabar con el tirano Robespierre. El primero de todos ellos es quien fue su amante en Burdeos, Tallien. Es jacobino, del mismo partido que Robespierre, pero pertenece al grupo que quiere acabar con su dictadura personal y con ello con el Terror. Ahora que su amada está en la cárcel amenazada de muerte tiene mayores motivos para luchar por su causa y con él están muchos diputados que, aunque igualmente devotos de la izquierda, han decidido unir sus esfuerzos para acabar con *el Incorruptible*, como le llaman sus fieles seguidores.

En la cárcel de Santa Pelagia hay otro español; se

llama Andrés María de Guzmán, oficial de caballería, de familia aristócrata. Era lo que Cadalso llamó «oficial a la violeta», es decir, elegante, culto, moderno, lector de Voltaire, enemigo de la Inquisición y en fin, afrancesado, tendencia que en su caso él reforzaba por el hecho de haber estudiado en colegio militar y tener sangre gala.

Este oficial tuvo en España un problema grave con la justicia, problema que él atribuye a la envidia que despertaba su saber y su posición social y renunciando al ejército dejó también su país. Pero no lo hacía frívolamente, ni se trataba de un salto en el vacío. No dejaba un puesto seguro para una aventura, ya que esperaba entrar en posesión de la fabulosa herencia de un abuelo que le esperaba en Brabante. Se unía el desencanto de la tierra que le había visto nacer y el ansia de acercarse a la que por afición adoraba, Francia. Si ya era afrancesado por dentro ¿por qué no había de serlo también oficialmente? Además, para pleitear en territorio galo era conveniente luchar con las mismas armas de sus rivales.

Guzmán se hace francés, pleitea y pierde. Y no será porque no emplee esfuerzo y dinero, ambos reflejados en los folletos que imprime a su costa para defender sus derechos a la herencia de los T'Serclaes y los Baçq. El impreso, que apareció en 1783, tuvo una tirada de veinte mil ejemplares. Eso cuesta mucho dinero, y dado que al padre no le había parecido bien que dejara el ejército y se hiciera francés, había que convencer al amigo —en este caso a un notario de Lyon— que le prestara unas cantidades que forzosamente iba a recobrar con pingües intereses.

Pues resultó que no. Resultó que los enemigos tuvieron más maña, si no más razón, y el Consejo de Brabante decidió que el príncipe de Robecq, detentor de las propiedades en litigio, era el legítimo dueño.

Decepción de Guzmán que había dedicado diez años de su vida a esa batalla legal. Una decepción que le lleva a un razonamiento tan «lógico» como incongruente. A él le habían robado despojándole de sus derechos; luego, no había justicia ni ley; luego tenían razón los re-

volucionarios que se agitaban diciendo que era hora de cambiar el sistema imperante. Y así, con la misma energía con que se precipitó al pleito, Guzmán se lanzará a la política subversiva. Era español y se había hecho francés, era aristócrata y se convierte en revolucionario.

Muy pronto estará en todas las manifestaciones de París. Y siempre a favor de los más exaltados porque un español no acostumbra a hacer las cosas a medias. Por ello, en la pugna que se establece entre los revolucionarios se pondrá al lado de los más extremistas, los jacobinos, también llamados los de la Montaña por el lugar que ocupan en la convención, y contra los girondinos, que fueron los primeros en empezar el combate por la libertad, pero que ahora intentan detener el excesivo celo de los Robespierre, Marat y Danton y el centralismo de París apoyándose en las provincias, especialmente en la Gironda de donde sacan su nombre. Guzmán agitará contra sus diputados a las masas de los barrios bajos llevándolas incluso a sitiar la Convención, para presionar a sus miembros a fin de que voten la prisión de esos girondinos. En las agitadas jornadas del 1 de junio de 1793, Guzmán alcanzará incluso un mote revolucionario, Guzmán *toc-de-Tocsin* (toque de alarma), por las campanas que hizo repicar para reunir a los vecinos del suburbio y llevarlos al asedio de la Convención, hasta conseguir el triunfo. Los girondinos fueron destituidos de sus cargos en la Asamblea y encerrados en la cárcel, de donde saldrán pronto para la guillotina. Él, en cambio, está entre los vencedores y debería ser objeto de elogios y nombramientos... y sin embargo también está en la cárcel. ¿Cómo es posible? Sencillamente porque en la difícil y arriesgada política del tiempo, nuestro español ha elegido entre los jacobinos el bando de Danton y Desmoulins, los hombres que creen llegada la hora de detener el baño de sangre del terror y por eso son llamados los «indulgentes». Un grupo cuya sola presencia irrita a Robespierre al que además no dejan de atacar, abierta y sinuosamente, con peticiones de piedad en la Asamblea o en artículos intencionados. Y cuando Robespierre lance su ataque mortal contra esos colegas revo-

lucionarios que se atreven a desafiar su autoridad y sus métodos, aprovechará la acusación para meter en el mismo cesto (y ésta es una metáfora aquí desgraciadamente cercana a la realidad) a ese español que ha venido a inmiscuirse en los asuntos franceses, a ese aristócrata que por serlo nunca pasará de falso revolucionario.

Por eso Guzmán está en Santa Pelagia preguntándose qué irracional impulso le obligó a abandonar la patria y el puesto social en que había nacido para servir a una causa y a un país que tan mal se lo agradecía.

El tercer español condenado se llama José Marchena, más conocido en la historia por el abate Marchena, aunque sus estudios eclesiásticos los abandonará antes de alcanzar ese título. Y los abandonó porque no casaban con su orientación ideológica que, desde el campo literario, le llevaba igual que el caso de Guzmán al afrancesamiento total, un afrancesamiento que le hizo no sólo hablar sino escribir más o menos veladamente contra el despotismo político representado por Carlos IV y el religioso simbolizado por la Inquisición en un periódico llamado *El Observador*. Huyendo del país que le vio nacer antes de que el Santo Oficio le detuviera, Marchena se incorporó totalmente al movimiento revolucionario en el suroeste de Francia, escribiendo incluso folletos dirigidos a los españoles para que aceptasen la doctrina francesa rebelándose contra su rey y su Iglesia.

Su ideología de izquierdas, pero no demagogia (era, como los otros dos españoles, hombre de familia acomodada y gran defensor de la propiedad privada), le hizo afiliarse al partido que mejor reflejaba esos puntos de vista dentro de la Revolución con lo que lógica y fácilmente, al caer los girondinos, fue detenido en el mismo Burdeos, donde estaba su compatriota Teresa, y llevado a la cárcel de París; esta vez a este español le toca la Conciergerie, el mismo lugar donde estaba recluida María Antonieta.

La estancia de Marchena en la cárcel tiene una anécdota tragicómica. Había en su galería un fraile encerrado sólo por serlo gracias a la política anticlerical

del Terror, especialmente en lo que se refería a los sacerdotes que no habían querido jurar la Constitución laica. Este fraile no había perdido con las penas su fe apostólica, y la presencia de un español que se desmentía al ser antirreligioso le impulsó a intentar convertirle a la verdadera fe. Marchena tomó al principio con buen humor sus intentos, pero ante su insistencia decidió, de acuerdo con otros compañeros de cárcel tan librepensadores como él, combatir el fuego con el fuego. Si el fraile quería hablarles continuamente de una religión merecedora de ser seguida, ellos inventarían otra igualmente respetable. Nace así en una prisión parisina el culto a Ibrascha, un dios que no necesitaba sacerdotes, intermediarios tan inútiles como nocivos. Los únicos principios que serán respetados siempre en esa religión serán los de libertad, igualdad y fraternidad. Los demás serán examinados cada cincuenta años para eliminar los que el progreso haya considerado superados.

Al altar improvisado de ese nuevo dios dedicaban sus plegarias los neófitos, unas plegarias lo más altas posibles mientras el pobre fraile fingía dormir. Cuando ya no podía más empezaba a cantar el *De Profundis*, para acallarlos. Marchena y sus compañeros redoblaban sus esfuerzos corales para ahogar su voz y el pobre religioso los insultaba llamándolos sectarios y blasfemos, a lo que los otros contestaban reprochándole ser ¡incrédulo y ateo!

Así pasaban lo que creían iban a ser sus últimos días los españoles encerrados por el Terror. Teresa Cabarrús rememorando días de vino y rosas, Guzmán su caballo en las maniobras militares, Marchena en un juego intelectual más de los que había hecho en su vida.

EL FIN DE LOS GIRONDINOS

¿Qué era ese partido, quiénes eran sus jefes, cómo puede un grupo que trajo la Revolución caer víctima de ella?

Para utilizar términos de hoy, la Gironda era una asociación de centro-izquierda compuesta sobre todo por burgueses e intelectuales. Durante un cierto tiempo sus voces, las de Brissot, Vergniaud, Barbaroux, fueron las que más se oyeron en la Convención; luego empezó su declive político. Gente de élite no veían con buenos ojos la agitación a menudo violenta y siempre grosera de las masas proletarias de París que seguían a los jacobinos, prefiriendo la forma más suave que la Revolución había tomado en las provincias; esa actitud fue hábilmente explotada por sus enemigos Robespierre, Hébert, Danton y Marat que los denunciaron como federalistas, enemigos de la unidad del país.

El intento de detener el impulso revolucionario contra Luis XVI, de aceptar la muerte de éste, pero con condiciones, no les dio el favor de la derecha y los hizo sospechosos a la izquierda, sospecha que se intensificó cuando un general que formaba en sus filas, Dummoriez, se pasó a los austríacos. La Montaña utilizó entonces la presión de las masas que encabezaba el español Guzmán para sitiar la Asamblea y conseguir la detención y el proceso de los girondinos.

Proceso curioso porque, por vez primera desde el 14 de julio de 1789, los que estaban en la cárcel esperando juicio no eran aristócratas, curas y demás par-

tidarios del *ancien régime*. Ahora estaban recluidos los hombres y mujeres que habían escrito y hablado en favor del cambio; algunos de ellos, como madame Roland, habían intentado incluso explicar las inexplicables matanzas de setiembre. «Los hombres estaban inquietos al dejar sus hogares expuestos a la venganza aristócrata para ir al frente.» Por ello el juicio produjo una expectación inusitada que los procesados no defraudaron, defendiéndose con inteligencia y serenidad mientras en algunas provincias, como Marsella, Lyon y especialmente Burdeos, la reacción ante lo que consideraron una muestra más de la dictadura que la prepotente París ejercía sobre toda Francia, levantó el pendón de la revuelta declarada.

En todos los casos la superior organización y dinamismo del gobierno central acabó con el movimiento subversivo. Los comisarios enviados por el Comité de Salud Pública de París impusieron el Terror con medios tan eficaces como crueles. En los lugares en que no funcionó a tope la guillotina, como en Burdeos, donde mandaba Tallien, se utilizó el sistema más rápido de ahogar a los enemigos del régimen lanzándolos al Loira, como en Nantes (las tristemente famosas *noyades*), impidiendo a golpes de remo que los arrojados al agua se agarraran a las barcas. La idea fue de Carrier.

El proceso muestra algunas de las reacciones curiosas de la intransigencia política rayana en lo cómico. Por ejemplo, cuando un testigo, ministro de Contribuciones Públicas, es preguntado por el presidente, como es preceptivo, por su nombre y apellidos:

—¿Es necesario que diga el nombre que me pusieron al nacer? —pregunta el ciudadano. Al oír la respuesta afirmativa declara—: Diré ese nombre contra mi voluntad, es el de Luis.

La idea de llevar el mismo nombre que el odiado ex rey le parecía insoportable a nuestro jacobino. Lo que produjo una ovación entre el público que ocupaba los tribunales, el mismo que en la calle entonaba cantos antigirondinos:

Temblad traidores conspiradores
federalistas, impostores;
vuestros proyectos son conocidos
y estáis jodidos.

Buscando un éxito fácil, la acusación insistió mucho en las frases que los girondinos habían formulado contra el papel decisivo que París pretendía tener sobre el resto de Francia. Efectivamente se atribuía a Brissot estas palabras: «No queremos que París, dirigido por intrigantes, sea lo que fue Roma para el Imperio romano. París tiene que quedar reducido a la ochentacuatroava porción de influencia como cualquier otro de los departamentos franceses.»

A eso le llamaba el Tribunal calumnias contra París y pedía cuentas de ellas a los acusados con lógica y ruidosa aprobación del público local presente en la sala. Ir a favor de París resultaba estar a favor de la unidad de Francia; por ello en noviembre de 1792 Danton había hecho proclamar la República como «una e indivisible», lo que por otra parte correspondía a la tradición francesa desde los tiempos de Richelieu, mientras los girondinos pretendían romper entre otras cadenas sociales las que ligaban estrechamente la provincia a la voluntad de la capital.

Hábilmente habían redactado los jacobinos la acusación doble «contra la unidad y la indivisibilidad de la República y contra la libertad y seguridad del pueblo francés». Y en vano se esforzaron los procesados en recordar que las dos partes de la acusación no sólo eran independientes una de otra sino que podían ser contradictorias.

Los dados estaban echados de tal suerte que incluso el relator del proceso, que por razón de su oficio debía ser imparcial, mientras anota detalladamente todo lo que dijo Hébert contra Brissot, cuando éste recuerda sus acciones a favor del cambio de régimen, tras los primeros párrafos resume desdeñosamente: «El acusado aquí hace una larga y pesada *(verbeuse)* apología de su conducta en esa época de la Revolución.»

No le sirvió de nada, como no le sirvió a Vergniaud,

gran orador, recordar su hoja de servicios para la causa de la libertad. Hébert le recuerda que declararon la guerra para unificar al pueblo junto a su rey como jefe natural, pero uno de los cargos más graves es la amistad de los girondinos con el general Dummoriez cuya defección y colaboración con los austríacos fue un golpe fuerte para el ejército de la República. El militar se llevó además como rehén a Drouet, el hombre que había abortado la huida a Varennes de Luis XVI al reconocerle en una parada del coche. Más tarde sería canjeado por la hermana de Luis XVII.

La sentencia estaba prevista tras la respuesta afirmativa de los jurados declarando culpables a los veintiún procesados y Fouquier-Tinville pide la pena de muerte y la confiscación de los bienes para todos. La parcialidad del relator se pone otra vez de manifiesto al describir la escena mientras «un gran movimiento se nota entre los acusados, los ciudadanos presentes en la audiencia conservan una calma majestuosa».

Calma que se romperá cuando los condenados lancen papel moneda (asignados) al público; los progirondinos dicen que fue para demostrar su desprecio a los bienes materiales, sus enemigos para sobornar al pueblo y que los liberara. De esa cuerda es el relator, quien cuenta que al ver la acción «una indignación universal *(sic)* se manifiesta en el auditorio. El pueblo tira al suelo los asignados, destrozándolos en medio de gritos de "¡Viva la República!"».

Cuando los gendarmes se llevaron a los presos quedó uno tumbado en el estrado. Resultó ser Valazé que se había clavado un puñal para evitar la muerte en la guillotina. El Tribunal acordó que el cuerpo sin vida fuera llevado en la carreta con los demás y enterrado en el mismo sitio que sus compañeros.

Ésta es la última carta que envió Brissot a su mujer:

Creo, querida Felicité, que mi última hora ha llegado. O mucho me equivoco o me juzgarán hoy. Quizá tendré además la desgracia de no verte aunque haré lo posible por arreglarlo. Si esta dicha se me niega

sostén el golpe con valor. Te debes a nuestros hijos. Vela por ellos, vive para ellos; guarda alguna de mis cartas para que puedas mostrárselas un día. Ellos se dirán: «He aquí el escrito de un padre que nos amó, pero más que nosotros amó el bien público porque se ha sacrificado y ha sido sacrificado por él.»

Fueron al cadalso con serenidad, cantando a veces un himno de libertad. Como ocurría siempre, sus partidarios elogiaron su comportamiento, su «dignidad», y sus adversarios condenaron su «cinismo», pero todos coincidieron en que se había dado un paso grave en el camino de una revolución que, con palabras de uno de los condenados. Vergniaud, «como Saturno devoraba a sus propios hijos». Efectivamente, era la primera vez y ello es dramático, que unos condenados gritaban «¡Viva la República!» antes de morir.

Al pasar ante la iglesia de Saint-Rochs cantaban *La marsellesa* y este himno compuesto por Gisen-Dupré.

Para nosotros qué triunfo esplendoroso,
mártires de la santa libertad.
La inmortalidad nos espera,
dignos de un destino brillante,
al cadalso marchamos sin temor.
Morir por la patria
es la suerte más bella y digna de envidia.

«Se ha querido consumar la revolución por el terror; yo habría querido consumarla por el amor» (Vergniaud, Convención, 10-IV-1793).

Tras los girondinos, los hebertistas. Tras los idealistas, los materialistas

Esta vez el hacha caía sobre las propias ramas del árbol jacobino porque Hébert era lo contrario de los girondinos, incluso uno de sus acusadores más feroces; era el hombre de la izquierda extrema, el que se alegró públicamente de las ejecuciones del rey y de

la reina, el que desde su periódico *Le Père Duchesne* halagaba entre continuas groserías (*foutre* era su preferida), los más bajos sentimientos de la plebe lanzándola contra lo que llamaba enemigos del pueblo, frase en que cabían desde La Fayette a Brissot, desde María Antonieta a Vergniaud.

Su tono molestaba al espíritu refinado de Desmoulins.

«Tiberio y Carlos IX iban efectivamente a ver el cuerpo de un enemigo muerto, pero al día siguiente no se dedicaban a bromas de mal gusto como las que usa un magistrado del pueblo, Hébert: por fin ha visto la navaja nacional separar la cabeza calva de Custins de su redonda espalda» (Desmoulins, *Le Vieux Cordelier*, núm. VII).

Pero también irritaba a quien, como Robespierre, podía ser tan sanguinario como Hébert sin proferir jamás una frase de mal gusto o un insulto.

Igual sucedía en el aspecto religioso; Hébert era el clásico anarquista que odia a todo lo que huele a iglesia y a la Divinidad, mientras Robespierre aun en contra del Papado que considera reaccionario, quiere que el pueblo francés se «espiritualice» respetando a un ser supremo. Para Robespierre y su fiel amigo Saint-Just, Hébert hacía más daño a la Revolución con sus excesos a su favor, que si lo hubiera hecho estando en la trinchera enemiga. Por ello, tras deshacerse de los girondinos inició, con la ayuda de Fouquier-Tinville, el proceso que tenía que significar la muerte de su vociferante camarada de lucha y sus amigos.

Llevados ante el Tribunal Revolucionario, la requisitoria del presidente advierte que «jamás ha existido contra la soberanía del pueblo francés y su libertad una conspiración más atroz».

Estamos acostumbrados ya a esa retórica revolucionaria llena de superlativos; lo curioso es que por vez primera se aplique a gente de la izquierda, combatientes de las barricadas, a los que se acusa incluso de estar pagados por el gobierno inglés, el más tenaz enemigo del cambio en Francia, para movilizar las masas, abrir las cárceles y degollar a los miembros

de la Convención y restaurar la monarquía, algo realmente difícil de creer con el currículum de los acusados.

A Hébert le achacan varios testigos de cargo el haber denunciado continuamente a patriotas insignes para desacreditarlos. Ello pudo ser cierto. La obsesión revolucionaria de Hébert le impulsaba a ver enemigos de los jacobinos en cualquier sujeto que no fuese tan adicto a Robespierre como él mismo y entre tantos denunciados es posible que hubiera algún calumniado. Lo que es más difícil de probar es que lo hiciera con el único y maquiavélico propósito de infundir la desconfianza entre los «patriotas» para dividirlos y hacer posible una restauración monárquica. Recordemos que fue precisamente Hébert quien sacó a relucir la acusación más grave que se haya hecho contra la reina María Antonieta; la relación incestuosa con su hijo. Para un monárquico es una curiosa forma de hacer deseable la monarquía. En el caso de Marat debía de tratarse de un problema de celos, de pugna para ver quién era el primero en la escala revolucionaria, porque lo más parecido a la violencia que pedía Hébert es la que pedía Marat. *L'Ami du Peuple*, periódico de este último, no empleaba el lenguaje obsceno de *Le Père Duchesne*, pero la petición constante de castigos contra los aristócratas era común en ambas publicaciones. Recuérdese que Marat recibió a Carlota Corday, contra los consejos de su compañera, sólo porque la muchacha prometía darle una lista de los enemigos de la Revolución; que efectivamente él los escribió cuidadosamente uno a uno y que dijo satisfecho: «Todos subirán a la guillotina», antes de recibir el golpe mortal.

Las mismas ideas eran las de Hébert, que debía de sentirse como víctima de una pesadilla cuando sus compañeros de la izquierda desgranaban contra él acusación tras acusación presentándole como enemigo del cambio.

«Yo no he hablado mal en el Club de los Cordeliers [jacobino] de los patriotas —grita cuando le conceden la palabra—, sino de los falsos patriotas que exis-

ten incluso entre los que han servido la causa del pueblo.»

El sistema del Tribunal para desacreditar a los acusados consistía a veces en atacar incluso sus manifestaciones revolucionarias alegando que, al tratarse de ridículas exageraciones, producían un efecto contrario y nocivo. Así en el caso de un cómplice de Hébert llamado Clootz que se hacía llamar, según la moda clásica de entonces, *Anacarsis* y que preconizaba una república universal. «Perfidia profundamente meditada —sostiene un jurado— que da la excusa a la coalición de cabezas coronadas contra Francia.»

Clootz contesta que la república universal está en el sistema natural y que es lícito hablar de ello como el abate Saint-Pierre, el autor de la popular novela *Pablo y Virginia*, podrá hablar de la paz universal. Por lo demás, Clootz se asombra de que se pueda sospechar que él sea partidario de los reyes y añade, irónicamente, que sería bien curioso que un hombre al que querían quemar en Roma, colgar en Londres y poner en la rueda de tormento en Viena, fuera guillotinado en París.

Era curioso, pero ocurrió así y ese historial internacional le hizo más daño que provecho, como había ocurrido a tantos extranjeros que se unieron entusiásticamente a la Revolución para oírse reprochar su procedencia al menor incidente. Esa experiencia la tuvieron por ejemplo, además de Clootz, los españoles Guzmán y Marchena, presos —y el primero guillotinado— por los mismos que habían querido ayudar en su lucha contra la tiranía.

Contra Hébert se leen lógicamente partes de sus artículos en *Le Père Duchesne*. Lo que el acusado hace en ellos es tachar a la Convención de débil ante las agitaciones contrarrevolucionarias. Y ese intento de galvanizar la Revolución lo juzga el Tribunal como un deseo de desmoralizar al pueblo para que desconfíe de sus líderes. Como todos los escritores que en el mundo ha habido, Hébert protesta de que se deduzca lo que conviene al juez sacando las frases de su contexto.

Al final de esa sesión el secretario encargado de redactar las actas muestra, como en el proceso de los girondinos, que la imparcialidad no es una de sus virtules. Así describe: «El presidente ordena que los acusados se retiren y nada se parece menos a *Le Père Duchesne* [lenguaraz, violento] que el acusado Hébert que, hasta este momento, no ha mostrado la menor energía; por el contrario, su rostro le traiciona y resulta realmente una pieza de convicción contra él.»

La requisitoria final es dura y completa: «Intentar sublevar el pueblo contra los jefes en un momento en que Francia —tras la caída del rey y de los girondinos— estaba por fin unida y segura de sus destinos, no es ser revolucionario sino contrarrevolucionario. Bajo el pretexto de ir más de prisa en el cambio se quería retroceder; con la excusa de ser más puros se buscaba la impureza.»

La sentencia fue la prevista. La pena de muerte para todos menos para uno. Los condenados quisieron hablar, pero no los dejaron. Sólo Clootz logró hacerse oír en su llamamiento «al género humano» y muy en su papel de *Anarcasis* afirmó que «bebería la cicuta voluptuosamente».

La justicia revolucionaria es rápida y en esta ocasión lo fue mucho más. A la una se dio el veredicto y a las cuatro de la tarde ya salían para el patíbulo todos los condenados menos la única mujer del grupo, una tal Quetineau que se declaró embarazada salvándose por ello del último viaje.

Las memorias de los contemporáneos y los comentarios de los periódicos en los días siguientes muestran la confusión que se creó en muchos franceses con esa sentencia. ¿Cómo era posible que un feroz panfletario que pedía todo el tiempo sangre aristócrata resultara de pronto un conspirador monárquico? La sentencia produjo en la extrema izquierda el mismo efecto de desconcierto que en los republicanos moderados había producido la efectuada contra los girondinos. Todo era muy raro... algo no marchaba en la República.

... Y esta impresión de desasosiego se agravó ante los nuevos enemigos de la Revolución que ahora iban a ser procesados.

Porque éstos no podían ser calificados de tibios como Brissot ni de demagogos como Hébert. Los nuevos detenidos llevaban nombres tan unidos a la historia revolucionaria como Danton, el coloso de ojos en llamas, y la oratoria que arrastró a los espíritus en jornadas famosas y dramáticas, el hombre que cuando la coalición de enemigos puso en peligro a Francia contestó a las amenazas de fuera y dentro gritando: «Audacia, audacia y más audacia y venceremos.» El que desafió a la monarquía, el que levantó a las masas el 10 de agosto, en fin, el que —trágica ironía— fue el propugnador de este Tribunal Revolucionario que ahora le juzgaba.

Y a su lado el más joven y simpático de los nuevos jefes, Camilo Desmoulins, el que el 14 de julio de 1789 había arengado a la gente en el jardín de las Tullerías pidiéndoles que usaran como escarapela las hojas verdes de los árboles para testimoniar que un nuevo espíritu estaba naciendo en Francia, el que al frente del periódico *Le Vieux Cordelier* había dado consignas, informaciones a la Francia que surgía combinando siempre —lo contrario de *Le Père Duchesne*— su ansia revolucionaria con un estilo literario que le había hecho reconocer como el mejor escritor de la Revolución.

Y sin embargo allí estaban procesados y amenazados de muerte por la inquina del hombre fuerte de la República, el temido Robespierre. ¿Por qué?, se preguntaba el pueblo.

Sencillamente porque tanto uno como el otro estaban aterrorizados de la sangre vertida, aquella sangre que ambos habían pedido al principio de la Revolución y que, ahora, al haberse afirmado ésta, no veían por qué tenía que seguir brotando de la guillotina.

«La clemencia también es una medida revolucionaria» (Desmoulins, *Le Vieux Cordelier*, 20-XII-1793).

Se cuenta que Danton, mostrando el Sena a Desmoulins, le dijo: «¿Lo ves? Baja rojo de sangre.» También se cuenta que Desmoulins al oír la sentencia de muerte contra los girondinos de los que le separaba un concepto político, pero al que le unía la juventud y el idealismo, había llorado repitiendo: «Es horrible, horrible, yo me voy...», sin conseguir arrancarse de la sala.

Desde entonces Camilo Desmoulins va a actuar, en la medida de lo posible, para detener la carnicería. Lo hará con su arma favorita, la pluma, y desde las páginas de *Le Vieux Cordelier*, pero al no poder exponer su pensamiento de forma frontal, dada la fuerza de Robespierre, lo hará de manera indirecta. Así, aprovechando la afición a los clásicos griegos y romanos de los tiempos revolucionarios, evocará la violencia estatal que existía en tiempos de Tiberio o Calígula.

«Tras considerarse las palabras como crímenes de Estado se convirtieron en delitos las simples miradas, la tristeza, la compasión, los suspiros y hasta el silencio... el que no quería exponerse a sucumbir tenía que mostrarse alegre ante la muerte de un pariente o amigo... ¿era pobre? Debía ser vigilado porque nadie es tan emprendedor como el que nada posee; sospechoso. ¿Tenía acaso carácter sombrío, melancólico, vestía descuidado? Estaba afligido porque los negocios iban bien: sospechoso. Si virtuoso o austero en las costumbres era otro Bruto que pretendía censurar a la corte: sospechoso. Si era filósofo, orador o poeta aspira-

ba a tener más fama que los que gobernaban: sospechoso.

»En resumen, durante aquellos reinados tan extraña era la muerte natural de un hombre público que se presentaba como un gran acontecimiento, trasmitiéndolo el historiador a la memoria de los siglos» (*Le Vieux Cordelier*, núm. 3, 15-XII-1793).

La intención del periodista era que su lector comparase este texto con la Ley de Sospechosos aparecida en setiembre de 1793, y que consideraba merecedores de ese título a las siguientes categorías de ciudadanos: «... aquellas personas que por su conducta, relaciones, palabras o escritos se hayan mostrado partidarias de la tiranía o del federalismo y enemigas de la libertad [en ese cesto cabían desde los partidarios de Luis XVI hasta los republicanos seguidores de los girondinos]; aquellas que no puedan justificar sus medios de existencia y el incumplimiento de los deberes; aquellos a quienes se les haya rehusado el certificado de civismo [y por tanto no podían cumplir los deberes cívicos mencionados anteriormente]; los funcionarios destituidos por la Convención [además de perder el puesto podían perder la vida], los ex miembros de la nobleza, los parientes próximos de los emigrados que no hayan manifestado continuamente su amor por la Revolución...» Lo mismo que en la Roma imperial mencionada por Desmoulins uno podía ser culpable tanto por acción como por omisión. Con redes tan tupidas no había quien pudiera escapar del Tribunal Revolucionario.

Las relaciones que hace Desmoulins en sus artículos son igual de transparentes. «En aquel tiempo [dice acusadoramente refiriéndose al de los césares romanos] si una ciudad se rebelaba al emperador se la reducía a cenizas tras matar a la mayoría de sus ocupantes. [Había ocurrido algo muy parecido en Lyon que, sublevada contra la República y recuperada por ella, fue condenada el 17 de octubre de 1793 a ser arrasada e incluso a cambiar de nombre por el de Ville Afranchie, o liberada. En Toulon, por idénticas causas, se fusiló a una décima parte de la población

—ochocientas personas— y se la bautizó como Port-de-la-Montagne.]

»Por entonces —continuaba— había que alegrarse de la muerte de un pariente o de un amigo asesinado por el gobierno si no se quería sufrir la misma suerte. [Los parisienses miraban alrededor de ellos y veían a familiares separados por la política y denunciándose unos a otros.] Si alguno obtenía la popularidad era peligroso porque presentaba el nacimiento de un rival para el príncipe. [Danton había sido elegido por el Comité de Salvación Pública y Robespierre se resintió del nombramiento.] ¿Que por el contrario alguien rehuía a la gente, evitaba la atención ajena? Algo tramaba, cuidado con él. [Entre los sospechosos figuraban los que no frecuentan las sociedades populares, los que no asisten a las fiestas públicas.] ¿Era rico? Podía comprar conciencias. Peligroso. ¿Pobres? Buscaban subvertir al régimen para enriquecerse.

»Sí —insiste Desmoulins—, entonces todos eran sospechosos. Si un general perdía en un campo de batalla era un traidor, pero si ganaba había que protegerse de sus posibles ambiciones posteriores. [Alusión a la deposición de heroicos militares como Kellerman, Custine, Houchard.] Tener un cargo era malo; dimitir de él también. [Le ocurrió a Behaurnais, marido de la que será un día emperatriz de los franceses.] Si alguien era pariente de Augusto podía aspirar al trono; sospechoso. [Felipe de Orleans, primo del rey, acababa de ser ejecutado.] Otros eran traicionados por sus criados.» (Un sirviente negro llamado Zamora había denunciado a la ex condesa Du Barry, la amante que fue de Luis XV.)

Sigamos el paralelo: «Cada día el delator hacía su entrada triunfal en el Palacio de los Muertos para obtener riquezas de sus restos. [La ley del 20-VII-1793 concedía al denunciante de un acaparador la tercera parte de las ganancias confiscadas.] Los tribunales, en lugar de proteger la vida y las propiedades de los ciudadanos, se habían convertido en carnicerías donde lo que se denominaba oficialmente justicia y confis-

cación era en realidad asesinato y robo. [El Tribunal Revolucionario ejecutaba y confiscaba contemporáneamente.] Tiberio declaró enemigos de la República a todos los amigos y partidarios de Seyano en número de treinta mil.» (Desde Lyon, el depurador enviado por París, Collot d'Herbois, había escrito a Couton en París: «Aquí hay sesenta mil individuos que no serán nunca republicanos.»)

Por todo ello eran llamados con desprecio él y Danton *los Indulgentes*. Porque esa indulgencia a los ojos de Robespierre y Saint-Just, que había afirmado públicamente: «La República consiste en la destrucción de todos sus enemigos», significaba un crimen contrarrevolucionario. Quien se opusiera al trabajo continuado de la guillotina era un faccioso, un cómplice de los partidarios de la monarquía por limpio que fuese su historial revolucionario.

Y empezó el forcejeo, primero verbal.

«Robespierre: Pido para dar ejemplo, que los números [de *Le Vieux Cordelier*] sean quemados en la sociedad [de los jacobinos].

»Desmoulins: Muy bien dicho, Robespierre, pero yo te contestaré como Rousseau: Quemar no es responder» (7-I-1794).

Había además, como en el caso de Hébert, una antipatía personal entre los dos tribunos. Robespierre era hombre triste, de moral intachable; su única frivolidad era vestir irreprochablemente, pero jamás se le vio asistir a comidas o francachelas. Presumía del título de «Incorruptible». Danton, por el contrario, era extrovertido, alegre, gustaba de los banquetes y de las mujeres, y se burlaba de quienes no seguían ese camino atribuyendo a deficiencias físicas los escrúpulos morales. Eran dos personalidades que un día u otro tenían que chocar, y así sucedió en marzo y primeros de abril de 1794.

El primer golpe a Danton se lo propinó Saint-Just en la Convención el día de su detención, es decir, el 31 de marzo. Su hábil acusación no consiste en negar la pugna de Danton contra el moderado La Fayette, por ejemplo, sino en señalar que otros enemigos de la

Revolución habían compartido ese sentimiento. El primero de ellos era Mirabeau, que en la historia de Francia fue el gran adelantado de la causa revolucionaria, el que lanzó la famosa frase al enviado del rey, que pretendía clausurar los Estados generales: «Di a quien te manda que no nos disolveremos si no es por la fuerza de las bayonetas...» Esa actitud admirable que le había granjeado en la vida la admiración de todos y ser llevado a su muerte al Panteón de hombres ilustres, había quedado severamente dañada cuando, tras la prisión de Luis XVII, encontraron en su armario secreto las pruebas de que el rey había sobornado al tribuno con constantes y elevadas sumas. La comparación con Mirabeau llegaba incluso a lo físico: cabeza poderosa y cara marcada de viruelas hasta el punto que cuando Danton empezó su carrera política desde la calle le llamaban el «Mirabeau de la canalla», aludiendo a la ascendencia aristocrática de su rival.

La requisitoria de Saint-Just acusando a Danton y a sus amigos de conspiración y complicidad contra los enemigos de la República es votada por una Convención aterrada por la amenaza que Robespierre hace pender sobre todas las cabezas de forma constante, pero después el Tribunal Revolucionario se enfrentará con el más difícil de los acusados que hasta entonces ha encontrado. Éste no es un girondino que no votó la muerte del rey, como Vergniaud, éste no es un Hébert tan vil en la desgracia como lo había sido en la fortuna. Éste es Danton, el gran Danton y pronto se enterará el tribunal y el país entero de a quién osan juzgar. La primera pregunta formal ya despierta al león político: Nombre, domicilio. «Mi nombre es Danton, treinta y cuatro años. Mi domicilio será pronto en la Nada y después en el Panteón de la Historia. No me importa.»

Más literaria será la respuesta de Desmoulins sobre su edad. «Treinta y tres (la edad del *sans-culotte* Jesús, una edad crítica para los patriotas) es decir para un revolucionario.»

El presidente recuerda a Danton los detalles de la acusación; amistad con el traidor Dummoriez, inten-

to de hacer marchar su tropa sobre París para restablecer la monarquía.

Danton estalla: «Los cobardes que me acusan ¿se atreverían a hacerlo en mi cara? Que aparezcan y yo los cubriré de la ignominia y el oprobio que les corresponde.»

El presidente le advierte que debe limitarse a defenderse y no a atacar a nadie.

«¿Cómo? —grita Dantón—. Mi audacia no es la audacia personal sino la nacional. A un revolucionario como yo ¿se le puede pedir una defensa fría? Los hombres de mi temple son impagables; sobre su frente llevan impreso con caracteres imborrables el sello de la libertad. ¿Acusarme a mí de haberme arrastrado a los pies de los déspotas, de haber sido contrario al partido de la libertad, de haber conspirado con Mirabeau y Dummoriez? ¡Tú, Saint-Just, responderás ante la posteridad por la difamación lanzada contra el mejor amigo del pueblo, contra su más ardiente defensor!»

El presidente le recuerda que es toda la Convención la que le acusa y Danton se ríe: «¡Qué curiosa ceguera la de la Convención respecto a mí hasta ese momento! ¡Qué descubrimiento tan singular!»

Realmente el rápido cambio de una admiración sin límites hacia el héroe republicano era realmente sospechosa, por lo que el presidente tomó muy a mal esa ironía como se lo hizo notar. Prosiguen las acusaciones de duplicidad...

«Desde hace dos días —contesta el acusado— el Tribunal conoce a Danton que mañana espera dormirse en el seno de la gloria. Jamás ha pedido gracia y marchará al cadalso con la serenidad que acompaña siempre a una conciencia tranquila. ¿Amistad con los girondinos? ¡Pero si Barbaroux se pasaba el día pidiendo mi cabeza junto con la de Robespierre y Marat!» El dinero recibido por diversos conductos (probablemente el cargo más verídico y justificado) «fue gastado en el servicio de la Revolución y basta».

No es el único del grupo que se mantendrá erguido ante el Tribunal. El general Westerman, héroe de la

guerra contra los enemigos de la República tanto extranjeros como los sublevados de la Vendée, no puede escuchar impertérrito la acusación fiscal.

«¿Yo conspirador? Pido que me desnuden ante el pueblo. He recibido en el frente siete heridas y todavía sangran. ¡Esperad al menos que cicatricen, desgraciados!»

Igualmente se defenderá, esta vez con gracia y profundidad literaria, el más simpático del grupo, Camilo Desmoulins, al que desespera la idea de dejar de ver a la mujer que adora, su esposa Lucille. (Y el amor es mutuo. Cuando caiga en el patíbulo, Lucille querrá seguirle y para ello buscará el fácil camino de escribir una carta insultante a Robespierre, una carta mandada con la confianza que inspira una antigua amistad. Tan antigua que *el Incorruptible* estuvo encantado de ser testigo en la boda del que había sido su compañero de colegio. Relación que evidentemente tampoco conseguirá que la audacia de Lucille sea perdonada comprensivamente. La esposa seguirá al esposo en la muerte como lo había hecho en la vida.)

En la sesión siguiente Danton mantuvo el mismo virtuosismo verbal que tantos éxitos le habían granjeado en su carrera política, tanto en la calle como en las reuniones de los clubs y en la Convención. Agitaba la cabeza y los brazos, elevaba la voz, la bajaba, jugaba hábilmente con los efectos de la ira, de la ironía, de la burla y de la inventiva. Con la lista de acusaciones en la mano se dedicó a demolerlas una por una con tal inteligencia que una gran parte del público presente empezó a aplaudirle.

El tribunal se alarmó; lo que habían previsto como revelación de una maldad se convertía en un triunfo público del acusado. Fouquier-Tinville avisó personalmente a Robespierre y a Saint-Just. Había que hacer callar a Danton y a sus amigos y la única fórmula era promulgar un decreto por el que todo procesado por conspiración que resistiera e insultara a la justicia nacional sería declarado fuera de los debates y juzgado inmediatamente.

En vano protestaron los procesados recordando

que ellos no habían ofendido a nadie al defenderse de las graves acusaciones de que eran objeto. Quien tenía que decidir si había o no insulto era el presidente al que, dado el ambiente que reinaba en la sala, le convenía cerrar la boca lo antes posible a todos, pero especialmente a Danton.

Y así lo hizo con gran indignación de los acusados que, arrastrados fuera de la sala, ni siquiera oyeron el veredicto de culpabilidad que dio el jurado tras dos horas de deliberación y la consiguiente sentencia de muerte.

En su marcha al cadalso Danton dio pruebas de la misma seguridad en sí mismo y la misma arrogancia que había caracterizado su vida anterior mostrando incluso su sentido del humor cuando a una mujer que al verle subir a la carreta exclamó: «¡Qué feo es!», respondió sonriendo: «No te preocupes, ciudadana; lo seré por poco tiempo más.» Más seriedad mostró ante el gendarme que le separó bruscamente cuando, con las manos atadas a la espalda, intentó besar para despedirse, a su amigo y compañero Delacroix en el momento en que se preparaban para subir al cadalso. «Imbécil —le gritó—, no podrás impedir que nuestras cabezas se besen en el cesto.» Y por fin la más famosa y soberbia frase, la que dijo al verdugo antes de tumbarse en la plancha basculante: «Muestra mi cabeza al pueblo, Sanson; vale la pena.»

El verdugo lo hizo, hay quien dice que por esa súplica, otros porque se hacía siempre con los ajusticiados considerados de mayor culpabilidad y Danton lo era, según la opinión del Comité de Salud Pública.

El caso es que la levantó y según algunos espectadores los ojos seguían abiertos y los labios se movían como si quisiese pronunciar todavía algunas de las frases que habían llevado a Danton a la historia.

* * *

Con Danton y Desmoulins muere guillotinado uno de los tres españoles que habíamos visto en las cárceles del terror, el único de los tres que terminó así sus

contactos con la Revolución. «André-Marie *Gusmán*, né a Grenade en Espagne, naturalisé français en 1781, âgée de 41 ans», dice la relación de acusados. Aunque jacobino de corazón y agitador en las jornadas antigirondinas que ya mencionamos, no había intervenido últimamente en política formando parte del grupo de Danton, pero Robespierre aprovechó su amistad personal con el tribuno y algunos banquetes y fiestas donde coincidieron para incluir en el grupo a alguien que, aparte de ser extranjero de origen y por ello ya sospechoso para el francés medio, se había dedicado últimamente a negocios mercantiles basados en sobornos y corrupciones; con ello intentaba enturbiar más la fama de un Danton con amigos parecidos.

Acusación contra Guzmán.

«Guzmán, banquero, hábil en el sistema de la especulación, conocía todas las maniobras y todas las reglas; especulaba por el grupo y hacía pasar al extranjero los fondos amasados por el bandidaje de esos cobardes mandatarios del pueblo, a fin, como ellos no se recataban de decir, de agenciarse un fondo en caso de una contrarrevolución que ellos mismos preparaban por sus crímenes. Fue él quien, en un momento en que el pueblo realizaba un gran acto de justicia, repartía el dinero entre los conjurados introducidos en ese pueblo para hacerles cometer crímenes que el pueblo ha impedido.»

Las últimas frases podían referirse a las matanzas de setiembre en las que no sabemos haya participado Guzmán, pero si no están claras es porque probablemente el acusador público Asnar no tenía la menor prueba de la culpabilidad del español. Aun así queda la acusación, vaga, pero acusación al fin y al cabo, para que el jurado lo anote al dictar su fallo. Además en la pregunta oficial al jurado se citará a Guzmán como «nacido en España» para que su condición de extranjero que viene a introducirse en los asuntos internos del país le haga más culpable.

* * *

«Un cofrecillo de madera blanca, un pantalón de tela de algodón blanco, otro pantalón rayado rojo y blanco, un peinador, una bata de "lazín" blanca, cinco toallas que ha declarado pertenecen a Guzmán, también condenado a muerte.»

Es la relación oficial hecha por el carcelero tras la ejecución. Modestos bienes para un descendiente de los príncipes de Tilly que tras fracasar en España y Bélgica quiso triunfar en Francia.

LA CALLE

Un historiador francés de costumbres y usos tuvo una frase definitiva sobre la época que nos ocupa. «La Revolución es la calle, el triunfo de la calle, la dictadura de la calle.»

Y es cierto. Desde que la ciudad estrena libertad en 1789, se pueblan las calzadas de gente que vende, compra, protesta, aplaude, insulta, elogia; y donde no llega la voz llega el impreso; periódicos vendidos en las esquinas, pasquines pegados a las paredes. Incluso los nombres de los comercios muestran el cambio. Hay tiendas que se llaman «La Asamblea Nacional», «La toma de la Bastilla». También en las casas particulares las inscripciones nos hablan del espíritu del tiempo. Así, cuando estalle la guerra se leerá en muchos edificios: «Para ayudar a dar muerte a los tiranos, los ciudadanos que viven en esta casa han entregado la parte de salitre que les correspondía» (se extraía de las bodegas y cuevas).

Si el forastero no se pierde es porque siempre hay alguien que le oriente tachándole medio en broma de paleto o medio en serio de realista. ¿Cómo pregunta por el Palais Royal? Ahora se llama Palais-Egalité; como la place Vendôme, place des Piques; la place Royale, place des Federés o Federados; la rue Royale, rue de la Revolution, y el cruce de la Cruz Roja ha pasado a ser el cruce del Gorro Rojo. En este caso ha habido que cambiar sólo el nombre y no el adjetivo.

Las costumbres cambian. Desde 1791 no se besa la

mano de una señora: «No hay que hacerlo —escribe un tal Andouin en la *Feuille du Jour*, en marzo de 1791—, porque se pierde la postura orgullosa y viril que todo patriota debe mantener.»

Pero lo más importante, lo más revolucionario, es la aparición del tuteo. ¡Qué salto mortal en el trato diario! No surgió de ningún decreto oficial aunque fue en la Convención donde una delegación de las Sociedades Populares parisienses depositó una petición solicitando que la segunda persona del plural fuera proscrita del lenguaje corriente.

La Asamblea inscribió la demanda en su Boletín con «mención honorable» y eso basta para que la mayoría de los parisienses —en provincias como siempre cuesta más— se lancen a tratarse amigablemente unos a otros. Y naturalmente, al tuteo no le va nada bien lo de «señor», y monsieur deja paso a ciudadano.

El republicanismo llegaba hasta los juegos de cartas: el valet de Carreau es un negro de las Antillas símbolo de la igualdad de razas; la dama de corazón representa ahora la Libertad de los cultos; el rey de picas se ha convertido en El Genio de las artes, mientras que el de corazones es ahora el Genio de la Guerra.

Pero, ¿es que todavía tiene humor la gente para jugar a las cartas bajo el Terror? Para eso y para mucho más. Las tétricas estampas que estamos presentando eran ciertas, pero también lo es el ansia de vivir que en los momentos más peligrosos de la vida humana se mantiene e incluso a veces aumenta precisamente porque sabe que el fin puede estar a la vuelta de la esquina por cualquier denuncia más o menos verídica.

Efectivamente, la vida sigue. Los restaurantes están llenos porque extrañamente en un momento de penuria y necesidad está difundiéndose la buena cocina por Francia en general y por París en particular. La razón es muy sencilla: los grandes cocineros servían a los príncipes, a los nobles y a los ricos. En este momento ninguno de los tres estamentos sociales puede permitirse el lujo de mantenerlos a su servicio y

si pueden tampoco se atreven para no pasar por corrompidos vampiros del pueblo. Por ello esos especialistas de la cocina no tienen más remedio que compartir con decenas de parisienses lo que antes era sólo lujo destinado a una familia y nacen una serie de restaurantes donde los habitantes de la capital gustan de platos que jamás hubieran soñado. Uno de los más famosos es el de Meot, al que acuden incluso muchos convencionales. Canta sarcásticamente la gente:

Si se oye sonar
la hora del yantar,
los buenos apóstoles
se van a casa Meot
a hablar y discutir
de sus intereses y no de los nuestros.

El gorro frigio era el que usaban los esclavos romanos al ser liberados aunque su origen es, naturalmente, griego (de la Frigia). Entró en el ambiente revolucionario en 1789 y poco después había sido aceptado entusiásticamente por el pueblo que lo convirtió en su cubrecabezas preferido y como adorno en botones, sortijas, etc., y por el gobierno, que lo usó como símbolo en el asta de las banderas, en el campanario de las iglesias, como sello en documentos oficiales. La famosa Mariana, representación femenina de la República Francesa, lo ha llevado puesto hasta el día de hoy.

La moda clásica había nacido y triunfado en el siglo XVIII, pero sólo con la Revolución llegó a su apogeo. A muchos republicanos les encantaba la igualdad que una clámide griega o una túnica romana imponía a la gente y un diputado llamado Sergent pide públicamente se instituya una especie de «vestidura viril» para todos los ciudadanos llegados a la mayoría de edad. Gorro verde, pantalón pardo, levita gris y verde.

Sergent no se había atrevido a vestir a los franceses de romanos, pero las francesas sí se atrevieron a presentarse en público como griegas y romanas redivivas y especialmente cuando caído el Terror desaparezca también el puritanismo de Robespierre que no

hubiera aceptado de buen grado las transparencias de aquellos vestidos.

Esa vuelta a lo clásico se alía con el anticristianismo, también en auge, para sustituir los nombres de santos por los de los héroes de la democracia en Grecia y Roma. Un revolucionario dará a su hijo el nombre de Catón; Mitté, autor dramático, querrá llamarse Coriandre (pulga en griego); Joaquín Villate, espía de Robespierre, adopta el de Sempronio, y Mucio Scévola es un agitador famoso.

El más popular de los imitadores fue el que trocó su nombre de José por el de Graco; había elegido antes el de Camilo, pero luego se enteró de que su homónimo era patricio en Roma, lo que le pareció poco democrático para tomarlo como patrón. Sus hijos fueron designados como Emilio y Cayo Graco Babeuf que era su apellido real. Y luego estaba el ya aludido Anacarcis Clootz, amigo y compañero de patíbulo de Danton.

El barrio San Antonio pasará a llamarse simplemente Antonio. Saint-Malo se convierte en Port-Malo y la alegría de los revolucionarios crece cuando descubren que al cambiar un nombre pueden hacer además un juego de palabras. Montmartre o Monte de los Mártires pasa a denominarse Mont-Marat en recuerdo del mártir republicano que murió por la causa.

Igual en los pueblos: Capelle-Saint Sauveur pasará a ser Masse-Libre. La más famosa de las transformaciones es la citada de Lyon que una vez recuperada para la República se llamará Commune-Affranchie o Ayuntamiento Liberado.

* * *

La revolución sube también a escena con actores y actrices que dan testimonio de su republicanismo sobre las tablas como otros lo hacen en la calzada. Lo malo es que la nueva era todavía no ha tenido tiempo de crear demasiadas obras y hay que echar mano de las antiguas que, lógicamente, están repletas de alusiones y situaciones hoy absolutamente desfasadas con la realidad. ¿Qué hacer entonces? Corregir el verso,

por ejemplo, y si un personaje es «marquis» o «baron» en la obra pasará a llamarse Damis o Cleon, manteniendo la rima y respetando el cambio. En una ocasión, al menos, un actor hace más. Al tener que interpretar el papel de un cardenal interrumpe un parlamento para adelantarse a las candilejas y explicar al público con pasión la diferencia entre sus opiniones republicanas y ateas y las del personaje que representa, lo que le vale una ovación del público *sans-culotte.*

Hasta en el juego de ajedrez hay una variación. Nada de reyes o reinas. El personaje principal será la Bandera; la pieza llamada hasta ahora estúpidamente «Reina» será el oficial general. Las torres serán los cañones, los caballos, jinetes y los peones la infantería.

El teatro está siempre lleno de gente que hasta entonces no había ido pero que al oír lo de la Igualdad se cree con derecho a asistir. En la «Maison de Molière» hay que pegar en las paredes anuncios como éstos: «Se ruega a los ciudadanos que se quiten los gorros y no hagan porquerías en los palcos.»

A ese tipo de público hay que darle las obras que mejor correspondan a su fanatismo revolucionario y su ausencia de buen gusto, como por ejemplo una obra titulada *El marido director o el desahucio de un convento* (el olvidable autor es Carbon Flins), en la cual el esposo desconfiado se reviste de una sotana para escuchar de su incauta mujer confidencias picantes en el confesonario; luego salen monjes y religiosas cantando a coro tonadillas verdes mientras bailan. En otras producciones escénicas aparecen los reyes europeos con aspecto ridículo, a los que llevan encadenados a una isla repleta de salvajes donde perecen en un volcán como castigo de sus pecados.

La Ópera, la sofisticada, elegante Ópera, marcha al paso de la Revolución. Todos los intérpretes llevan obligatoriamente una escarapela tricolor (no importa el lugar o la época en que se desarrolle la acción). El público interviene en el diálogo, canta con el coro y opina lo que se le antoja en medio de la representación. Los altos cargos no se dejan ver demasiado con el público. Prefieren deslizarse entre bastidores bus-

cando a las actrices, exactamente igual que hacían los libertinos de derechas en los viejos tiempos.

El auge del teatro es tan grande que surgen diferentes salas todos los días. Nace al mismo tiempo el verso satírico aludiendo a la contemporánea escasez de alimentos:

Al orgulloso romano le bastaba
el espectáculo y el pan,
pero al francés, más que romano,
le basta el espectáculo sin pan.

Además del anticlericalismo las obras se basan en el patriotismo revolucionario de moda. Títulos típicos: *La despedida de los voluntarios, El grito de la patria, Los bandidos de la Vendée, La apoteosis del joven Bara* (joven soldado muerto en esa guerra).

Los actores, por convicción o miedo, deciden seguir el humor del público que va al teatro tanto para oír como para manifestar sus opiniones revolucionarias, y buscan en la improvisación y las «morcillas» la forma de congraciárselo. Así interesaban alusiones al momento político aunque la obra figure en otra época e incluso uno llega a leer en escena la lista de los guillotinados del día.

Y aun así a veces se encuentran con peticiones absurdas como que representen otra pieza en lugar de la anunciada o que canten a coro el *ça-ira!*

La religión está mal vista, pero resulta tan familiar a los franceses que incluso los consejos revolucionarios se expresan en forma de oración.

Así esta parodia sacrílega de la letanía donde la Virgen María es sustituida por la *lanterne*, el nuevo dios vengador:

«¡Ilustre farol! Tened piedad de nosotros.
»¡Ilustre farol! Escuchadnos.
»¡Ilustre farol! ¡Ayudadnos!
»¡Terror de los malvados! ¡Vengadnos!
»¡Susto de los aristócratas! ¡Vengadnos!»
O los nuevos mandamientos en verso:

A todo emigrado que regrese
recortarás rápidamente
a los sacerdotes deportarás
de tu suelo incesantemente.
A la Sección acudirás
cada cinco días estrictamente.

Consejos que un periódico de derecha, *Feuille du Matin*, que se mantuvo hasta abril de 1793, cambiará por esas sarcásticas recomendaciones:

Al buen francés degollarás
o colgarás parejamente.
Nada ajeno desearás...
¡lo tomarás abiertamente!

* * *

La patria está en peligro,
afligíos, oh muchachas.
La patria está en peligro
y los chicos corren a alistarse.
No creáis que el extranjero
venga a deciros piropos,
¡viene a degollaros!

Muy a la francesa, las canciones patrióticas tocarán el tema político nacionalista con alusiones amorosas. Las chicas se quedan solas al irse sus novios a la guerra y los extranjeros no son galantes y sí malvados; no les van a sustituir y sí a matar.

* * *

La vista de la sangre resultaba tan común en aquellos tiempos que cuando Lepellier murió atravesado por el sable de un monárquico por haber votado la muerte del rey, fue llevado a enterrar en una cama a hombros de los ciudadanos exactamente como había quedado tras el atentado. Con la camisa abierta hasta

la cintura y la casaca y el calzón manchados de sangre iba en lo alto de una pica adornada de hojas de ciprés y de laurel. Todos los miembros de la Asamblea (745) seguían el cortejo.

LAS FIESTAS

A la Revolución le gustaba las grandes fiestas callejeras. Durante los años que van desde 1789 a 1795 se suceden las conmemoraciones, los homenajes, para lo que no se ahorra imaginación ni dinero. Los poetas inventan símbolos, el pintor David los ordena y los carpinteros y yeseros los levantan. A veces, la idea del artista va más allá de la comprensión del público y muchos se preguntan qué significa tal o cual estatua. Eso, por ejemplo, ocurrió en la fiesta de la Unidad y de la Indivisibilidad, celebrada el 10 de agosto de 1793. La gente verá asombrada un conjunto de jóvenes vírgenes (oficiales) vestidas de blanco, una plataforma con jóvenes ciegos, una carroza con «la urna de los guerreros muertos» y el arca que contenía la declaración de los Derechos del Hombre y las Tablas de la Constitución; detrás, un carro con cetros y coronas; los diputados, con un manojo de flores y de espigas de trigo; los delegados de las provincias, unidos entre sí por cintas tricolores, llevan en una mano una pica y en la otra un ramo de olivo, en el símbolo de la guerra y la paz posibles.

La comitiva sube por unos escalones hasta una gran estatua en colores representando a la Naturaleza sentada entre dos leones y con las manos sobre los pechos de donde surgen dos chorros de agua que van a caer a un pequeño estanque debajo. Hérault de Séchelles lanza un discurso apasionado: «Soberana del salva-

je y de las naciones ilustradas. ¡Oh Naturaleza! Este pueblo inmenso, reunido a los primeros rayos del sol ante tu imagen, es digno de ti; es libre... ¡Oh Naturaleza!, recibe la expresión del apoyo eterno de los franceses a tus leyes y que esas aguas fecundas que salen de tus senos consagren en esta copa la fraternidad e igualdad, los juramentos que te hace Francia en este día, el más bello que haya iluminado el sol desde que quedó suspendido en la inmensidad del espacio.»

Luego, Hérault recoge con una copa el agua de uno de los pechos y la bebe solemnemente. Es el turno de ochenta y seis ancianos que se supone representan los ochenta y seis departamentos franceses y que beben uno a uno de aquella agua milagrosa. Según una entusiasta crónica de la época, parecían «presa de un delirio profético» mientras el viento hacía flotar «los largos cabellos blanquecinos».

Terminado el turno de bebedores, la muchedumbre se dirige a la plaza de la Revolución donde encuentran otra estatua más grande que la anterior: la de la Libertad, rodeada de gorros frigios y guirnaldas de flores... Se recuerda en alta voz que «aquí el hacha de la ley ha derribado al tirano Luis XVI; que perezcan asimismo estos signos vergonzosos de una servidumbre que los déspotas reproducían en todas sus formas; que las llamas los devoren».

Los espectadores comprenden ahora el destino final de aquellas coronas de cartón y cetros que caen a los pies de la Libertad y son quemados, momento en que un mecanismo oculto libera tres mil palomas escondidas en la estatua; las aves empiezan a volar asustadas y torpemente porque cada una lleva una cinta alrededor del cuello donde dice: «¡Somos libres! ¡Imitadnos!», invitación amable que no llega al público, incapaz de leer a esa distancia y velocidad de vuelo.

Luego otra marcha, otra estación en los Inválidos... y otra estatua; esta vez se trata de un monstruo amenazante que aplasta un dragón con una maza. Por si la gente no lo entiende —lo que es probable—, Hérault se lo explica: «Pueblo francés. Ahí estás ofreciéndote a tus propias miradas... Este gigante cuya pode-

rosa mano reúne y liga todos los Departamentos que hacen grandeza y fuerza... eres tú. El dragón que expira es el federalismo...»

De nuevo en marcha hasta el campo de Marte donde Hérault proclama la entrada en funcionamiento de la Constitución del año I (que por cierto no se aplicará jamás); el cañón suena y «la voz del pueblo hace subir al cielo la alegría de la tierra». Los ochenta y seis ancianos dejan sus picas, que se supone no necesitan ya que tienen la Constitución por defensa, y son atadas con una cinta tricolor.

Acerquémonos ahora al templo griego que ha levantado David a poca distancia. Hérault eleva la urna con las cenizas de los guerreros muertos que finalmente entra en escena: «Hombres intrépidos —grita apretándola contra su corazón—. ¡Queridas y preciosas cenizas! ¡Urna sagrada! Yo os saludo con respeto; os beso en nombre del pueblo francés y deposito sobre vuestros restos protectores la corona de laurel que la Convención Nacional y la patria me han encargado os presente.»

Después de lo cual, cansados y emocionados, los asistentes a la larga ceremonia se sentaron en la hierba para comer.

Si la primera «función», por decirlo así, se mantuvo en los límites de una cierta dignidad, las fiestas de la Razón que siguieron en París y en provincias estuvieron, por lo contrario, más cerca de la francachela sacrílega que del nacimiento de una nueva teología. Según un testigo llamado Louis Sebastien Mercier, que las vio en varias iglesias...

«En Notre-Dame... la Razón era generalmente una chica elegida entre los *sans-culottes* [como se ve se había personalizado aquella llama simbólica —y por tanto menos comprensible— de la vez primera] y el tabernáculo del altar mayor servía de soporte a su trono; los cañoneros de la Guardia Nacional, con sus pipas en la boca, era acólitos. En el templo sonaban mil voces roncas, tambores y trompetas confundiéndose con el viejo órgano mientras hombres y mujeres desenfrenados y medio desnudos cantaban *La car-*

magnole y bailaban como poseídos. Las capillas laterales del templo estaban cubiertas de cortinajes y no por casualidad. De dentro salían risas agudas que atraían la atención de los presentes; si alguien levantaba una punta del tapiz mostraba a los demás escenas tan pintorescas como las de la tentación de san Antonio.»

Eso era —decía— en Notre-Dame. En otras «la misma fiesta en la iglesia de Saint Eustache ofrecía el espectáculo de un gran cabaret. El interior del coro representaba un paisaje decorado de chozas y de macizos de árboles; se distinguían en lontananza bosques misteriosos a los que se llegaba por pequeños senderos practicados en las altas y escarpadas rocas. Por ellos, bandadas de chicas en fila corrían tras los hombres y se oía el crujido continuo de las tablas bajo sus pasos precipitados. Alrededor del coro habían colocado mesas cargadas de botellas, salchichones, patés y otros manjares; sobre los altares de las capillas laterales se sacrificaba al mismo tiempo a la lujuria y a la gula; se notaban sobre las piedras consagradas, repugnantes huellas del libertinaje.

»Los concurrentes entraban por todas partes; cualquiera que se presentara tomaba parte en el festín; niños y niñas de siete y ocho años metían las manos en el plato en muestra de libertad y llegaban a beber en la misma botella; su pronta embriaguez excitaba la risa de los viles seres que los animaban.

»En Saint-Gervais la ceremonia se realizó sin banquete. Las mujeres del mercado de Saint-Jean entraban con sus cestas y toda la iglesia olía a arenque. Había baile en la capilla de la Virgen; algunas velas, que daban más humo que luz, servían de lámparas. Y para no dejar una sola posibilidad al pudor se juntó la noche con la depravación a fin de que en medio de la confusión de esas reuniones, los abominables deseos encendidos durante el día se satisfaciesen al llegar las tinieblas».

En otra...

«De la iglesia de Saint-Gervais se bajaba a la place de Grève donde una multitud de espectadores se ca-

lentaba junto a la hoguera hecha con trozos de las barandillas del altar mayor.»

Y resume Mercier, entristecido:

«Todo París ha contemplado sin decir una palabra esas procesiones de la liga jacobina. Ebrios de vino y de sangre, de vuelta del espectáculo de los cadalsos, los sacerdotes y sacerdotisas de la Razón seguían tambaleándose en el carro de su impura diosa. Otro carro le seguía: era una orquesta ambulante de músicos ciegos, imagen demasiado exacta de la razón de aquellos tiempos.»

El triunfo militar de la reconquista de Tolón dará motivo a otra fiesta al final de 1793. En ella se agradecerá solemnemente a los veteranos heridos su heroísmo pasado y se pensará en su porvenir.

«La Convención invita a los cuerpos administrativos y a los oficiales municipales a honrar las bodas de las muchachas que elijan por esposos a los defensores de la República heridos en combate.» El desfile subsiguiente volverá a mostrar el amor de los organizadores —siempre con David a la cabeza— por los símbolos. Así había catorce carros recordando los catorce ejércitos de la República, rodeados por muchachas vestidas de blanco y cinturón tricolor, llevando cada una en la mano una rama de laurel, símbolo de la victoria. A la victoria cantarían también himnos destacamentos elegidos de las cuarenta y ocho secciones de París en formación cerrada y banderas que marcharán entre los carros.

»Luego siguen la Convención Nacional en masa, rodeada de una gran cinta tricolor llevada por los Veteranos y los Niños de la Patria, un carro de la victoria con el haz nacional rematado por la estatua de la Victoria y adornado por catorce coronas; de cada una saldrá una guirnalda de laurel entrelazada de cintas tricolores. Del seno del haz nacional salen brazos armados para defenderlo. Este carro va lleno de banderas tomadas al enemigo.»

Todo sencillo como se ve. El cortejo irá al Templo de la Humanidad donde recogerá a los inválidos de la guerra a quienes el presidente de la Convención Na-

cional expresará el reconocimiento del pueblo. Se oirá en seguida la interpretación de cantos bélicos. Llegados al Campo de Marte se cantará un himno en el Templo de la Inmortalidad mientras los jóvenes, pasando ante los carros, depositarán sus coronas de laurel.

Entre sonidos guerreros y cantos triunfales, el Consejo General del Ayuntamiento de París acompañará a los guerreros heridos hasta donde los espera un banquete cívico y fraternal.

Pero la fiesta que tenía que dominar todas las fiestas es la dedicada al Ser Supremo, con la que Robespierre querrá devolver la espiritualidad a un pueblo que, según su puritanismo, había confundido a menudo el amor a la libertad con la licencia y el placer desbordados, como hemos visto en las fiestas llamadas «culto a la Razón».

Como siempre, David se puso a la tarea y es impresionante cómo en sus proyectos prevé de antemano no sólo los elementos materiales —estatuas, carros, bandas militares, antorchas— sino también los sentimientos que agitarán a los presentes. Así, cuando amanezca el día señalado...

«Ante el aspecto del astro bienhechor... amigos, hermanos, esposos, hijos, ancianos y madres se abrazan y se apresuran a adornar y celebrar la fiesta de la Divinidad. Se ven en seguida las banderas tricolores flotando en el exterior de las casas, los pórticos se decoran con festones verdes.»

Cada miembro de la familia ocupa, por así decirlo, el puesto que el pintor le ha asignado en esa gran obra teatral:

«La casta esposa trenza de flores la cabelleras de su hija querida, mientras el niño aprieta el seno de su madre; el hijo de vigoroso brazo se apodera de sus armas; el anciano... los ojos húmedos de lágrimas de felicidad siente rejuvenecer su alma y su coraje presentando la espada a los defensores de la libertad.»

La naturaleza no está para David alrededor de nosotros, sino en nuestro atavío; cada edad tiene su planta apropiada.

«En medio del pueblo aparecen sus representantes rodeados por la infancia adornada de violetas; la adolescencia de mirto, la virilidad de encina; la ancianidad de cabellos blancos con pámpanos y olivos. Cada representante lleva en la mano un ramillete de espigas, flores y frutos, símbolo de la misión que les ha sido confiada y que llevarán a cabo a pesar de los obstáculos que salgan a su paso.»

Y tras la flora, la fauna.

«En medio de la representación nacional, cuatro vigorosos toros [hubo que reemplazarlos por vigorosos bueyes, más fáciles de conducir] arrastran un carro con un trofeo compuesto de instrumentos de artes, oficios y todos los productos del suelo francés.»

El cortejo llega al Campo de la Reunión, advierte David, y en seguida, para preparar a la gente a emociones quizá excesivas, advierte:

«Almas puras, corazones virtuosos, aquí es donde os espera una escena encantadora, aquí es donde la Libertad os ha preparado sus más dulces goces...

»Una montaña inmensa se convierte en el altar de la patria... y sobre su cima se eleva el árbol de la Libertad... los padres con sus hijos se agrupan en la parte de la montaña que les ha sido designada y la virtud de sus esposos son los únicos títulos que las mueven. Un silencio profundo reina en todas partes; los acordes emocionantes de una música armoniosa se dejan oír; los padres y sus hijos cantan una primera estrofa jurando no deponer las armas hasta acabar con los enemigos de la República y todo el pueblo repite el final; las hijas prometen casarse sólo con los que hayan servido a la patria, las madres se enorgullecen de su fecundidad...»

La fiesta sigue *in crescendo*; como decía antes, David no sólo sabe los gestos que cada participante realizará sino las sensaciones que experimentará en cada momento del espectáculo.

«Una tercera y última estrofa es cantada por todo el pueblo. Todo se alza y muchachas, viejos, niños hacen resonar el aire con sus voces. Aquí las madres estrechan a niños que amamantan, allá cogiendo a los

más jóvenes de sus hijos varones, los que todavía no tienen fuerza para acompañar a sus padres, y levantándolos en sus brazos los ofrecen en homenaje al Padre de la Naturaleza, los jóvenes lanzan hacia el cielo las flores que han llevado... sus únicos bienes en tan tierna edad.

»Simultáneamente, los hijos, ardiendo de fuerza guerrera, sacan sus espadas depositándolas en manos de sus viejos padres; juran llevarlos a la victoria y hacer triunfar la igualdad y la libertad contra el opresor; los ancianos, emocionados, los abrazan y les dan la bendición paternal.»

Sólo queda la apoteosis:

«Una formidable descarga de artillería inflama el coraje de nuestros republicanos; ella les anuncia que el día de gloria ha llegado [verso de *La Marsellesa*], un canto masculino y guerrero, adelantado de la victoria, responde al ruido del cañón.

»Todos los franceses confunden sus sentimientos en un abrazo fraternal; no se oye más que una voz, de la que el grito general ¡Viva la República!, sube hacia la Divinidad.»

Nada menos.

Los guillotinadores guillotinados

«En La Force, siete Thermidor.

»El administrador de Policía acaba de salir de aquí; ha venido a anunciarme que mañana compareceré ante el tribunal, es decir, que subiré al cadalso. Ello se parece muy poco al sueño que he tenido esta noche pasada: Robespierre ya no existía y las cárceles estaban abiertas de par en par, pero gracias a tu insigne cobardía no habrá pronto en toda Francia nadie capaz de hacer realidad mi sueño.»

La carta estaba firmada por una prisionera que se llamaba Teresa Cabarrús y dirigida al representante del pueblo Tallien con quien ha mantenido relaciones amorosas durante el tiempo de la estancia de ese político en Burdeos; relación que ha permitido —como

ya dijimos— que los guillotinados en aquella ciudad bajaran de una forma extraordinaria hasta alcanzar la cifra 0 en mayo de 1794 antes que Tallien, sospechoso ante el Comité de Salvación Pública de demasiado condescendiente, fuera llamado a París. La detención de Teresa Cabarrús, que por sus esfuerzos benéficos había sido denominada en Burdeos «Nôtre Dame dú bon secours», era una baza más de las que usaba Robespierre en su juego mortal contra los jacobinos que no seguían el camino duro y puro que les exigía.

Se ha dicho alguna vez que esa carta fue la que provocó el nueve Thermidor y la caída de Robespierre, lo cual quizá es mucho decir. Pero con toda probabilidad representó el clásico ejemplo de la gota de agua que hace desbordar un vaso lleno. El vaso lleno era el de la enemiga que el político jacobino había conseguido con su actuación, hiriendo a derecha e izquierda y provocando así el temor de cualquiera de los diputados, incluidos los que tenían la trayectoria más revolucionaria, a ser cada uno de ellos la nueva víctima de ese hombre seguro de sí mismo y de la bondad de sus intenciones para hacer otra Francia. Las pruebas de esa actitud colectiva se habían notado especialmente en la fiesta del Ser Supremo, obra personal con que Robespierre había decidido que los franceses al abandonar la Iglesia católica mantuvieran una orientación religiosa que contribuyera a la bondad de sus espíritus.

En esa ceremonia, Robespierre, más elegante que nunca con un traje de color azul, iba al frente de los diputados de la Convención, a una distancia que curiosamente fue aumentando a lo largo de los pasos que tenía que emprender la comitiva. No es que *el Incorruptible* fuera más de prisa de lo normal; era que sus compañeros de política intentaban marcar con su retraimiento su separación moral del tribuno. Al dejarle totalmente solo frente a la multitud parecían decir a ésta: «Que conste que no compartimos sus sangrientas acciones.»

Se trataba, pues, de una conjuración que progresivamente reunía más adeptos porque cada vez había

más asustados entre los diputados por las acciones imprevisibles de Robespierre. Por ello algunos intentaron conseguir en los pasillos la promesa de que votarían todos en contra del jefe indiscutible del país en caso de que alguien tuviera la audacia de proponer su condena. La iniciativa chocaba con muchas reticencias y ello era lógico. A los diputados del Centro (también llamados de la «Llanura» en contraste con la «Montaña») les costaba aceptar que unos cómplices del Terror, como Fouché y Tallien, hubieran decidido de pronto cambiar de ideas. A ello contestaban éstos que era forzoso unirse contra el tirano que les amenazaba a todos. Concretamente Fouché, el hombre que ha pasado a la historia como el más astuto y hábil cambiador de imagen y de chaqueta, mostraba a los diputados unas listas falsas de próximos acusados, es decir, de próximas víctimas de Robespierre, para conseguir que se incorporaran a la conjura. Lo máximo que consiguieron de los atemorizados convencionales fue la promesa del voto, pero siempre que rompieran el fuego aquellos que los animaban a la acción. No se fiaban lo bastante como para acusar por su cuenta al más temido de los convencionales.

Lo que sí logró evidentemente la carta de Teresa fue adelantar la fecha de la rebelión para salvarla de la guillotina. Lo principal era no dejar hablar a Robespierre ni a su fiel seguidor Saint-Just. La experiencia les había demostrado que los amenazadores discursos de ambos producían en general el pánico y la más ignominiosa aceptación de cualquier medida cruel por parte de quien no le afectase personalmente aunque lo hiciera con respecto a sus amigos y aun sus familiares. Afortunadamente para los conjurados, el presidente de turno en ese momento era uno de ellos, Collot d'Herbois. La escena está preparada y el telón a punto de levantarse.

... y empezó el acto, probablemente el más dramático de los actos en un escenario que los había visto a montones. Se inicia con el discurso que pronuncia Saint-Just en la tribuna. Es un discurso que, como tantos suyos, alude continuamente a los enemigos de la

República de una forma vaga y general para que sean muchos los que se aterren pensando que se están refiriendo concretamente a ellos. Pero la diferencia con otras sesiones en las que la Convención atemorizada le dejaba terminar es que en ese momento Tallien interrumpe al temido orador: «Basta con las medias palabras y las insinuaciones. Que diga de una vez quiénes son los culpables según él.» Asombrado ante la inesperada intervención, Saint-Just va a contestar cuando Billaut se levanta y acusa a los miembros del Comité de Salvación Pública de querer acabar con la Convención. Saint-Just mira a Robespierre y éste, dándose cuenta de la maniobra, se precipita a hablar. Pero la consigna se cumple a rajatabla. Si Saint-Just es peligroso, Robespierre es mortal. Dejarle hablar sería exponerse de nuevo a recibir el maléfico infllujo que como una serpiente consigue hipnotizar y debilitar a la posible víctima. Así se levantan mil voces gritando: «¡Abajo el tirano!» Robespierre intenta subir a la tribuna, pero Tallien se le adelanta y Collot le concede el uso de la palabra. Y Tallien acusa: Robespierre es un Catilina, un usurpador... quiere erigirse en el amo de Francia y para ello está dispuesto a hacer matar a todos los franceses que se opongan a ello. En un momento determinado, y muy de acuerdo con el énfasis retórico del tiempo, saca un puñal que llevaba escondido y amenaza con clavárselo al que ahora llama nuevo Cromwell. El entusiasmo es tremendo y surgen una a una las peticiones de detención de los amigos de Robespierre que son votadas casi unánimemente.

Todavía nadie se atreve a pronunciar el nombre más famoso y también el más temido y Robespierre, que se da cuenta, redobla sus esfuerzos para hacerse oír, pero a Collot ha sucedido en la presidencia otro conjurado, el dantonista Turiot, y sus intentos son denegados. «Por última vez, presidente de asesinos, te pido la palabra. Dámela o decreta que quieres asesinarme.» Por el contrario, Turiot la cede de nuevo a Tallien y Robespierre protesta enloquecido de rabia; alguien dice en ese momento: «La sangre de Danton

te ahoga.» Desesperado, Robespierre busca en el centro los aliados que ya ve no puede encontrar a la izquierda y esta vez el rechazo se manifiesta con otras palabras: «¿No sabes que aquí se sentaban Vergniaud y Condorcet?» Parece una escena shakespeariana. A todos los lados donde dirige la mirada parece encontrar los espíritus de los que fueron sus víctimas. Finalmente alguien propone el decreto de acusación que es votado y aprobado. Robespierre ha caído...

... todavía no. Los que ocupaban la tribuna y que en general son partidarios del *Incorruptible*, corren a dar la alarma y las masas proletarias acuden al centro a salvar a su ídolo. A su cabeza va Henriot, comandante de la Guardia Nacional parisiense; al frente de sus hombres liberan a Robespierre de la Conciergerie adonde había sido llevado, y junto con sus amigos es llevado en triunfo al Ayuntamiento, reducto extremista desde donde piensa tomar el desquite y acabar decididamente con sus enemigos.

Curiosamente unos decretos antiguos promulgados por su influencia y que se refieren al respeto que todos los franceses deben a la Convención como representación sagrada del pueblo contribuirán a su definitiva pérdida. Efectivamente, los diputados reunidos de nuevo apresuradamente al saber la noticia, le declaran fuera de la ley, con lo que cualquiera que le encuentre puede matarle impunemente y cualquiera que le ayude será responsable bajo pena de muerte. Cuando los guardias nacionales que protegen el Ayuntamiento se enteran de ello abandonan asustados su puesto y el audaz Barras, futuro dictador, con algunos soldados fieles ataca el Ayuntamiento. Un gendarme que responde al feo nombre de Merda es el primero en irrumpir en el salón donde estaba reunido el Comité de Salvación Pública. Según su declaración posterior, sorprendió a Robespierre firmando el acta en que llamaba al pueblo de París a la insurrección. «Traidor —le gritó el soldado—, ríndete.» «Tú eres el traidor —contestó Robespierre—, y te haré fusilar.» Merda disparó entonces un pistoletazo que alcanzó al tribuno en la mandíbula cayendo la cabeza sobre el papel que es-

taba escribiendo y que todavía se conserva hoy con la primera sílaba del nombre: «Ro...» que estaba a punto de completar. Confusión en la sala; algunos intentan saltar por la ventana y todos son detenidos. Durante horas permanecieron encerrados allí mismo mientras las tropas de la Convención aseguraban la estabilidad y la tranquilidad de París. Se cuenta que *el Incorruptible* permanecía tumbado en una mesa enjugándose de vez en cuando la sangre que le brotaba de la herida en la cara con resmas de papel de oficio que luego alguien sustituyó compasivamente por un pañuelo blanco.

Al día siguiente los guillotinadores fueron conducidos a la guillotina. Maximiliano llevaba el traje azul con el que había presidido la fiesta más importante de su vida; con la cara vendada yacía en el fondo de una de las carretas. Al arrancarle el verdugo el pañuelo con que cubría la herida dio un grito de dolor. Al caer su cabeza junto con la de sus compañeros hubo en el público el mismo grito de alegría que había acogido la ejecución de sus víctimas anteriores. De la misma forma que había surgido la canción a favor de su política surgió ahora la que le condenaba.

El infame Robespierre,
el enemigo del pueblo,
ha mordido el polvo
terminando su reinado.
Así, pues, viva;
¡ésa es la suerte de todos los traidores!

Toda Francia lanza un suspiro de alivio. El mayor naturalmente lo dan los familiares y amigos de los que están en las cárceles y que hasta entonces estaban esperando la muerte. Saldrán, se calcula, un 50 % de los presos, es decir, los que se salvaron de la muerte. Entre ellos, y a los tres días de la caída de Robespierre, está Teresa Cabarrús, la que contribuyó tan eficazmente al hecho. Y también otro español ya aludido, José Marchena. En cuanto al tercer compatriota nuestro, Guzmán, como ya vimos cayó unos meses antes

víctima del que ahora llaman monstruo y que durante mucho tiempo se consideró por muchos como el ideal de los políticos y de los seres humanos: Maximiliano Robespierre, el abogado de Arras que cuando era joven escribía brillantemente contra la pena de muerte.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Serie de los pecados capitales

El español y los siete pecados capitales, Alianza Editorial, Madrid.
El norteamericano y los siete pecados capitales, Alianza Editorial, Madrid.
El francés y los siete pecados capitales, Alianza Editorial, Madrid.
El automovilista español y los siete pecados capitales, Plaza & Janés, Barcelona.
Mis pecados capitales, Plaza & Janés, Barcelona.
Los pecados capitales en la Europa del Este, Alianza Editorial, Madrid.

Documental

La historia de España en sus documentos (del siglo XV al actual), ocho volúmenes, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, Plaza & Janés, Barcelona, y Cátedra, Madrid.
Manual de historia documental de España, Guadarrama, Madrid.

Antológica

Del Romanticismo español..., Revista de Occidente, Madrid.
El amor en las letras españolas, Editora Nacional, Madrid.
La historia de España contada por los poetas, Plaza & Janés, Barcelona.

Teatro español de hoy, Excelsior, Madrid.
Si mi pluma valiera tu pistola..., Plaza & Janés, Barcelona.
La muerte en las letras españolas, A. Aguado, Madrid.
Los poetas españoles en la guerra civil, San Martín, Madrid.

De costumbres

La sociedad española desde los orígenes hasta nuestros días, Plaza & Janés, Barcelona.
El siglo XVIII (agotado).
El siglo XIX, Prensa Española, Madrid.

De interpretación

Otra historia de España, Plaza & Janés, Barcelona, y Espasa Calpe, Madrid.
Nueva historia de la literatura española, Plaza & Janés, Barcelona.
Un corresponsal en la guerra de Troya, Plaza & Janés, Barcelona.
Francófilos y germanófilos (Los españoles en la Primera Guerra Mundial), Dopesa, Barcelona.
Un corresponsal en la Guerra de Troya, Plaza & Janés, Barcelona.
El casado imperfecto, Plaza & Janés, Barcelona.
Ejército imperial, Argos-Vergara, Barcelona.
Años decisivos: 1898, 1909, 1917, 1931 (cuatro volúmenes), Plaza & Janés, Barcelona.
La Biblia contada a los mayores, Plaza & Janés, Barcelona.
Historia de España, Media Books, Zurich.
Griegos y romanos en la Revolución francesa, Revista de Occidente, Madrid.
Política y sociedad, Argos-Vergara, Barcelona.
Mitología para mayores, Argos-Vergara, Barcelona.
El libro de las manos, Plaza & Janés, Barcelona.
El libro de los ojos, Debate, Madrid.
La España que sobrevive, Espasa Calpe, Madrid.
Cómo escribir y publicar, Temas de Hoy, Madrid.

Viajera

El mundo de colores, Plaza & Janés, Barcelona.
Manual del imperfecto viajero, Plaza & Janés, Barcelona.

La Europa de Lenin, Plaza & Janés, Barcelona.
Vida norteamericana, Excelsior, Madrid.
Descubrimiento (particular) del Amazonas, Plaza & Janés, Barcelona.
Madrid desde (casi) el cielo, Maeva, Madrid.
Los Brasiles, Plaza & Janés, Barcelona.
Y Europa resucitó..., Plaza & Janés, Barcelona.

BIOGRÁFICAS

Teresa Cabarrús, Marte, Barcelona.
Guzmán el Malo, Plaza & Janés, Barcelona.
Cervantes, la triste vida de un triunfador, Plaza & Janés, Barcelona.
El abate Marchena, Universidad de León.

IMAGINATIVAS

A Roma por todos los caminos (novela), Plaza & Janés, Barcelona.
Puente de sol, puente de sombra (novela), Argos-Vergara, Barcelona.
El desfile de la Victoria (novela), Argos-Vergara, Barcelona.
Cuentos crueles, Alianza Editorial, Madrid.
Miguel, el español de París, El Observatorio, Madrid.

Índice onomástico

Agripina: 78.
Alba, Fadrique Álvarez de Toledo, duque de: 38.
Alfieri, Vittorio: 121.
Anacarsis: *véase* Clootz.
Andovin: 160.
Artois, conde d': 109, 111, 113, 116, 117.
Artois, condesa d': 69, 113.
Asnar: 157.
Atkyns, madame: 88, 89, 90.
Augusto, Cayo Julio César Octavio: 151.
Ayen, madame d': 49.

Babeuf, François Noël, *llamado* Gracchus: 162.
Baçq, familia: 135.
Barbaroux, Giuseppe: 139, 154.
Barère, Bertrand: 60, 63, 65.
Barras, Paul: 37, 38, 51, 52, 85, 178.
Batz, barón de: 83.
Bazire, Claude: 72.
Beauharnais, Alexandre de: 134, 151.
Beauharnais, Rosa: *véase* Josefina, Marie-Josèphe Rose Tascher de La Pagerie, emperatriz de Francia.
Belsunce: 114.
Bengnot: 128.
Bengy: 117.
Bercy, marqués de: 70.
Bernanos, Georges: 106.
Bertezene: 72.
Bethune-Charost, Armand Joseph de: 123.
Billaud-Varenne, Jean Nicolas: 46, 177.
Biron: 44.
Bouchard: 131.
Bouchet: 52.
Brentano, Funk: 39.
Brissot de Warville, Jacques Pierre Brissot, *llamado*: 72, 100, 117, 139, 141, 142, 144, 148.
Broglie, Victor François: 109, 118, 119.
Bruneau: 92.
Brunswick, duque de: 111, 118, 119.
Bruto, Marco Junio: 44, 73, 149.
Buolo (juez): 45.

Cabarrús, Francisco Cabarrús, conde de: 133.
Cabarrús, Teresa: 52, 70, 123, 124, 133, 134, 137, 138, 174, 175, 176, 179.
Cadalso, José: 135.
Calígula, Cayo César Augusto Germánico: 149.
Carlos I de España: 38.
Carlos IV de España: 73, 106, 137.
Carlos IX de Francia: 144.
Carlos I de Inglaterra: 64.
Carnot, Lazare: 50.
Carrichon, abate: 47, 48, 49.
Carrier, Jean-Baptiste: 24, 46, 140.
Castries, Charles Eugène Gabriel de La Croix, marqués de: 112.
Catalina II de Rusia: 113.
Catón: 162.
Clery (criado de Luis XVI): 64, 69, 74.
Clootz: 65, 68, 146, 147, 162.
Cochon de Lapparent, Charles: 123.
Colleniot: 23.
Collot d'Herbois, Jean-Marie: 36, 51, 152, 176, 177.
Condé, príncipes de: 109, 111, 117.
Condorcet: 178.
Corday, Charlotte: 31, 40, 41, 114, 145.
Coriolano: 72.
Cormier: 88, 89.

Cortey: 128.
Couthon, Georges: 37, 69, 152.
Custine, Adam Philippe: 144, 151.

Chabot de l'Allier, Georges Antoine: 39.
Chabry, Luison: 16.
Chalendon: 28.
Charles Louis (hijo de Luis XVI de Francia): *véase* Luis XVII.
Charry, madame de: 124.
Charry, marqués de: 124.
Chaumette, Pierre Gaspard: 85, 88.
Chènier, André: 127.

Danton, Georges Jacques: 12, 37, 40, 47, 53, 58, 65, 67, 73, 120, 124, 136, 139, 141, 148, 149, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 162, 177.
David, Louis: 39, 40, 167, 171, 172, 173.
Delacroix de Contaut, Charles: 156.
Desault, Pierre: 86, 87.
De Sèze, Romain: 61.
Desmoulins, Camille: 12, 136, 144, 148, 149, 150, 151, 153, 155, 156.
Desmoulins, Lucile: 155.
Desnot: 13.
Dessale: 52.
Diesbach: 111.
Dillon, Arthur: 118.
Doulaux: 75.
Drouet, Jean-Baptiste: 18, 142.
Du Barry, Jeanne Bécu, condesa: 131, 151.
Dumangin: 87.
Dumas, Alejandro: 43.
Dumouriez, Charles François du Périer, *llamado*: 54, 59, 139, 142, 153, 154.
Duplessis-Laridon, Anne Louise: *véase* Desmoulins, Lucille.
Dutard: 44.

Elizabeth (hermana de Luis XVI): 49, 62, 79, 80, 85, 86.
Emery, Jacques André: 129.
Enrique IV, rey de Francia: 71.
Enrique VIII de Inglaterra: 95.
Esqueville, marqués de: 111.
Esterhazy, conde de: 111.
Evrard, Simone: 41.

Fauchet, Claude: 71, 93, 103.
Fersen, Hans Axel, conde de: 79.
Flins des Oliviers, Louis Emmanuel Carbon de: 163.
Fontenay, marqués de: 133.
Fouché, Joseph (duque de Otranto): 51, 67, 68, 104, 106, 176.
Fouquier-Tinville, Antoine Quentin: 24, 30, 31, 44, 79, 125, 142, 144, 155.
Francisco I, rey de Francia: 71.
Francisco II, emperador de Austria: 118.
Franco Bahamonde, Francisco: 108.
Fréron, Louis: 37, 51, 106.
Frotté, Marie Pierre Louis, comte de: 89.

Garat, Dominique Joseph: 44.
Garçon, Maurice: 92.
Gauvain, general: 25.
Gisen-Dupré: 143.
Gobel, Jean-Baptiste Joseph: 30, 102.
Goethe, Johann Wolfgang von: 119, 120.
Goscol: 132.
Gossenay: 128.
Guillotin, Joseph Ignace: 20, 21, 22.
Guzmán, Andrés María de: 135, 136, 137, 138, 139, 146, 157, 158, 179.

Harmand: 86.
Hébert, Jacques-René: 40, 45, 77, 78, 81, 82, 84, 120, 139, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 152, 153.
Henriot, François: 178.
Herault de Sechèlles, Marie Jean: 46, 65, 167, 168, 169.
Hermann, Armand: 43, 76.
Herwagault: 92.
Hitler, Adolf: 117.
Hoche, Lazare: 50.
Hood, Alexander: 51.
Houchard, Jean Nicolas: 151.
Hué, François, barón: 90.
Hugo, Víctor: 21, 25.
Hume, David: 64.

Igualdad, Felipe: *véase* Orleans, Luis Felipe José, duque de.

Jallet, Jacques: 94.
Jayet: 28.
Jesucristo: 68, 71, 153.
Jorge III de Inglaterra: 122.
José II, emperador de Austria: 112, 113.
Josefina, Marie-Josèphe Rose Tascher de La Pagerie, emperatriz de Francia, *llamada*: 86, 106, 134.

Kellermann, François Etienne: 53, 151.

L'Admiral, Henri: 36.
Lafayette, Marie Joseph Paul Yves Roch Gilbert Motier, marqués de: 11, 12, 17, 19, 38, 59, 110, 118, 126, 144, 152.
Laguerre: 66.
Lally-Tollendal, Gérard: 113.
Lamballe, Marie-Thérèse Louise de Saboya-Carignan, princesa de: 55, 56.
Lambere, príncipes de 109.
Lameth, Theodore de: 122, 123, 124.
Lamourette, Antoine Adrienne: 103.
Lanjuinais, Jean Denis: 65.
Lantenac, marqués de: 25.
Lanzain, duque de: 130.
Latreille, André: 99.
Launay, Bernard Jordan de: 13, 14.
Laurent: 86.
Le Bas, Philippe: 53.
Lebrun, Charles, François: 63.
Lecointre: 36.
Lefebvre, Georges: 36.
Lenòtre, Théodore Gosselin: 32, 86, 92.
Le Peletier de Saint-Fargeau, Louis Michel: 44, 65, 66, 70.
Lepellier: 165.
Lesour: 28.
Loménie de Brienne, Etienne Charles de: 103.
Losme-Salbray: 14.
Louis (secretario de la Academia de Cirujanos): 22.
Luis IX (san Luis) de Francia: 18.
Luis XV de Francia: 23, 131, 151.
Luis XVI de Francia: 10, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18, 19, 23, 25, 29, 32, 33, 34, 44, 49, 54, 55, 56, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 79, 80, 85, 88, 92, 93, 98, 100, 109, 110, 111, 114, 115, 116, 120, 139, 140, 142, 143, 147, 151, 153, 168.
Luis XVII de Francia: 49, 77, 79, 80, 84, 85, 87, 88, 89, 91, 142.
Luis XVIII de Francia: 90, 116.
Luis Felipe I, rey de Francia: 69.

Maillard, Stanislas Marie: 15, 16.
Maille, duquesa de: 122.
Malesherbes, Chrétien Guillaume de Lamoignon de: 60, 74.
Malhe: 66.
Mallarmé, F. R.: 102.
Mallet du Pan, Jacques: 118.
Marat, Jean Paul: 12, 19, 31, 37, 39, 40, 41, 42, 44, 65, 121, 136, 139, 145, 154, 162.
Marceau, François Séverin Marceau-Desgraviers, *llamado*: 50.
Marchena y Ruiz de Cueto, José: 42, 137, 138, 146, 179.
Margarita, gobernadora de los Países Bajos: 38.
María Antonieta, reina de Francia: 15, 16, 17, 18, 33, 44, 45, 47, 49, 55, 57, 62, 64, 76, 77, 78, 79, 81, 82, 83, 85, 88, 92, 109, 111, 112, 130, 137, 144, 145.
María I Estuardo, reina de Escocia: 20.
María de Nazaret: 164.
Martial: 103.
Mercier, Louis Sebastien: 169, 171.
Merda (gendarme): 178.
Mesalina: 78.
Mirabeau, Honoré Gabriel Riqueti, conde de: 11, 12, 16, 18, 59, 109, 153, 154.
Miranda, Francisco de: 123.
Mitté: 162.
Mónaco, princesa de: 128.
Montagul: 129.
Montgolfier, hermanos: 52.
Montmorin-Saint-Hérem, Armand Marc, conde de: 55.
Mouchy, Philippe de Noailles, duque de: 44.
Mounier, Jean-Joseph: 113.

Napoleón I: 50, 66, 95, 101, 126.
Narbonne-Lara, Louis Marie Jacques Amalrie, conde de: 122.
Naundorff, Karl Wilhelm: 92.
Necker, Jacques: 12.
Necker, Suzanne Curchod, madame: 11.
Noailles: 47, 48, 49.

Ocáriz, José: 73.
Orleans, Luis Felipe José, duque de: 39, 65, 68, 69, 109, 151.
Oselin: 124, 125.
Ouvrard, Gabriel Julien: 52.

Pelletan: 87.
Pelletier, Nicolas-Jacques: 22.
Perón, Juan Domingo: 38.
Pétion de Villeneuve, Jérôme: 72.
Petit, madame: *véase* Charry, madame de.
Pío VI: 18, 19, 97, 98, 101.
Polignac, familia: 109, 111.
Pons, marquesa de: 128.
Puységur, Pierre Louis de Chastenet, conde de: 122.
Provenza, conde de: *véase* Luis XVIII de Francia.

Quetineau: 147.
Quevedo, Francisco de: 71.

Regnault-Warin: 91.
Richelieu, Armand Jean Du Plessis, cardenal de: 106, 141.
Richemont, barón de: 92.
Robecq, príncipe de: 135.
Robespierre, Maximiliano: 12, 18, 24, 36, 37, 38, 40, 43, 51, 53, 59, 63, 66, 68, 72, 78, 80, 81, 84, 85, 103, 104, 106, 124, 133, 134, 136, 139, 144, 145, 151, 152, 153, 154, 155, 157, 161, 162, 172, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180.
Roederer, Pierre Louis: 29, 30.
Roland, Jeanne-Marie: 23, 67, 140.
Romme, Charles Gilbert: 100.
Rousseau, Jean-Jacques: 152.
Roux, Jacques: 103.

Sade, Donatien Alphonse François, marqués de: 14.
Saint-Just, Louis Antoine Léon: 36, 37, 53, 59, 62, 70, 71, 144, 152, 153, 154, 155, 176, 177.
Saint-Pierre, Charles Irènée Castel, abate: 146.
Sanson, Charles-Henri: 22, 24, 29, 30, 31, 32, 33, 74, 75, 82, 156.
Sanson, Henri: 30, 32.
Sanson, familia: 29.
Santerre, Antoine Joseph: 74.
Scévola, Mucio: 162.
Schönbron, Franz Georg: 116.
Sejano: 152.
Sergent, Antoine François: 161.
Sevestre: 87.
Sieyès, Emmanuel Joseph: 69, 70.
Sillery, madame: 11.
Simon (carcelero): 77, 83, 84, 85.
Solages, conde de: 14.
Staël-Holstein, Germaine Necker, baronesa de: 11, 124.
Suze, marquesa de la: 122.

Talleyrand-Périgord, Charles Maurice de: 11, 59, 95, 96, 97, 121, 124.
Tallien, Jean-Lambert: 70, 104, 106, 124, 133, 134, 140, 174, 175, 176, 177.
Target, Guy Jean-Baptiste: 60.
Tarquino: 72.
Tascher de la Pagerie, Rosa: *véase* Josefina, Marie-Josèphe Rose Tascher de La Pagerie, emperatriz de Francia.
Tasso, Torquato: 64.
Thierry (criado de Luis XVI): 60.
Tiberio: 144, 149, 152.
Tilly, príncipes de: 158.
Tronchet, François Denis: 60.
T'Serclaes, familia: 135.
Turgy (doncella de María Antonieta): 64.
Turiot: 177.

Valazé, Charles Eléonor du Friche de: 142.
Vaubernier, Juana: *véase* Du Barry, Jeanne Bécu, condesa.
Vergniaud, Pierre Victurnien: 12, 35, 67, 72, 139, 141, 143, 144, 153, 178.
Victor Amadeo III, rey de Italia: 113.
Villate, Joaquín: 162.
Voltaire, François Marie Arouet, *llamado*: 10.
Voulland: 72, 73.

Walsh, conde: 113.
Westermann, François Joseph: 154.

Ysabeau: 104.

Zamora (sirviente): 151.

MEMORIA de la HISTORIA

Títulos publicados

1/Fernando Vizcaíno Casas
ISABEL, CAMISA VIEJA

2/Carlos Fisas
HISTORIAS DE LAS REINAS DE ESPAÑA/*La Casa de Austria

3/Juan Antonio Vallejo-Nágera
PERFILES HUMANOS

4/Juan Eslava Galán
YO, ANÍBAL

5/J. J. Benítez
YO, JULIO VERNE

6/Néstor Luján
LA VIDA COTIDIANA EN EL SIGLO DE ORO ESPAÑOL

7/Fernando Díaz-Plaja
A LA SOMBRA DE LA GUILLOTINA

8/Fernando Vizcaíno Casas
LAS MUJERES DEL REY CATÓLICO

9/Cruz Martínez Esteruelas
FRANCISCO DE BORJA, EL NIETO DEL ESCÁNDALO

10/Cristóbal Zaragoza
YO, JUAN PRIM

Colección
Documento

Obras publicadas

«J»
LA MUJER SENSUAL
Fernando Vizcaíno Casas
UN AÑO MENOS

«M»
EL HOMBRE SENSUAL
Fernando Morán
UNA POLÍTICA EXTERIOR PARA ESPAÑA
J. J. Benítez
LOS ASTRONAUTAS DE YAVÉ
José María Gironella
MUNDO TIERNO, MUNDO CRUEL
Fernando Vizcaíno Casas
¡VIVA FRANCO! (CON PERDÓN)
Fernando Vizcaíno Casas
LA ESPAÑA DE LA POSGUERRA. 1939-1953
Ernesto Guevara Lynch
MI HIJO EL CHE
Antonio Ribera
SECUESTRADOS POR EXTRATERRESTRES
J. J. Benítez
LOS VISITANTES
J. J. Benítez
TERROR EN LA LUNA
J. J. Benítez
LA GRAN OLEADA
José María Gironella
EL ESCÁNDALO DEL ISLAM
Carl Sagan
COSMOS
Ricardo Parrotta
LAS MEJORES ANÉCDOTAS DEL REY

J. J. Benítez
EL MISTERIO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

José María Gironella
LOS FANTASMAS DE MI CEREBRO

Kenneth E. Stevenson y Gary R. Habermas
DICTAMEN SOBRE LA SÁBANA DE CRISTO

J. J. Benítez
LA PUNTA DEL ICEBERG

Antonio Ribera
LAS MÁQUINAS DEL COSMOS

Sydne Rome
AEROBIC, LA GIMNASIA DIVERTIDA

J. A. Vallejo-Nágera
MISHIMA O EL PLACER DE MORIR

Carlos Fisas
HISTORIAS DE LA HISTORIA

Antonio Ribera
EN EL TÚNEL DEL TIEMPO

Shlomo Ben-Ami
LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA. 1923-1930

F. Jiménez del Oso
EL SÍNDROME OVNI

Antonio Ribera
GALERÍA DE CONDENADOS

David A. Yallop
EN NOMBRE DE DIOS

Carlos Fisas
HISTORIAS DE LA HISTORIA/Segunda serie

Daley Thompson y Sally Ann Voak
CÓMO ESTAR EN FORMA

Gerald Durrell
LOS SABUESOS DE BAFUT

Ricardo Parrotta
NUEVAS ANÉCDOTAS DEL REY

Gerald Durrell
UN ZOO EN MI EQUIPAJE

Carlos Fisas
HISTORIAS DE LA HISTORIA/Tercera serie

MEMORIAS DE DOLORES IBÁRRURI, PASIONARIA

Dr. Herman Tarnower y Samm Sinclair Baker
LA DIETA MÉDICA SCARSDALE

Ernest Hemingway
EL VERANO PELIGROSO

Judith Thurman
ISAK DINESEN. VIDA DE UNA ESCRITORA

Raquel Welch
RAQUEL

Carl Sagan y Ann Druyan
EL COMETA

Roland Jacquard
LOS DOCUMENTOS SECRETOS DEL TERRORISMO

Joaquín Soler Serrano
ESCRITORES A FONDO

Giacomo Dacquino
VIVIR EL PLACER

María José y Pedro Voltes
LAS MUJERES EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

Gerald Durrell
CÓMO CAZAR A UN NATURALISTA AFICIONADO

«Nous Horitzons»
NUESTRA UTOPÍA

Jimmy Giménez-Arnau y Eduardo Bronchalo Goitisolo
NEÓN EN VENA

Michael Drosnin
CIUDADANO HUGHES

Isaac Asimov
SOLES EN EXPLOSIÓN

Margarita G. Heuras y Luis Halcón
EL SÍNDROME PREYSLER

Christopher Robbins
AIR AMERICA

Ramón Garriga Alemany
FRANCO-SERRANO SUÑER

Sydne Rome
MUÉVASE

Emilio Romero
TESTIGO DE LA HISTORIA

Mina Pedrós
LA MESA DE LA FAMA

Carlos Fisas
HISTORIAS DE LA HISTORIA/Cuarta serie

Francis Fèvre
LA FARAONA DE TEBAS

Rai Ferrer (Onomatopeya)
100 ESPAÑOLES DE LA RAZÓN Y DE LA ESPADA
(1931-1939)

C. David Heymann
POBRE NIÑA RICA

Enrique Sordo
ESPAÑA, ENTRE TRAGO Y BOCADO

Ernest Hemingway
PUBLICADO EN TORONTO, 1920-1924

Linus Pauling
CÓMO VIVIR MÁS Y SENTIRSE MEJOR

Gerald y Lee Durrell
DURRELL EN RUSIA

Steven Callahan
A LA DERIVA

Jean-François Boyer
EL IMPERIO MOON

Frederic V. Grunfeld
PROFETAS MALDITOS

Manuel Vázquez Montalbán
LOS DEMONIOS FAMILIARES DE FRANCO

Peter Evans
ARI. LA VIDA DE ARISTÓTELES SÓCRATES ONASSIS

Juan Antonio Vallejo-Nágera
ANTE LA DEPRESIÓN

Dámaso Santos
DE LA TURBA GENTIL... Y DE LOS NOMBRES

Enrique Rubio
LOS «CHUNGOS». LOS FULES

Carlos Amigó, arzobispo de Sevilla
QUIERO CONOCER MEJOR A DIOS

William K. Hartmann, Ron Miller y Pamela Lee
DE LA CUNA AL ESPACIO

Elisabeth Badinter
EL UNO ES EL OTRO

Julián Marías
SER ESPAÑOL

Sydney Biddle Barrows con William Novak
MADAM MAYFLOWER

Sandro Toni
GUIA PARA HOMBRES SOLITARIOS

Joaquín Soler Serrano
PERSONAJES A FONDO

Arthur C. Clarke
20 DE JULIO DE 2019. LA VIDA EN EL SIGLO XXI

Marie-Pierre Carretier e Yvonne Whitaker
LADY DI EN CASA

Edward Behr
EL ÚLTIMO EMPERADOR

Fernando Fernán-Gómez
IMPRESIONES Y DEPRESIONES

Carlos Pujol
1900

Dr. Isadore Rosenfeld
LA MODERNA MEDICINA PREVENTIVA

Victoria Principal
LA DIETA PRINCIPAL

Anthony Burgess
EL PEQUEÑO WILSON Y EL GRAN DIOS

Elizabeth Taylor
ELIZABETH CAMBIA DE RUMBO

AA. VV.
FEDERALISMO Y ESTADO DE LAS AUTONOMÍAS

Antonio Padilla Bolívar
1934: LAS SEMILLAS DE LA GUERRA

Carlos Fisas
HISTORIA DE LAS HISTORIAS DE AMOR

Manuel Vázquez Montalbán
RAFAEL RIBÓ: EL OPTIMISMO DE LA RAZÓN

Fernando Vizcaíno Casas y Ángel A. Jordán
DE LA CHECA A LA MECA

Ahmed Osman
EXTRANJERO EN EL VALLE DE LOS REYES

Cicciolina
CONFESIONES

Bertrand Meyer
LOS MÓNACO

Florencio Bao
DIÁLOGOS EN LA OTRA ORILLA CON EL VIEJO PROFESOR

Horacio Sáenz Guerrero
FUEGO SIN SANGRE

Carlos Franqui
VIDA, AVENTURAS Y DESASTRES DE UN HOMBRE LLAMADO CASTRO

Manuel Fraga Iribarne
DE SANTIAGO A FILIPINAS, PASANDO POR EUROPA

Colección Memoria de la Historia

Primeros títulos de la serie:

Fernando Vizcaíno Casas
ISABEL, CAMISA VIEJA
El popularísimo escritor español aborda el género biográfico con gran rigor y amenidad.

Carlos Fisas
HISTORIAS DE LAS REINAS DE ESPAÑA.
LA CASA DE AUSTRIA
Una semblanza sorprendente de las grandes desconocidas de nuestra historia: las mujeres que compartieron el trono de España.

Juan Antonio Vallejo Nágera
PERFILES HUMANOS
Protagonistas de la Historia vistos desde un ángulo insólito.

Juan Eslava Galán
YO, ANÍBAL
La figura trágica de Aníbal, que, haciendo honor a un juramento emitido en su infancia, se propuso sojuzgar a Roma y restituir a Cartago el dominio del Mediterráneo.

J. J. Benítez
YO, JULIO VERNE
Confesiones del más incomprendido de los genios.

Néstor Luján
LA VIDA COTIDIANA
EN EL SIGLO DE ORO ESPAÑOL
Una visión amplísima y profunda de uno de los períodos más apasionantes de la historia de España.

Fernando Díaz-Plaja
A LA SOMBRA DE LA GUILLOTINA
La cara sangrienta de la Revolución Francesa cuando el trágico invento era dueño de Francia.

Fernando Vizcaíno Casas
LAS MUJERES DEL REY CATÓLICO
Una apasionante combinación de historia y fantasía, documento y novela, tan rigurosa y amena como *Isabel, camisa vieja*.

Cruz Martínez Esteruelas
FRANCISCO DE BORJA,
EL NIETO DEL ESCÁNDALO
El gran santo jesuita en el apasionante escenario del siglo XVI.

Editorial Planeta

MEMORIA de la HISTORIA

Episodios

A la sombra de la guillotina

La Revolución Francesa

constituye una de las etapas más importantes de nuestra historia. Gracias a ella los europeos, hasta entonces divididos en clases sociales estrictamente marcadas, aprendieron por la «Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano» que todos nacíamos con las mismas posibilidades en la vida. Napoleón se encargó, a través de su Código Civil y con el apoyo de sus victoriosos ejércitos, de llevar esa verdad a todo el Continente, una verdad que hoy nadie discute.

Es la cara luminosa de aquel acontecimiento. La sombría se refleja en la sangre que, como en todo parto, humano o ideológico, se vertió en aquella ocasión. El autor ha querido estudiar aquí especialmente los años más trágicos, cuando la guillotina, también nuevo invento de la época, era la dueña de Francia. A su alrededor aparecen en el libro la actuación del Tribunal que firmaba las sentencias, los procesos más importantes, la vida de los condenados en las cárceles y de los que salvaron la vida en el exilio... temas sucesivos de una época en la que, como nunca en el devenir de la humanidad, salieron a relucir nuestras mayores virtudes —bondad, sacrificio, abnegación— y los mayores vicios: egoísmo, crueldad, cinismo; desde el santo al sádico, desde la víctima al verdugo en la Francia de aquellos años 1791 a 1795 lo que no hubo fue gente indiferente. Todos fueron actores, de grado o por fuerza, en el siniestro espectáculo.

694.007-2
9 788432 044915 00